

ADVIENTO-2020/21

(A mis hermanos del grupo “LITURGIA”)

***“Detente, ciervo muerto, / ven, austro, que recuerdas los amores, / aspira por mi huerto,
y corran los olores, / y pacerá el Amado entre las flores.
¡Oh ninfas de Judea!, / en tanto que en las flores y rosales / el ámbar perfumea,
mora en los arrabales / y no queráis tocar nuestros umbrales”.***

(San Juan de la Cruz, *Cántico B 17-18*).

Así como queremos ver cosas bellas, oír melodías agradables, saborear manjares exquisitos, tocar objetos placenteros, también queremos dejarnos seducir por olores embriagadores. Son realidades que buscamos y buscamos. En la naturaleza hay una oferta extraordinaria de aromas y fragancias. La industria y el comercio se esfuerzan por perfeccionar y ampliar el producto.

Pero el olor, aparte de su realidad natural, tiene también un valor de símbolo, por ejemplo: cuando regalamos a la persona amiga un apropiado perfume o unas flores de aroma delicado, suele significar **AMISTAD**; si el perfume o el ramo que ofrecemos es costoso, significa **GENEROSIDAD**; cuando utilizamos el aroma, como el incienso, en el ámbito religioso, algo que ya regalaron los Reyes Magos: **VENERACIÓN** y **ADORACIÓN**; convertido en sacramento para el Bautismo, la Confirmación y el Orden Sacerdotal, como el Santo Crisma **SACRALIDAD**; al utilizarlo para la sepultura y para la inmortalidad como en los ritos funerarios **PASIÓN** y **PASCUA**; y al recordar a personas o experiencia del pasado **MEMORIAL**.

Con perfumes eran ungidos los reyes desde lo más antiguo, como Saúl, David y toda su dinastía; hasta Ciro aparece como el Ungido del Señor (Isaías 45,1). Los reyes adquirirían así un rango especial, un carácter sagrado. El rey era así el *Ungido* casi el *Mesías*. Eran reyes teocráticos considerados como dioses. También en la Edad Media se ungía a los emperadores cristianos, y se lo tomaban muy en serio.

Para esta unción utilizaban aceites en abundancia: **«Como unguento fino en la cabeza que baja por la barba, hasta la orla de sus vestidos»** (Salmo 132,2). Además del aceite se utilizaban otros aromas escogidos: **«de flor de mirra pura, quinientos siclos; de cinamomo oloroso, doscientos cincuenta siclos; de caña suave aromática, doscientos cincuenta siclos; de casia, quinientos y un sextario de aceite de oliva. Prepararás con ello, el óleo para la unción sagrada, perfume aromático como lo prepara el perfumista»** (Éxodo 30, 23-25).

Con este óleo, serán consagrados los sacerdotes y los objetos sagrados: Tienda, arca, altares, mesa, etc., etc... **Serán cosa santísima. Todo cuanto los toque quedará santificado»** (Éxodo 30,29); y nadie podrá utilizar este óleo para objetivos que no sean sagrados. Al final habrá que concluir que los más preciados “objetos” sagrados no son las cosas, sino las personas. Ya en el A. T. todo el pueblo de Israel es considerado como **«pueblo consagrado a Yahveh, tu Dios»** (Deuteronomio 7,6); **«seréis para mí un reino de sacerdotes y una nación santa»** (Éxodo 19,6; Isaías 61,6). En consecuencia, hay que respetar a las personas ungidas, **“como hacía David con respecto a Saúl”** (1 Samuel 24,7; 26,9; 2 Samuel 1,14); y hay que respetar al pueblo consagrado a Dios: **«no toquéis a mis ungidos, no hagáis daño alguno a mis profetas»** (Salmo 104,15).

El **UNGIDO**, el **CRISTO**, el **MESÍAS**, concentra y trasciende todas las unciones, porque todos estos unguentos “el óleo de la alegría”, apuntan al Espíritu Santo: **«Tú amas la justicia y odias la impiedad, por eso Dios, tu Dios, te ha ungido con el óleo de alegría más que a tus compañeros; mirra y aloe y casia en todos tus vestidos»** (Salmo 44, 8-9).

El profeta Isaías, proclama: **«El espíritu del Señor Dios me acompaña, pues el propio Señor me ha ungido, me ha enviado a dar la buena noticia a los pobres, a vendar los corazones destrozados, a proclamar la libertad a los cautivos, a gritar la liberación a los prisioneros, a proclamar un año de gracia del Señor»** (61,1-2a).

Cristo se aplica a sí mismo la profecía: **«El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido para llevar a los pobres la buena noticia de la salvación, me ha enviado a anunciar la libertad a los presos y a dar vista a los ciegos; a liberar a los oprimidos y a proclamar un año en el que el Señor concederá su gracia»** (Lucas, 4, 18-19). Y así nos lo confirma Pedro: **«Dios a Jesús de Nazaret le ungió con Espíritu Santo y con poder»** (Hechos 10,38).

Cristo es la “sal de la tierra”; Cristo es la “Luz del mundo”; Cristo es el “agua viva”; Cristo es el “pan del cielo”; Cristo es la “vid verdadera”; Cristo es la “Palabra encarnada”; pues a Cristo podemos llamar también “Perfume del Espíritu”. Cristo es Perfume ofrecido que enamora de modo irresistible. Toda su persona es un perfume divino. El aroma de Cristo llega hasta nosotros y nos transforma en su propio olor. Somos “olor de Cristo”. La Iglesia sigue cultivando el perfume de Cristo. Todos podemos correr tras el olor de Cristo, llenarnos y llenar el mundo de su perfume.

DOMINGO PRIMERO DE ADVIENTO

1ª lectura (Isaías 63, 16b-17; 64, 1.3b-8): *Nosotros la arcilla y tú el alfarero.*

Salmo (79, 2ac y 3b.15-16.18-19): *«Señor, Dios nuestro, restáuranos, que brille tu rostro y nos salve»*

2ª lectura (1ª Corintios 1, 3-9): *Nos llamó a participar en la vida de su Hijo.*

Evangelio (Marcos 13, 33-37): *Vigilad: pues no sabéis cuándo es el momento.*

Por razones que hemos heredado de tiempos antiguos, nuestro año comienza el 1º de enero. Pero durante cada año civil celebramos diversos “años nuevos”: el inicio de un año más de vida (cumpleaños); el inicio de un año más de matrimonio (aniversario de boda), de carrera, de empleo; el inicio del año fiscal; el inicio del año académico... La Iglesia también tiene su principio de año que llamamos Adviento.

Estamos, pues, en el comienzo del año litúrgico, durante el cual, contemplaremos a Jesucristo y su misterio que actúa en el tiempo y que hoy lo celebra la Iglesia como memorial y como presencia. La Iglesia entiende que todo esto comenzó con la venida del Señor y que culminará en su vuelta gloriosa al final de los tiempos. La liturgia de la Iglesia tiene como centro la Pascua de Jesús, con sus semanas de preparación, la Cuaresma, y sus semanas de celebración, el tiempo pascual, que culmina con la fiesta de Pentecostés. La segunda fiesta en importancia es la Navidad, que también tiene sus semanas de preparación: el Adviento.

En cada una de sus celebraciones la Iglesia une tres dimensiones temporales: pasado, presente y futuro. Por extraño que nos parezca, es el futuro lo que marca la tensión cristiana en su caminar hacia la casa del Padre. Recordamos nuestro pasado, pero no con nostalgia, sino como acicate para poder entender el modo en que debemos hacer vida nuestro presente si queremos alcanzar el futuro en el Reino de Dios. En este tiempo de Adviento las tres dimensiones de la celebración se irán haciendo presentes en la liturgia para ayudarnos a hacerlas vida.

El Adviento es, por tanto, un tiempo de preparación a la venida del Señor que se transformará, en los días finales en una preparación de la Navidad, el recuerdo litúrgico de la primera venida del Señor. Es la venida del Señor que ansiaba el pueblo de Israel, como nos presenta la primera lectura del profeta Isaías. El pueblo ha regresado del exilio en Babilonia y ha experimentado lo que es perder el Templo, la Tierra, los sacerdotes, o sea, perder su propia identidad, perder su esperanza.

Por eso, el pueblo ansía la venida del Señor, Dios no puede quedarse en el cielo siendo indiferente a la tierra: **¡Ojalá rasgases el cielo y bajases!** Es el grito de un pueblo que solo en Dios tiene su esperanza, que lo reconoce como Padre y creador: *«Señor, tú eres nuestro padre, nosotros la arcilla y tú el alfarero: somos todos obra de tu mano»*. Es lo que también proclamaba el salmista anhelando la venida del Señor: *«Pastor de Israel, escucha, tú que te sientas sobre querubines, resplandece. Despierta tu poder y ven a salvarnos»*. Hay ocasiones en las que no nos toca sino esperar inútilmente cuando las cosas se retrasan y trastocan nuestros planes: las personas no llegan a tiempo a las citas establecidas, los transportes no salen a la hora anunciada... y no queda sino esperar, en esos casos la espera es casi siempre aburrida.

También hay esperas angustiosas, sobre todo cuando el desenlace es imprevisible: el resultado de unos análisis clínicos que no nos entregarán hasta la próxima semana, la decisión sobre una propuesta importante para un negocio que nos parece crucial, la resolución de una solicitud de empleo que nos urge... en esos casos la espera puede ser más o menos angustiosa. Pero también hay esperas muy gozosas: la celebración de un acontecimiento feliz, la llegada de una persona que deseamos ver, el nacimiento de un bebé... entonces la espera se llena de actividad y el corazón se va acelerando a medida que se acerca el día y la hora.

Mas la espera de la venida del Señor es la que mantiene la Iglesia en el Adviento. El evangelio nos exhorta a que estemos vigilantes: nos dice varias veces: *«Velad»*, por tres veces aparece esta expresión en el evangelio, es la insistencia de Jesús para que estemos vigilantes. Pero esto no puede ser una espera que nos lleve a desentendernos del mundo, no podemos quedarnos *«parados mirando al cielo»*, como dirá el Ángel a los apóstoles en la Ascensión.

La espera es compromiso, pues el Señor que vendrá al fin de los tiempos es el que vino en el centro del tiempo y de la historia y el que está viniendo día tras día a nuestras vidas en la persona de cada hombre y en cada acontecimiento, sobre todo en la persona de los últimos de la sociedad, y tenemos que estar vigilantes para saber reconocerlo y recibirlo.

En nuestra espera tenemos que dar gracias a Dios como hace Pablo en su acción de gracias por la comunidad de Corinto, porque también nosotros hemos sido enriquecidos en todo por el Señor, tampoco nosotros como los corintios carecemos de ningún don y entonces se tiene que probar en nosotros el testimonio de Cristo: saber acoger a Cristo que viene a nuestra vida en la persona de los más desfavorecidos. Así nos mantendremos firmes hasta el final en la esperanza. Hasta el final en la esperanza del día del Señor.

DOMINGO SEGUNDO DE ADVIENTO

1ª lectura (Isaías 40, 1-5.9-11): *El Señor, llega con fuerza.*

Salmo (84, 9ab-10.11-12.13-14): *«Muéstranos, Señor, tu misericordia y danos tu salvación»*

2ª lectura (2º Pedro 3, 8-14): *Procurad que Dios os encuentre en paz con Él.*

Evangelio (Marcos 1, 1-8): *Él os bautizará con Espíritu Santo.*

No hay época en la que la Palabra de Dios: *«Consuelen, consuelen a mi pueblo»* no haya tenido vigencia. Son muchos los desconsuelos que cargamos los seres humanos y es muy grande la necesidad de una verdadera consolación. No tenemos que rebuscar en la historia ni viajar a lugares lejanos, pues el desconsuelo nos rodea por todas partes. ¡Cuánto cansancio, cuánta fatiga, cuánta desilusión, cuánta confusión, cuánta enfermedad, cuánto mal en tan diversas y variadas formas! ¡Cuánto sufrimiento!

Sumidos en el desconsuelo, quisiéramos que las cosas se resolvieran solas. Culpamos a unos o a otros y esperamos que con nuestras quejas las cosas se arreglen o se nos acaben los problemas. Pero la experiencia nos ha mostrado que esto nunca sucede así. ¡No se van a acabar los males simplemente con pedir la llegada de la gloria del Señor! Es preciso que nos impliquemos decididamente en enderezar los caminos, los propios y los ajenos. Es necesaria gente experta en rebajar colinas y elevar valles, en enderezar lo torcido y allanar lo escabroso, a sabiendas de que en esta hermosa metáfora no se trata de colinas y valles solamente, sino ante todo de poner orden en nuestro comportamiento, en la propia vida.

No se van a acabar los corruptos si no se terminan también los corruptores, no se van a terminar los adictos a las drogas, al alcohol, al juego, al consumo, a la pornografía y a tantas cosas más, mientras haya personas que nunca aprendieron que los problemas se enfrentan, se resuelven o se manejan, pero que de nada sirve tratar de evadirlos.

No se van a terminar los que se sienten solos mientras propongamos una cultura en donde se hace residir la felicidad en tener cosas, más que en saber ser amigo y crear relaciones saludables con los demás; no vamos a deshacernos de la violencia y de la injusticia mientras estos sean los ejemplos cotidianos para los niños en muchos hogares; no se acabará nunca la carrera armamentista mientras mucha gente esté más interesada en el dinero que dejan las balas que en la vida que cortan. Y tantas cosas más.

Siempre es más fácil mirar el mal de los demás que reconocer el propio. Pero todo mal voluntariamente causado engendra desconsuelo, a nivel personal o colectivo. Eso que está torcido, eso que es escabroso, a gran o pequeña escala, a nivel personal o colectivo, no puede ser puesto en orden más que por los propios interesados. Dios nos invita una y otra vez: *«Preparad el camino, enderezad los senderos»*.

“A que no te atreves a...”. Las personas valientes aceptan los retos. Los retos no son malos, porque nos obligan a superarnos y a pensar en metas mayores, ir siempre más allá. Es verdad que el antídoto de la osadía es la prudencia, y que en todo momento hay que valorar las fuerzas para no caer en una trampa de la que no se pueda salir. También en la vida de fe hay que aceptar los retos.

De hecho, Dios no nos invita a la comodidad, sino a crecer, a avanzar, a superar pruebas, a buscar nuevas alternativas para que su Reino se haga realidad en nosotros y en los que con nosotros están. Los que esperan aceptan los retos, porque saben que el futuro no es previsible. Si supiéramos qué va a pasar, con qué fuerzas vamos a contar o por dónde tenemos que seguir, no habría futuro abierto, sino *“encerrado”*. La fe y la esperanza van de la mano.

Isaías es un osado: dice de parte de Dios que deben afrontar de nuevo la travesía del desierto, y que alcanzarán el consuelo del mismo Dios. Juan Bautista pide no seguir por caminos que no conducen a ningún sitio, sino abrir caminos nuevos. Los creyentes viven fundados en la esperanza de que Dios salva, si bien no conocemos sus tiempos. La carta de Pedro nos invita a tener *“paciencia”*; no la de los derrotados, sino la de quien sabe que Dios no defrauda.

En los retos, encontramos también las amenazas: *“si te arriesgas puedes perderlo todo; o puedes fracasar”*. Es verdad. Ante la esperanza que te dice que arriesgues, que la fe no es para los cobardes, los temores, muchas veces irracionales, otras veces comprensibles, te impiden seguir caminando. Isaías no dice que el desierto sea una trampa mortal, sino que anima a caminar con la confianza de llegar; Juan no dice que se queden en sus casas, sino que se bauticen y cambien de vida. Es la amenaza de los que se sienten derrotados en el camino de la vida, pero **¿acaso no camina Dios con nosotros y su anuncio no es de felicidad, de salvación?**

Isaías es el profeta que lanza a un pueblo entero al desierto para que su camino le lleve a la libertad y deje atrás las ataduras de la esclavitud de Babilonia. Juan es el profeta que lanza al pueblo para que deje la esclavitud de una vida sosa, sin gracia, y se abra al mensaje de Jesús, a quien anuncia como Mesías venidero. La esperanza es un reto, que no amenaza, sino que afianza. *«Poned todo empeño en que el Señor nos halle en paz con él, sin mancha ni reproche»*. Que la Palabra del Señor sea nuestra fuerza.

LA INMACULADA CONCEPCIÓN

1ª lectura (Génesis 3, 9-15.20): *La mujer te herirá en la cabeza.*

Salmo (97, 1.2-3ab.3c-4): *«Cantad al Señor un cántico nuevo, porque ha hecho maravillas»*

2ª lectura (Efesios 1, 3-6.11-12): *Él nos eligió en la persona de Cristo.*

Evangelio (Lucas 1, 26-38): *Hágase en mí según tu palabra.*

Cuatro son los dogmas o pilares que soportan la grandeza Mariana, definidos sin seguir el orden de sucesión en el tiempo. En el calendario de la Iglesia se celebran respectivamente el día 1 de enero: “*María, madre de Dios*”; el 25 de marzo: “*la concepción virginal de Jesús*”; el 15 de agosto: “*La Asunción de María en cuerpo y alma al cielo*” y el 8 de diciembre: “*La Inmaculada Concepción*”.

La maternidad divina fue definida contra Nestorio en el concilio de Éfeso en 431 con el tecnicismo “*theotokos*” (madre de Dios). Apoyada sobre todo en el texto de Pablo «*natus ex muliere*» “*nacido de mujer*” (Gálatas 4,4). Es madre de Dios no porque fuera ella misma una diosa, que engendraría necesariamente dioses, sino porque lo engendró por obra del Espíritu Santo su hijo es Dios desde el primer instante. María dio a Jesús lo mismo que las demás madres dan a sus hijos. Por tanto, ella es madre de Dios.

La segunda afirmación fundamental es su virginidad, afirmada en el Credo, es ante todo una afirmación cristológica, es decir, la encarnación tiene como única explicación el amor de Dios trino. La encarnación de Jesús no fue forzada por el pecado ni se puso en marcha por medios humanos, todo fue una decisión amorosa y libre de Dios. Él es el que lo hace todo y, esa acción de Dios se hace más visible a los ojos humanos en una concepción virginal, excluyendo toda intervención humana, solo y únicamente por el amor de Dios a los hombres.

Lucas relata la encarnación presentando a María como una muchacha normal, con sus ideas sobre la vida y sus ideales de futuro, una joven prometida cuyos planes se ven de repente trastornados por una sugerencia de Dios. Ella oye y reflexiona sobre lo oído. El ángel la saluda «*llena de gracia*», ella indaga sobre el mensaje y lo acepta. Ella es parte de la Iglesia y redimida, pero desde el primer instante. Lo que a los demás se nos da en el bautismo se le dio a ella en toda plenitud en el primer momento de su existencia. Es el dogma de la Inmaculada Concepción, definido por Pio IX en 1854 tras siglos de discusiones teológicas. Hay una realidad, un signo, un ideal de belleza para cualquier hombre o mujer de toda edad y condición.

El último dogma en el tiempo es la Asunción en cuerpo y alma al cielo, definido en 1950 por Pío XII, María es la primera en poseer lo que constituye nuestro destino y meta final de todas nuestras aspiraciones: “*la glorificación*”. Los cuatro dogmas marianos recaen sobre una personalidad histórica. María es pura criatura, mujer que acepta los planes de Dios sin poner condiciones y los cumple con fidelidad ejemplar: “*Mira a María e imita en todo, sus ejemplos*”.

Al inicio del evangelio ya se nos anuncia que Dios es la mejor de nuestras alegrías: «*Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo*» (Lucas 1,28). Las palabras del ángel, dirigidas a María, también fueron dichas para cada uno de nosotros. Palabras que nos descubren que la vida cristiana es, sobre todo, una gracia, un don: sin esperarlo, sin merecerlo, Dios se ha acercado a nosotros y se ha puesto a caminar a nuestro lado. La experiencia creyente nos dice, en lo más profundo de nosotros mismos, que somos amados con un amor nuevo y sin límites. Es esta experiencia la que nos llena de confianza y de alegría.

Sin embargo, no siempre hemos querido o sabido acoger esta buena noticia; no siempre hemos creído en las palabras del ángel a María; no siempre hemos experimentado la fe como una alegría profunda. Tampoco hemos sabido comunicar la fe como una experiencia que nos llena de alegría. **¿Cuándo ha sucedido o sucede esto?** Siempre que nos encerramos en nuestras comodidades e intereses, sin abrirnos a la gracia que supone el encuentro con el Otro (Dios) y con los otros (cualquier ser humano); sucede siempre que nos aferramos a falsas imágenes sobre Dios y sobre nosotros mismos, imágenes ajenas e incompatibles con el evangelio de Jesús.

La alegría surge al sabernos en las manos de Dios, al sentirnos amados, acompañados y sostenidos por Él. Surge al vivir reconciliados y en paz con nosotros mismos y con el mundo; al vivir la vida en una confianza fundamental, integrando las tristezas y pesares, que siempre los hay; surge al abrir las puertas y salir hacia el encuentro con los demás, hacia los pobres, hacia los que necesitan de nuestra ayuda y compañía; surge cuando caminamos con Jesús hacia el Reino.

La alegría evangélica es la alegría de las bienaventuranzas, es la alegría de ser sencillos y pobres, pacíficos, solidarios, justos, constructores de humanidad, testigos de Jesús. «*La vida se acrecienta dándola y se debilita en el aislamiento y la comodidad. De hecho, los que más disfrutan de la vida son los que dejan la seguridad de la orilla y se apasionan en la misión de comunicar vida a los demás*» (Francisco. “*Evangelii gaudium*”, 10).

Que María, madre de Dios y madre nuestra, la llena de gracia, nos ayude a acoger y vivir la alegría del evangelio de su Hijo. La alegría que ella misma vivió.

DOMINGO TERCERO DE ADVIENTO

1ª lectura (Isaías 61, 1-2a.10-11): *Buena Noticia a los que sufren.*

Salmo (Lc 1, 46-48.49-50.53-54): *«Se alegra mi espíritu en Dios mi Salvador»*

2ª lectura (1ª Tesalonicenses 5, 16-24): *Estad siempre alegres y constantes en orar.*

Evangelio (Juan 1, 6-8.19-28): *Allanad el camino del Señor.*

Desde hace mucho tiempo estamos acostumbrados a escuchar hablar de la “inflación”. No todos podemos opinar con mucho conocimiento al respecto, pero de una u otra forma todos nos referimos a ella como “el alto costo de la vida” o más familiarmente “no consigo llegar a fin de mes, el dinero ya no alcanza para nada”. Pero la inflación no es asunto solamente de la economía.

Hay otro tipo de inflación: el de la propia “personalidad”. Todos queremos airear nuestros títulos, nuestros logros; los detallamos para enfatizar nuestra importancia: “ingeniero, arquitecto, doctor, presidente, etc., etc., etc.”. Nadie quiere pasar inadvertido y que piensen que valemos menos de lo que nuestros títulos acreditan. Por eso, para darnos más renombre, hacemos tarjetas comerciales y de visita añadiéndolos a nuestros nombres.

Quizás por eso en el evangelio de hoy resulta tan llamativo que alguien no quiera que lo tomen por lo que no es. Pero no precisa su identidad para que lo tengan en más, sino para que ajusten sus expectativas a la baja: Él no era la luz, solo el testigo de la luz. Él no era el mesías, ni Elías ni un profeta, sino simplemente una voz que grita en el desierto. Él solo bautizaba con agua, pero anunciaba a uno que estaba en medio del pueblo, que venía detrás de él, pero a quien no se sentía digno de desatarle las correas de las sandalias.

Juan Bautista era “*la voz*”, una voz que invita a preparar las sendas para el que ya está en medio del pueblo, pero permanece desconocido. Testigo de aquel que viene detrás de él: *«En medio de ustedes hay uno...»*. Claro que tampoco era fácil descubrirlo, pues ni usaba tarjetas de presentación ni tenía títulos distinguidos, a no ser que hubiera alguien a quién le llamara la atención que le dijeran *«el hijo del carpintero»*. Estamos tan acostumbrados a darle a Jesús los más grandes nombres que podemos imaginar, que se nos hace difícil pensar que pudiera estar en medio de ellos y no lo conocieran.

Él sigue en medio de nosotros. **¿Cómo podemos descubrirlo?** Si te das cuenta de que alguien anuncia buenas noticias a los pobres, es muy posible que por ahí ande Él. Cuando hay justicia para los necesitados, cuando no se le desprecia, cuando son tratados de acuerdo con su dignidad de seres humanos, cuando se les da acceso a una buena educación, cuando se les proporcionan los medios necesarios para que vivan humanamente, cuando se les evangeliza con calidad, cuando se les respeta su derecho a usar la palabra... siempre que los pobres escuchan buenas noticias, es casi seguro que ahí está Él.

Nos aproximamos a la celebración de la Natividad del Señor. Es el tiempo de la esperanza y la expectación. Sentimos y sabemos que Dios es fiel a su alianza con nosotros y se hace presente en nuestra vida y en nuestra historia. **¿Puede haber una noticia mejor?** Dios con nosotros, Dios en nosotros, Dios entre nosotros. La vida, con Él, adquiere una dimensión distinta. Estamos a punto de celebrar el nacimiento de Jesucristo y eso nos llena de alegría.

El tiempo de adviento nos recuerda con insistencia la elección de Dios. Él sale a nuestro encuentro y planta su tienda entre nosotros. Él viene a nosotros, a cada uno, a la Iglesia, a nuestro mundo y llama a nuestra puerta. Él nos elige y nos confía una misión: Llevar la Buena Nueva, curar los corazones heridos, liberar a los oprimidos y proclamar el año de gracia del Señor. Ser, en definitiva, protagonistas en su plan de salvación y de amor a todos.

«La misericordia constituye la misma existencia de la Iglesia» (Francisco “*Misericordia et misera*”). La presencia de Dios es un motivo de alegría y esperanza para la humanidad y, al mismo tiempo, es vocación de compromiso para los creyentes. Abrimos los ojos y el corazón al Dios que nace y, al mismo tiempo, hacemos nuestros los afanes y los sufrimientos de nuestro mundo. Contemplar a Dios nos lleva a estar cerca de quien sufre. No podemos permanecer impasibles ante nuestro prójimo.

«Llamados a ser testigos de la luz». Así respondía Juan a quienes le preguntaban y así podemos definirnos nosotros. Testigos de la luz, el amor, la esperanza. que vienen de Dios. Testigos de su compromiso con las personas y la humanidad. Testigos y trabajadores por un mundo nuevo, sin fronteras, sin muros, sin discriminación, sin desigualdad. Testigos de Dios, para que el mundo crea. Como Juan Bautista, también nosotros queremos *«allanar el camino del Señor»*, para que Él llegue a todos.

¿Qué caminos hay que allanar? Aquellos caminos que impiden el encuentro entre Dios y las personas. Allanar caminos para que Dios nazca en cada hombre y en cada mujer. Allanar todo lo que impide a muchas personas vivir con dignidad. Allanar los caminos que, por prejuicios o desconocimiento, hace que muchas personas no estén en disposición de recibir la Buena Nueva de Dios. Allanar caminos para que Dios hoy, como ayer, siga llegando a la vida de las personas y nos llene de su luz.

Él es nuestra alegría y esperanza. Dios cuenta con nosotros. Tarea no nos falta.

DOMINGO CUARTO DE ADVIENTO

1ª lectura (2º Samuel 7, 1-5.8b-11.16): *Tu casa y tu reino durarán por siempre.*

Salmo (88, 2-3.4-5.27 y 29): *«Cantaré eternamente las misericordias del Señor»*

2ª lectura (Romanos 16, 25-27): *La obediencia de la fe.*

Evangelio (Lucas 1, 26-38): *Alégrate llena de gracia, el Señor está contigo.*

Nos es conocida, al menos a grandes rasgos, la historia de David. Pequeño y valiente soldado improvisado, sin más armas que una honda y unas piedras, pero con la fuerza de su fe en Yahveh. Poeta y cantor de la corte; yerno de Saúl y guerrero sagaz, victorioso de casi todas sus batallas. Después de hacerse con el trono y de lograr la unidad de las tribus de Israel en torno a sí. *«El Señor le concedió descansar de todos los enemigos»*, leemos un poco a la pasada, sin darnos cuenta de que no es una paz que el mismo David haya logrado, sino que es un regalo de Dios para él y los suyos. David sueña con construirle una casa a Yahveh. Pero Yahveh habla de nuevo para hacerle ver que es Él, quien le está construyendo casa a David. *«Yo te saqué de los apriscos, para que fueras jefe de mi pueblo...»*. **¿Quién le construye a quién?**

Nos parecemos a David, porque pensamos que somos nosotros los que le estamos construyendo una casa a Dios, y no nos damos cuenta de que es Él quien nos está construyendo nuestra casa, si tan solo le dejáramos actuar en vez de pensar que somos nosotros los únicos protagonistas de nuestra historia. Solemos sacar a Dios de nuestros proyectos, lo excluimos mientras nos hacemos nuestra “casa de cedro”, y luego, quizás, pensamos en que hay que hacer alguna cosita por Él. Nos sentimos tan satisfechos, a veces, de lo alcanzado en nuestra vida, que queremos convertirnos en constructores de una casa para Dios. Pero no le ofrecemos nuestro hogar, sino que lo ponemos en algún espacio aparte, quizás incluso muy lujoso, pero donde no nos inquiete demasiado

¿Piensas que vas a ser tú el que me construya una casa, para que yo habite en ella? Mira la casa que me estoy construyendo: por ahora está en un pueblito de Nazaret de Galilea... sí, ese pueblito del que nadie ha oído hablar. Mi casa no es de maderas preciosas, ni de piedras, ni siquiera de palos y lodo, es de carne y hueso, y se llama María. Una virgen, o sea, una dueña de nada, más que de su virtud. Sí, es una muchachita, desposada con José.

Su mente y su corazón son tan míos, que sabe recibir a mi mensajero y lo escucha, aunque su mensaje le resulte extraño. Es inocente, pero no ingenua. Escucha, pregunta, medita, pondera y... ¡acepta! *“Cúmplase en mí lo que me has dicho”*, o en versión más conocida: *«Hágase en mí, según tu palabra»*. Acepta la voluntad de Dios, porque siempre la ha aceptado, aunque ahora le haya dado a su vida, un vuelco inesperado.

Nos sobra mucho de los afanes constructores de David, y nos falta mucho de María

Seguimos en Adviento, hermanos. Estamos muy cerca del Nacimiento de Jesús, el Esperado de todos los tiempos. No confiamos en palabras, creemos en la Promesa de nuestro Dios. Nuestra esperanza es buena, porque se cumple y se hace realidad, y porque la Palabra –Jesús mismo– acampará entre nosotros. Creemos en el Dios de las Promesas, y por eso los cristianos estamos llamados a ser personas de esperanza, ya que sabemos que en la vida y en el mundo va a llegar la Salvación de Dios.

Vale más una imagen que mil palabras, decimos en los pueblos. Y es verdad. Hoy miramos a María, la Virgen de la esperanza. Ella se fio del todo del anuncio del Ángel, con sus dudas y limitaciones. En su sencillez acogió el anuncio de una misión que no entendía, ser elegida como Madre de Dios, y fue capaz de expresar aquella obediencia que llega hasta nosotros: *«¡Hágase en mí, según tu Palabra!»*. La llena de Gracia, por su apertura y entrega a lo que Dios Padre quiere para sus hijos –la plenitud del Amor entregado de Jesús– es nuestro ejemplo, fuente de esperanza, madre de Dios y madre nuestra.

Cómo no vamos a estar llenos de esperanza cuando nos nace la esperanza. Cómo no vamos a gritar con el salmista: *«¡Cantaré eternamente tu Misericordia, Señor!»*. Porque un Hijo se nos va a dar y la Luz iluminará por siempre, por todas las edades. Así, llenos de esperanza, de Promesa cumplida, nuestra tarea está en anunciar tanta Fidelidad, tanto Amor entregado. Una Fidelidad, la de Dios Padre, que se afianza y se cimienta como un *“edificio eterno”*, es decir, que nunca falla, ni se cae, sino que permanece estable, y se renueva cada mañana, para todos los hijos queridos del Padre, por todas las edades.

En buena esperanza vivimos y caminamos. Porque es una esperanza apoyada no en nuestros logros, pequeños y escasos, sino en el mismo Dios del que sabemos que nunca falla. Esto no nos hace más pequeños, ni evita el esfuerzo, antes bien nos fortalece y hace personas nuevas, renovadas. Y nos llama a crear convivencia, unidad y paz entre las personas y los pueblos. Nos apoyamos nada menos que en un *“decreto”* del mismo Dios, que se nos ha dado a conocer a todos los que quieran acogerlo con limpio corazón.

O sea, que estamos en buenas manos, en las Manos de Dios Padre de Bondad, que nos da a su Hijo Jesús. Ya va a estar entre nosotros, y para siempre. Jesús nunca deja solo a nadie. Vivimos en buena esperanza, en esa que no evita, sino que multiplica la entrega, el trabajo y el testimonio cristiano. Ánimo, hermanos. Acojamos a Jesús que nace.

SOLEMNIDAD: LA NATIVIDAD DE JESÚS

1ª lectura (Isaías 52, 7-10): *El Señor consuela a su pueblo.*

Salmo (97, 1bcd.2-3ab.3cd-4.5-6): *«Los confines de la tierra han contemplado la salvación de nuestro Dios»*

2ª lectura (Hebreos 1, 1-6): *Hijo mío eres tú.*

Evangelio (Juan 1, 1-18): *El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros.*

En medio de la noche, cuando los pastores dormían, Dios envió su mensajero para dar la gran noticia: **¡Acaba de nacer el Mesías y Señor, el Salvador!** Pero el ángel no los envió al palacio, donde nadie les hubiera recibido, ni siquiera a alguna casa de Jerusalén, sino a un establo a las afueras de Belén, para buscar a un Niño envuelto en pañales y recostado en un pesebre. Ese Niño **«causará gran alegría a todo el pueblo»**, les dijo, y ellos eran los primeros en saberlo. **¡Vayamos hacia Belén!**, se dijeron los pastores. Y salieron a toda prisa. Cuando llegaron encontraron las cosas tal como el ángel les había dicho: a María y a José, y al niño recostado entre las pajas del pesebre. María, muy probablemente, habría sonreído al escucharlos hablar atropelladamente y llenos de admiración. Y les mostraría al Niño a aquellos hombres rudos, que en esa noche sentían su rostro transformado de ternura.

¡Había que comunicarlo!, pero... **¿Quién iba a creer a unos pobres pastores?** Les dirían que estaban locos, que de seguro estaban soñando, que los ángeles no hablan con pastores y que no era creíble que el Mesías naciera en un pesebre. No, nadie les iba a creer. De todos modos, volvieron a sus campos con un gran gozo, alabando y glorificando a Dios por todo lo que habían visto y oído.

¡Vayamos también nosotros hacia Belén! Al menos con nuestra imaginación. Acerquémonos a una de esas escenas típicas de lo que solemos llamar un *“nacimiento”*. José y María con el niño Jesús están en el lugar principal. Seguramente hay algunos pastores y muy probablemente algunas ovejas. Aunque los evangelios no dicen nada al respecto, se les suele representar llevando regalos al Niño: un corderito, alguna gallina o pato, una pieza de queso o una hogaza de pan, una cesta con huevos...

Y más a lo lejos, vienen ya los magos. Espectaculares casi siempre. Vestidos ricamente y montados en diversas cabalgaduras, trayendo los dones de los que nos habla Mateo: oro, incienso y mirra. Como son tres los dones, suponemos que serían tres magos. Y para hacerlos más importantes, los nombramos reyes. Posiblemente estén por allí algunos ángeles, uno al menos. Nos gusta imaginar cómo podrían ser los ángeles... parecen humanos, pero algo diferentes... para ir y venir del cielo los imaginamos con alas. Y, claro, también estará por allí una estrella, la que guio a los magos hasta el lugar del nacimiento de Jesús. Pero... y nosotros, **¿Cuál es nuestro lugar en el nacimiento?** **¿Acaso somos meros espectadores de todo lo que allí ocurre?**

El nacimiento de Jesucristo no es algo irreal, ni abstracto, sino que se enmarcó en tiempos del emperador Augusto. Pero no solo Jesús nace en las coordenadas concretas del Imperio romano, sino también de la Historia de su propio pueblo, el pueblo de Israel. Por eso el episodio del censo. José, el padre según la carne de Jesús, era de la ciudad de David y por eso tuvo que subir desde Nazaret a Belén para censarse. La ciudad de Belén y la figura del rey David nos adentran en el pasado más glorioso de Israel y nos recuerdan esa promesa que Dios prometió al rey David a través del profeta Natán. Mil años después esta palabra de Dios iba a cobrar un sentido nuevo y definitivo en un humilde pesebre de la ciudad de Belén.

En la etapa de preparación que es el Antiguo Testamento, Dios habló por los profetas. Las intervenciones de Dios a lo largo de la historia humana las presenta como intervenciones habladas, por la Palabra. El hecho de que Dios hable a los hombres y busque una relación personal con nosotros es asombroso. El diseño de Dios es un proyecto de relaciones personales por medio de personas escogidas, en tiempos precisos y por intermedio de mediadores de la Palabra. Las imágenes alimentan el deseo. Solo la Palabra alimenta el amor.

En la etapa del cumplimiento, en los últimos tiempos, nos ha hablado por el Hijo. ¿Nos damos cuenta de lo que esto significa? No hay más revelaciones, Dios Padre ha dicho todo lo que ha considerado necesario y oportuno de una vez por todas en Jesucristo, su Hijo amado. Toda la revelación está en Jesús que se ha hecho uno de nosotros para que conociéramos cómo es Dios, su Padre y, por pura gracia, el nuestro.

En el nacimiento de Jesucristo celebramos la osadía de Dios. Porque osadía es atreverse a entregarnos a su Hijo para que pudiésemos contemplar y, por ello, experimentar hasta qué punto Dios nos ama, hasta qué punto le importamos, hasta qué punto Jesús es el centro de nuestra fe (no de unas creencias). Dios Padre, encarnando a su Hijo, es Dios de palabra.

A nivel humano, ¿hay algunas personas que siempre tienen una palabra que decirte? Conviene preguntarse porqué: quizá porque te iluminan, o porque son significativas para ti o, sencillamente, porque te aman. En la Eucaristía de hoy celebramos que esa Palabra es Jesús de Nazaret, hijo amado de Dios Padre para nuestra salvación. Pidamos a Dios su Espíritu Santo para que aumente nuestra fe. No es fácil creer que ese Niño, nacido en donde se alimentan las ovejas, sea la Palabra de Dios para todo el mundo.

LA SAGRADA FAMILIA

1ª lectura (Eclesiástico 3, 3-7.14-17a): *Sé constante en honrar a tu padre.*

Salmo (127, 1-2.3.4-5): *«¡Dichoso el que teme al Señor, y sigue sus caminos!»*

2ª lectura (Colosenses 3, 12-21): *El Señor os ha perdonado: haced vosotros lo mismo.*

Evangelio (Lucas 2, 22-40): *Este está puesto para que muchos caigan y se levanten.*

Hace apenas unos pocos días que celebramos el nacimiento de Jesús, a quien los evangelios nos presentan como hijo de Dios hecho carne en las entrañas purísimas de María. Ella no fue un mero recipiente de la iniciativa de Dios, sino participante, libre y voluntaria, en el proyecto divino, gracias a la invitación que se le hizo a través del mensaje del ángel y que ella aceptó con todas sus consecuencias.

José tuvo que pasar otras vicisitudes antes de saber todo lo que había ocurrido. En su silencio, José aparece como un hombre justo, piadoso, bueno, capaz de analizar las situaciones y de tomar decisiones valientes. También después de la revelación de Dios en sueños, muestra su capacidad de colaborar libremente en el plan de Dios, sin contabilizar los costos.

A las mamás, sobre todo a las primerizas, se les felicita, se las colman de regalos para ella y su niño y se les llena de buenos deseos y ya está... Cada niño es una promesa y es un enigma. Cada uno aporta novedad a su hogar y cada uno presenta sus exigencias propias. Con cada hijo la familia se reinventa y, con las dinámicas que la vida familiar implica, lo único seguro es que no habrá mucha estabilidad en nada; lo único permanente será el cambio.

Lo vivieron José y María y lo viven cada una de las demás familias, incluidas las nuestras, por supuesto. Todas con vocación a que el amor sea el catalizador de los numerosos momentos que hayan de vivir, unos alegres, otros tristes y todos desafiantes. Pero esta familia no es tan ordinaria, aunque así lo vaya a parecer durante treinta años, en su tierra de Galilea y en su pueblo de Nazaret.

La purificación de la mujer ocurría en el ámbito doméstico, no en el templo, y tenía como finalidad reintegrar a la mujer a sus labores cotidianas, así como a las prácticas religiosas, unos cuarenta días después del nacimiento del niño. Otro asunto era los primogénitos machos de hombres y animales que, según la ley: pertenecen a Dios. Los animales se le ofrecían como sacrificio en el Templo, pero los niños eran presentados y “rescatados” a través de alguna ofrenda digna. La ofrenda que llevan José y María es la de los pobres, un par de tórtolas o dos pichones.

José y María habían empezado a construir un hogar y un proyecto familiar en su pueblo natal. Como narran los Evangelios también Dios proyectaba sobre ellos una Buena Noticia: la que en Nazaret había llegado a María como viniendo de Dios mismo; la que en Belén contemplaba en el pequeño y frágil cuerpo de un niño, su hijo; y que años después volverían a escuchar en Jerusalén, de la boca de Simeón y Ana, inspirados por Dios.

Hasta estos momentos el relato evangélico de Lucas, José y María aparecen como una familia fiel a las tradiciones, respetuosa de la Ley y económicamente pobre. Pero lo que sucede enseguida, lo que escuchan acerca de su Niño, debe haberles dejado pensativos por mucho tiempo. Después de todo, cada momento es nuevo. Llevando en su corazón todo lo acontecido, volvieron a su casa en Galilea.

La familia es el lugar donde venimos al mundo y nos sentimos protegidos, queridos, cuidados. Pero toda familia es a la vez una confluencia de proyectos, entre los cuales el de Dios es para el creyente uno fundamental. Por muy distintas que sean las familias, aunque los modelos varíen entre generaciones y culturas, una familia se define por el amor que les une y da protección, cariño y cuidado. Este es el modo de vivir que Dios quiere para nosotros, y que él realiza primero, como Padre Bueno.

Cuando las lecturas nos hablan de que en la familia es preciso respetarse y honrarse unos a otros, especialmente los hijos a los padres, se dice con ello que el respeto y la autoridad no nacen espontáneamente, sino que son los frutos del cariño. Sobre el amor cariñoso que los padres depositan entre ellos y hacia sus hijos se construye una familia, y se aprende a vivir dando, ofreciendo y entregando, con la bondad, humildad, dulzura y comprensión que Pablo pedía para la comunidad de Colosas.

Es en familia donde los hijos aprenden de sus padres a “cuidar” y los padres aprenden de sus hijos cómo “cuidarles”; porque para cuidar hacen falta dos que se quieren y se respetan: dos con necesidades diferentes, pero que como esposos de..., hermanos de..., nietos de..., abuelos de..., o descubren lo que el otro necesita y así se ocupan y preocupan de él. El “cuidado” tiene su propia lógica, que escapa a los cálculos del beneficio, e invita a la suma de confianza, pero que sobre todo requiere tiempo: tiempos para cuidar.

Vivimos en un mundo demasiado rápido, sin tiempo o con tiempos cronometrados: una sociedad competitiva, ansiosa, hostil. Frente a ello, escuchar las palabras de Simeón y Ana en el Evangelio de hoy y contemplar a la familia de María, José y Jesús en el Templo de Jerusalén, nos evoca el silencioso tiempo de los cuidados que aprendió Jesús, como reflejo del amor del Dios Padre que cuida inmensamente siempre: Buena Noticia para todo el que la escuche.

SANTA MARÍA, MADRE DE DIOS

1ª lectura (Números 6, 22-27): *El Señor te bendiga y te proteja.*

Salmo (66, 2-3, 5, 6 y 8): *«El Señor tenga piedad y nos bendiga»*

2ª lectura (Gálatas 4, 4-7): *Así que ya no eres esclavo, sino hijo.*

Evangelio (Lucas 2, 16-21): *María conservaba todas estas cosas en su corazón.*

Después de una noche de ilusiones, expresadas bajo el paraguas de los brindis y buenos deseos, este año más comedidos por motivo de la terrible pandemia que la humanidad sufre; estrenamos el nuevo año con la apelación a la felicidad para todos nuestros seres queridos y conocidos, confiando obtener un rendimiento positivo al esfuerzo y esperanza con que enfrentamos este 2021.

¡Qué cambio daría el mundo si la realidad respondiera a los deseos! Pero nos topamos con nuestra propia realidad humana que refleja la fragilidad con que está hecha nuestra materia. No obstante, es el día de la buena esperanza. Hay que expresar y repetir las buenas intenciones, los buenos deseos, los buenos propósitos. Es un día para soñar, esperar, reconstruir el ánimo interior. Es el primer día del nuevo año.

En esa perspectiva de horizontes positivos, el mundo se ha propuesto una meta que entraña proyectos a largo plazo y esfuerzos descomunales. La búsqueda de la paz es obra de compromisos sociales, económicos, políticos y, sobre todo, cordiales. Porque es el corazón humano el ámbito del mayor esfuerzo y de los pasos más lentos, pero más seguros. La esperanza es muy frágil si no se alimenta tenazmente.

Ya lo sabían los antiguos. Trabajar en el interior de las personas es más difícil que el trabajo en las minas. Hay que buscar la veta y rascarla de un modo continuado, sin descuidar los pequeños avances que se hacen y dando consistencia a los espacios obtenidos para evitar que los derrumbes retrasen las tareas.

Para el inicio de año civil el libro de los Números nos ofrece una hermosa bendición: *«El Señor te bendiga y te proteja, haga resplandecer su rostro sobre ti y te conceda su favor. Que el Señor te mire con benevolencia y te conceda la paz»*. Aunque es la bendición que Aarón y sus hijos deben emplear para bendecir a los israelitas, me parece que todos podemos utilizar estas palabras y desearnos así un feliz año nuevo cuando al cruzarnos con familia, amigos y conocidos nos saludemos en estos próximos días. Pues nos comunica la bendición y protección de Dios en el proceso de búsqueda de un sentido a la sucesión del tiempo que, sin Él, sería un montón de días sin rumbo, sin otro horizonte que el vacío.

La fiesta de hoy tiene sin duda un componente mariano: la sencilla virgen de Nazaret, María, es la Madre de Dios. Entra en la historia de salvación en una posición única e irrepetible. Es digna de admiración y alabanza. A Ella dirigimos nuestra oración porque reconocemos su cercanía incomparable con el único mediador de la nueva alianza, Jesucristo, su hijo, nuestro Señor.

Con los cristianos de muchos siglos atrás hacemos nuestras esas palabras que forman la primera oración mariana de la que se tenga memoria: *«Bajo tu amparo nos acogemos, santa Madre de Dios, no desprecies las súplicas que te hacemos en nuestras necesidades, antes bien, líbranos de todos los peligros, ¡oh Virgen gloriosa y bendita!»*.

El pequeño niño a quien llevó en su seno, al que dio a luz y envolvió en pañales, al que presentó para la circuncisión cumplidos los ocho días, a quien dio el nombre que le había sido anunciado, no es solo su hijo, es el hijo de Dios. Lo que esta fiesta nos recuerda es que Jesús no se hizo Dios, sino que el hijo de Dios se hizo hombre. De modo que ese bebe, a quien vemos recostado en el pesebre, es Dios desde su concepción, en su nacimiento, a los ocho días y para siempre.

Como para tantas personas, nuestra salvación está en un Niño. Los niños son, por su debilidad, la fuerza más provocadora y contagiosa que nos mueve. Cuando ya no quedan recursos para levantar los ánimos y el espíritu de superación y de esfuerzo, un niño es capaz de movilizar las energías y ponerlas en común al servicio de su crecimiento y protección.

Así se nos presenta Dios. La salvación nos la ofrece con su imagen de niño. Porque no viene a resolvernos los problemas sino a implicarnos en su solución cuando nuestro espíritu interior está disminuido y nuestro entusiasmo alicaído. Su circuncisión, como nuestro bautismo, era el signo de su ingreso en la comunidad de quienes se saben hijos, por tanto, queridos, aceptados, miembros de la familia y receptores de una herencia, una promesa, por la que esperan la salvación.

El regocijo y la algarabía por la Navidad, nochevieja y año nuevo son parte de nuestras tradiciones, pero ojalá también haya espacio en nuestro corazón para guardar ahí todas estas cosas y meditar despacio a lo largo de los meses que siguen. Eso es motivo de mucha alegría, nos da tranquilidad en el presente y nos libera del miedo al futuro para dedicarnos a las cuestiones grandes de esta realidad que nos envuelve y se nos resiste.

DOMINGO SEGUNDO DE NAVIDAD

1ª lectura (Eclesiástico 24, 1-4.12-16): *Desde el principio me creó.*

Salmo (147, 12-13.14-15.19-20): *«La Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros»*

2ª lectura (Efesios 1, 16-21): *Nos eligió, antes de la creación del mundo.*

Evangelio (Juan 1, 1-18): *La luz brilla en la tiniebla, y la tiniebla no la recibió.*

Las palabras son el medio más universal de comunicación humana. Con palabras puede expresarse todo, si bien, resultan insuficientes para expresar sentimientos muy profundos para los que “no hay palabras”. Las palabras pueden halagar o irritar, consolar, agrandar o poner triste. Pueden ser rayos de luz que esclarecen o pueden ser mal interpretadas y peor utilizadas.

Dice un proverbio africano: “la palabra que necesitas y te ayuda no puedes decírtela tú a ti mismo; tienes que oírla de otro”. Los hombres disponemos de muchas palabras, nuestro léxico es muy extenso, pero la palabra que nos salva no es palabra humana sino la Palabra que es también Sabiduría de Dios: Jesucristo. Jesús es revelador de Dios como padre de los hombres y revelador de los hombres como llamados a ser hijos de Dios.

Dios Padre creó al hombre «a su imagen, puso en él una semilla divina». Por la gracia del bautismo le llama luego a ser su hijo. De alguna manera se puede hablar de “código genético divino”: *«Cuando contemplo el cielo, obra de tus dedos, la luna y las estrellas que has creado, ¿qué es el hombre para que te acuerdes de él, el ser humano para darle poder? Lo hiciste poco inferior a los ángeles, lo coronaste de gloria y dignidad, le diste el mando sobre las obras de tus manos, todo lo sometiste bajo sus pies»* (Salmo 8, 4-7).

El hombre puede sentir orgullo de llevar la imagen y la filiación divina por la fe en Jesucristo. O puede “desdivinizarse” borrando la imagen de Dios y rechazando la llamada a la filiación divina por la fe. Los animales no pierden naturaleza, no se “desanimalizan”. El hombre puede “desdivinizarse y deshumanizarse”.

Siendo Dios inefable, inexpresable en conceptos humanos, nos dio su «Palabra», su Hijo, como medio de comunicación perfecta. Por Él nos dijo todo lo que tenía que decir. Su mensaje está ahí. Queda solamente entenderlo y hacerlo realidad en nuestras vidas para que logre su objetivo de transformarnos en “hijos de Dios”, herederos de su riqueza: la Vida eterna.

Se ha cumplido el plazo, Dios ha salido de cuentas, ya está aquí, entre nosotros... con todos. Universal, sencillo, gratuito, desbordante, accesible. Una vez más nos sorprende y nos desborda. Él nunca nos deja, siempre está. Palabra que se hace carne y vida en la pobreza de un establo y en las pobrezas de nuestra vida. Dios nunca huye de los márgenes ni evita al pecador... ¡siempre lo busca! Una vez más Él está con nosotros. El tiempo de Navidad nos ofrece la ocasión para reconocerlo y dirigirnos a Él para contemplarlo y adorarlo, para sentir que está próximo a nosotros, está en nosotros.

El Hijo de Dios vino a los suyos, pero los suyos no le recibieron, no se dejaron amar. A los que le reciben les da capacidad para hacerse hijos suyos. La Encarnación descubre hasta qué grado de desarrollo y grandeza es posible llegar y a qué absurdos se puede sucumbir. El que rechaza las posibilidades ofrecidas por Dios permanece en estado de subdesarrollo espiritual. Si ser persona compromete a vivir por encima de los instintos, ser hijo de Dios compromete a vivir a nivel superior de las exigencias naturales.

Dios es amor que se hace carne, es vida y es historia... Dios nos da su amor que rompe el universo inmaterial para convertirse en bendición concreta y en referencia privilegiada para el camino de quienes se dejan iluminar por Él. Su Palabra no es amenaza ni condenación, no es norma rígida ni consuelo fácil... su Palabra es Jesucristo. El anuncio evangélico comienza siempre con el saludo de paz, y la paz es posible porque el Señor ha vencido al mundo haciendo la paz mediante la sangre de su cruz.

Amor entregado y apasionado por todos. Palabra de salvación y de vida para todos aquellos que se encuentran con Él y se dejan bendecir por Él. Nosotros *«hemos creído en el amor de Dios»* porque nos hemos encontrado con su Hijo que ha dado un nuevo horizonte a la vida y una orientación decisiva a nuestra vida.

«Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único, para que todos los que creen en Él tengan vida eterna» (Jn 3,16). El compromiso y la apuesta de Dios es la vida de sus hijos, es la plenitud de todo lo creado, es el amor como norma de vida. Su deseo es que sus hijos tengan vida... y vida en abundancia. No nos ha creado para el odio ni para el rencor, no nos ha llamado a la desigualdad ni a la violencia. Él nos ha creado, por amor y para amar. Es la norma y el estilo de vida del creyente, una existencia que se basa en la experiencia del encuentro con Dios y en la certeza de la vida desde el amor con que Él nos ha creado.

Dios nos ha elegido para ser sus hijos y, por tanto, para ser hermanos. La contemplación y el encuentro con Jesucristo nos llama a la fraternidad. La convivencia entre las personas es más que un cúmulo de intereses particulares. Es la experiencia de hermandad, es la certeza de que el otro es mi hermano, es parte de mi vida y de mi historia, y ante quien no me puedo desentender. Navidad es nacimiento, amor, vida y comunidad, familia. Que Dios nos bendiga, que le sepamos adorar cada día, en cada acción y en cada encuentro con el prójimo.

LA EPIFANÍA DEL SEÑOR

1ª lectura (Isaías 60, 1-6): *Levántate, brilla, que llega tu luz.*

Salmo (71, 2.7-8.10-11.12-13): *«Se postrarán ante ti, Señor, todos los reyes de la tierra»*

2ª lectura (Efesios 3, 2-3a.5-6): *También los gentiles son coherederos.*

Evangelio (Mateo 2, 1-12): *Le ofrecieron sus dones: oro, incienso y mirra.*

«*Yahveh no es solo el Dios de Israel, es el Dios de todas las naciones*». Este es el “*designio secreto*” del que habla el apóstol Pablo en su carta a los Efesios, es un designio que ha sido revelado por el Espíritu a los apóstoles y profetas. Dios no quiere solo la salvación de su pueblo, sino la de todos los pueblos, porque no hay un solo ser humano que no sea su hijo.

¿En qué consiste dicho designio? En que «*por medio del evangelio también los paganos son coherederos de la misma herencia, miembros del mismo cuerpo y partícipes de la misma promesa en Jesucristo*». Designio secreto porque Israel nunca lo comprendió. Designio secreto porque los demás pueblos tampoco lo sabían. Designio secreto porque necesitó ser revelado por Dios mismo a una comunidad humana más preocupada en marcar sus diferencias que en afirmar sus similitudes.

Este no es nada más que el “*día de Reyes*”, como suele decirse tradicionalmente. Tampoco es el día de los magos, aunque sea la expresión más expresada. Es el día de la manifestación del Señor. Es decir, el día en que celebramos que Dios manifestó a su hijo hecho carne, como el rey de los judíos, el Mesías, el pastor de Israel, la luz de todas las naciones, el objeto de la búsqueda de todos los pueblos, la causa de la más intensa y profunda alegría y el único a quien vale la pena rendir pleitesía y homenaje de adoración.

¡Es nuestra fiesta! y lo es por partida doble. Primero, porque nosotros también pertenecemos a un pueblo “*pagano*” que por pura gracia ha sido invitado a recibir la misma herencia, a formar parte del mismo cuerpo y a participar de la misma promesa de vida y salvación. No formábamos parte del pueblo original, pero nos ha alcanzado la bendición del descendiente de Abrahán, Jesucristo nuestro Señor y Salvador. Pero también, porque, al igual que Pablo, se nos ha confiado la distribución de la gracia de Dios en favor de los demás. No solo hemos sido atraídos al portal de Belén para encontrarnos con el niño Dios, sino que además hemos sido constituidos mensajeros de esa Buena Noticia para los demás.

Nuestra vocación cristiana no se reduce a aprovechar o consumir la gracia que se nos otorga, sino que nos impulsa a distribuir esa gracia en favor de todos. Una gracia que se acoge, se disfruta y se distribuye generosamente porque es suficiente para disipar todas las tinieblas y llevar a todos los pueblos la luz.

Con esta fiesta de la manifestación de Jesús a los magos de Oriente y al pueblo de Israel, concluimos este ciclo de Navidad tan lleno de fiestas, de reuniones festivas, de regalos y, cada vez, más vacías de su significado creyente: el Hijo de Dios, Jesús, ha puesto su tienda entre las tiendas de los hombres y de las mujeres como un hombre cualquiera.

En la primera lectura hemos escuchado que los israelitas sueñan con ir a Jerusalén y que Jerusalén los acoge como una madre. Algo parecido, sobre todo lo del sueño de ir a..., nos pasa durante las Navidades; aunque ese sueño está más bien fuera de nosotros y nos lo ponen como cebo: belenes, atracciones y consumo. Salimos y volvemos a casa, pero nada ha cambiado en nuestro interior.

¡Qué triste!

Es bueno que pongamos nuestros ojos e iluminemos otras realidades cercanas a nosotros que nos acogen, más pronto que tarde, cuando las visitamos: personas solas, amigos distantes, vecinos de escalera, grupos que hace tiempo que no sabemos de ellos, lugares que nadie frecuenta, etc. Toda esa realidad sí tiene poder para cambiarnos la vida.

Dios da a conocer algo que estaba escondido o que no era el momento; era necesario que en medio de la vida de los hombres y de las mujeres se hiciera presente el hombre Jesús de Nazaret con su proyecto de Reino, un regalo para todas las personas que llegan a conocerlo y a vivir en él.

Los testigos de ese proyecto nos proponen buscarlo con otros, irse poniendo objetivos que vayan en esa dirección y los medios necesarios para poder experimentar el gozo de una vida en común al servicio de los más desfavorecidos y, por supuesto, evaluar regularmente los pasos que vamos dando.

El camino que siguen los magos no es un mapa que les marca las distintas etapas del camino que han emprendido; más bien ellos están buscando el camino de la felicidad y de la libertad. Y se han propuesto un itinerario que necesita irse iluminando.

Cuando han perdido la orientación hacen preguntas, consultan documentos y acogen las sugerencias que se les hacen. Con gran esfuerzo, caminan juntos, y contemplando a su alrededor descubren que alguien pequeño, en una casa pequeña, con una madre acogedora queda iluminado. Ese es nuestro camino, así debemos seguir buscando y contemplando a lo largo de este año.

EL BAUTISMO DE JESÚS

1ª lectura (Isaías 55, 1-11): *Vuestros caminos no son mis caminos.*

Salmo (Is 12, 2-3.4b-63): *«Sacaréis aguas con gozo de las fuentes de la salvación»*

2ª lectura (1ª Juan 5, 1-9): *Jesús es Cristo nacido de Dios.*

Evangelio (Marcos 1, 6b-11): *Tú eres mi Hijo amado, en ti me complace.*

Hoy, para culminar el tiempo de Navidad, volvemos nuestra mirada a lo que fue el inicio de la actividad evangelizadora de Jesús, después de su vida de silencio en Nazaret. La liturgia de la Iglesia nos propone que, antes de escuchar el mensaje que Jesús nos irá dando a conocer durante gran parte del año, nos detengamos a observar bien al mensajero.

Ante todo, que es Dios quien manifiesta a su Hijo, es Él quien nos lo da a conocer. Si bien Jesús será el revelador del Padre, es el Padre, la fuente y el origen de todo, quien da el primer paso al mostrarnos a su Hijo. Lo hace anticipadamente, por medio del profeta Isaías, como leemos en la primera lectura, y lo seguirá haciendo a través de los evangelizadores, como nos narra Marcos en el evangelio que hoy leemos; y a lo largo de la historia, como nos lo hace ver el libro de los Hechos de los Apóstoles. A través de estos textos, **¿qué nos dice el Señor acerca de su enviado?**

Primero que nada, que es su siervo. La misión del enviado es interpretada ante todo como un servicio. Un servicio a Dios y un servicio en nombre de Dios. Jesús es el siervo de Yahveh a quien hay que mirar. Nos dice también que ese servicio será posible en la medida en que el enviado sea sostenido por el mismo Dios. Dios es quien lo elige, Dios es quien lo sostiene, Dios es quien se complace en él y Dios es quien le entrega su Espíritu para que lleve adelante su misión: La de hacer brillar la justicia sobre las naciones. Justicia y derecho son el camino de la salvación al que el Señor es fiel. Para eso llamó Dios a su siervo, lo tomó de la mano, lo formó y lo constituyó alianza de su pueblo y luz de las naciones.

Hoy es la fiesta del bautismo del Señor, y es ante todo a Él a quien tenemos que dirigir nuestra mirada, pero inevitablemente nos miramos a nosotros mismos, al menos de reojo, y nos preguntamos: **¿Soy de veras un hijo amado de Dios, en quien él tiene sus complacencias? ¿Me sé y me siento impulsado en la vida por el Espíritu de Dios? ¿De veras promuevo la justicia y el derecho? ¿De veras voy pasando por la vida haciendo el bien? ¿De veras me preocupo por sanar a los que sufren? ¿Soy un discípulo y misionero de Jesús, con palabras y con obras?**

Una parte no pequeña de los ciudadanos de España está bautizada en la fe católica. Las razones que llevan a una buena parte de los padres a bautizar a sus hijos son de tipo sociológico o de tipo mágico (para que no le ocurra al niño nada malo). No faltan quienes quieren dar a sus hijos el don que ellos recibieron en su día.

He preferido acercarme al Bautismo de Jesús buscando no tanto por qué se bautiza o para qué se bautiza, sino qué sucede en Jesús cuando se acerca a ser bautizado por Juan. Por el evangelista san Lucas sabemos que Jesús tenía por costumbre acudir los sábados a la sinagoga donde se leía y comentaba la Palabra de Dios, por lo que podemos inferir que Él estaba, hasta entonces, abierto a la Palabra de Dios. Situación que no es ajena a muchos de nosotros, creyentes y bautizados, cuando crecemos e intentamos hacer nuestro el sentido de nuestro bautismo que, probablemente, fue de niños.

La voz del cielo, al decir *«Tú eres mi Hijo amado»*, es voz de un Padre que, sin duda, procede de Dios Padre. Como señalamos más arriba, hasta ahora Jesús estaba abierto a la Palabra de Dios, pero, a partir de que escucha *«Tú eres mi Hijo amado»*, ya no solo está abierto a la Palabra de Dios, sino que sabe a Quién pertenece. Este sentido y amor de pertenencia es propio de los hijos hacia los padres, siempre que los hijos se sienten amados y promocionados como seres humanos por ellos.

A partir de este momento, Jesús toma las riendas de su vida, cumpliendo lo anunciado por los Profetas. Dios Padre le descubre y revela su identidad: es el Hijo y Dios para Él será el «Abbá». En adelante sabrá para qué ha nacido, y para qué ha estado 30 años en vida oculta en Nazaret.

En el mismo momento en que se le revela la identidad de Hijo del Padre, asume que ya su vida no le pertenece y que entra en la obediencia de amor a su Padre. A partir de ahora hará lo que el Padre le diga o pida. Él está ya bajo el señorío de Dios.

Y, aunque la liturgia no nos ofrece hoy las tentaciones de Jesús en el desierto, a partir de ellas Jesús sabrá bajo qué poder está el mundo; cuáles son las mentiras en las que vive Israel y cuáles son las tentaciones más graves de aquellos que se dicen de Dios.

Pidamos a Dios que, al recordar nuestro Bautismo, nos ayude a descubrir Su fidelidad, el don inestimable de ser hijos de Dios, de ser amados y de vivir el amor como sentido de nuestra vida.

DOMINGO II DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (1º Samuel 3, 3b-10.19): *Aquí estoy; vengo porque me has llamado.*

Salmo (39, 2.4ab.7-8a.8b-9.10): *«Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad»*

2ª lectura (1ª Corintios 6, 13c-15a.17-20): *Nos resucitará también a nosotros.*

Evangelio (Juan 1, 35-42): *Hemos encontrado al Mesías.*

Desde que el hombre está en el mundo ha buscado a Dios, o la figura de un intermediario para sus proyectos; intermediarios de Dios fueron: Moisés, Josué, los Jueces, profetas, etc. Hoy, la primera lectura, nos presenta la llamada de Dios a Samuel. Samuel no estaba buscando a Dios, más bien Dios le estaba buscando a él.

Recordemos que su madre tuvo muchos problemas para concebirlo. Con gratitud lo ofreció a Dios y lo llevo a vivir en el Templo, al servicio del sacerdote Elí. Nos encontramos, pues, a Samuel viviendo en el Templo, pero sorpresivamente anota el autor del texto que *«aún no conocía al Señor, pues la palabra del Señor no le había sido revelada»*.

Dios llama al joven en sueños: *«Samuel, Samuel...»*, por dos veces contesta: *«Aquí estoy»*, pero a la tercera vez, consciente el niño de que era el Señor quien lo llamaba respondió: *«Habla Señor que tu siervo escucha»*. La respuesta de Samuel es la respuesta de la disponibilidad y es también la respuesta de los discípulos del Bautista que nos presenta el evangelio.

El Bautista que ha entregado su vida a preparar el camino del Señor tiene perfectamente clara su vocación y, rodeado de sus discípulos ha dicho claramente: *«Yo no soy el Mesías. Detrás de mí viene uno al que no soy digno de desatarle la correa de la sandalia»* y a este lo presenta como el *«Cordero de Dios que quita el pecado del mundo»*, afirmando que *«conviene que Él crezca y yo disminuya»*. Juan hablaba a sus seguidores de penitencia y conversión, los sumergía en las aguas del río para simbolizar la pureza con la que hay que prepararse para el día del Señor. Juan les ayudaba a tener el corazón en ascuas esperando que el Señor cumpliera su promesa y liberara a su pueblo.

Ellos buscaban a Dios y sentían que cerca de Juan Bautista estarían también cerca de Dios. Pero un día, que resultaría inolvidable para algunos, Juan ya no solo habló de conversión, sino que señaló y anunció que Jesús de Nazaret, el que pasaba frente a ellos, era el Cordero de Dios. Una expresión enigmática, pero que resultó suficiente para poner a esos dos discípulos en camino tras Jesús.

Aquellos discípulos siguen a Jesús, Jesús se vuelve y les pregunta *«¿Qué buscáis?»*. En su relato el evangelista va a utilizar un verbo que será muy importante en todo su evangelio, pero que nuestras traducciones no pueden reflejar claramente. Los discípulos de Juan le dicen a Jesús: *«¿Dónde vives, Rabí?»* Esta respuesta de aquellos hombres nos retrata la búsqueda de Dios que realiza el hombre, sería la sed de Dios que nos presentaba el salmo 63: *«mi alma tiene sed de Ti, mi carne te anhela»*, es el ansia del hombre a la búsqueda de alguien que dé sentido a su vida. Entonces Jesús responde. *«Venid y veréis»*, venid y creéis, venid para tener la experiencia del encuentro con Cristo. Y *«vieron donde vivía y se quedaron con él ese día...»*.

Ese *“venid y veréis”* nos lo está diciendo el Señor hoy a cada uno de nosotros que fuimos llamados en el bautismo al seguimiento de Cristo y que hoy nos llama a ir a su encuentro para tener esa experiencia vital del encuentro con Dios. Pero el encuentro con Cristo, la experiencia de Dios no puede dejarnos indiferentes, nos tiene que sacar de nuestras seguridades para ponernos en camino.

Vemos cómo Andrés va enseguida a buscar a su hermano Simón y llevarlo a Jesús. También nosotros tendremos que salir a buscar a nuestros hermanos los hombres para llevarlos al encuentro con Cristo, un encuentro que transformará sus vidas y los convertirá en ciudadanos del Reino. Tenemos que buscar a hermanos nuestros que caminan en la miseria y son víctimas del egoísmo y la injusticia de los hombres para que se dejen iluminar por la luz de la resurrección.

Pablo es otro al que el Señor le salió al paso. Y con la ayuda de Ananías encontró lo que buscaba, y se convirtió en discípulo misionero del Resucitado. Va y viene, anuncia y enseña, no atrae discípulos hacía sí, sino los encamina al Señor. Y cuando algunos en sus comunidades no sabe sacar las conclusiones coherentes con su fe, Pablo les recordará en dónde tienen que buscar: *«¿No sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, que habéis recibido de Dios y habita en vosotros?»*. Hay conductas de las que hay que huir, porque allí no se encuentra el Señor Resucitado.

Siempre es Dios quien toma la iniciativa de hacerse de alguna manera presente en nuestra vida. Lo hace con gran discreción. Muchos no se dejan interpelar y muchos sí, pero casi todos requerimos interpretes que nos orienten al rumbo adecuado. Gracias, ante todo, a Dios. Y gracias también a Elí, Juan Bautista, Andrés, Ananías, Pablo y a los demás intérpretes que nos van ayudando a responder menos inadecuadamente a la gran pregunta de nuestra existencia:

¿Qué buscas?

DOMINGO III DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Jonás 3, 1-5.10): *Predícale el mensaje que te digo.*

Salmo (24, 4-5ab.6-7bc.8-9): *«Señor, enséñame tus caminos»*

2ª lectura (1ª Corintios 7, 29-31): *El momento es apremiante.*

Evangelio (Marcos 1, 14-20): *Venid y os haré pescadores de hombres.*

Tras la experiencia del bautismo, Jesús ya no volvió a ser el mismo. Dejó Nazaret y comenzó a vivir en Cafarnaún. En su interior hervía una pasión. La experiencia de Dios, de su increíble cercanía y de su amor misericordioso para con todos sus hijos. Esta pasión le había empujado a dejar la casa paterna y salir a la intemperie de los caminos para proclamar una buena noticia: *«Se ha cumplido el plazo, está cerca el Reino de Dios: convertíos y creed en el Evangelio»* (Mc 1,15).

Muy probablemente nada auguraba un cambio de rumbo como este. Jesús no era un hombre educado en las leyes rabínicas ni había sido adiestrado en las técnicas de discusión. No podía pasar por uno de los sabios reconocidos en su entorno, y además su origen humilde lo ponía en desventaja ante quienes tenían linaje y títulos de los que presumir.

Después de que arrestaron a Juan, Jesús regresó a Galilea, pero no para meterse en su casa y continuar con sus labores en el taller, sino para comenzar a predicar. Jesús no es un predicador que inicie su misión con el optimismo ingenuo del que piensa que se va a comer el mundo; Jesús sabe que lo que hace es peligroso. Después de todo Juan ha sido arrestado, de modo que no puede ignorar que corre, al menos, el mismo riesgo.

Definitivamente Jesús no es un hombre solitario; aunque sabe buscar sus momentos de soledad, no lo hace para aislarse, sino para encontrarse con Dios, su Padre, que es quien le va manifestando el rumbo y lo va fortaleciendo en la prueba. Jesús ama la compañía de los demás. Busca colaboradores y les invita a ir formando la comunidad del Reino. Sale a su encuentro, se involucra en sus vidas, los acompaña en la búsqueda, los lleva poco a poco, a producir frutos de vida eterna y celebra con ellos el gozo del Reino de Dios.

Hoy san Marcos recuerda a algunos de los primeros seguidores que serán compañeros de Jesús en sus correrías. Simón y Andrés lo siguieron... Santiago y Juan se fueron con Él. Ellos son las primicias de muchos discípulos a lo largo de la historia y a lo ancho del mundo. Quizás vivieron su llamado con mucha alegría y entusiasmo en un principio, pero irán dándose cuenta de que ser discípulo de este profeta es algo desconcertante, que al mismo tiempo seduce e intimida.

La pasión que latía en la vida de Jesús provocó, en algunos, crítica y rechazo; sin embargo, en otros provocó una gran atracción. Los primeros discípulos se sintieron fascinados por él y, cuando los llamó, no dudaron en dejar lo que tenían entre manos y unirse a Él. Lo que narra el evangelio de Marcos sucede cada día. Es la llamada al seguimiento. Lo que aconteció entonces vuelve a acontecer hoy. Dios sigue llamando. La pasión por el Reino, que animó toda la vida de Jesús, sigue impulsando la vida de sus discípulos gracias al soplo de su Espíritu. El evangelio nos recuerda que Jesús, el Cristo, pasa hoy también, junto al lago de nuestra vida, nos mira y nos llama: *«venid conmigo»*.

Cuando hoy miramos nuestros alrededores, cercanos y lejanos, y vemos tantas cruces, pequeñas y grandes, podemos caer en la tentación de pensar que Dios no está o está muy lejos, entretenido en sus cosas de Dios; pero también podemos fijarnos en Jesús, que ve la realidad atravesada por la acción de Dios, por el amor de Dios. Es el Reino. Y podemos desear y pedir que nos llame a trabajar, codo con codo, junto a él, a favor del Reino, como sucedió en aquella primera hora. Creer también es desear que el Reino que a Jesús se le coló tan adentro también se nos cuele a nosotros. El Reino de Dios. Dios mismo.

El evangelio de Marcos nos invita a vivir la misma experiencia de Jesús. El Reino. La cercanía de Dios, Padre y madre misericordioso, compañero fiel, sanador de todas las heridas, luz que disipa oscuridades, luchador por la justicia, inclinado del lado de los pobres, débiles y pequeños. **¿El Reino?** La realidad de que Dios es perdón incondicional, plenitud de vida, descanso, confianza, horizonte infinito de esperanza, alegría insospechada, gratuidad que todo lo hace nuevo, vida en plenitud, etc.

Empezamos la aventura de seguir a Jesús, iluminando nuestro camino este año con el evangelio de san Marcos. A ratos sentiremos que nuestro corazón se llena de gozo y admiración, a veces serán muchas las preguntas que se nos amontonarán en la cabeza, algunas cosas las entenderemos mejor que otras, a ratos quizás nos llegue a asustar la hostilidad y el conflicto que rodean a Jesús y a los suyos y nos preguntaremos si de veras vale la pena ser discípulo del Maestro.

Pero nos basta saber cómo fue que Jesús comenzó a predicar y ojalá dejemos que su invitación llegue hasta los oídos de todos nosotros: *«Sígueme y haré de ustedes pescadores de hombres»*.

DOMINGO IV DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Deuteronomio 18, 51-20): *Suscitaré un profeta de entre sus hermanos.*

Salmo (94, 1-2.6-7.8-9): *«Ojalá escuchéis hoy la voz del Señor»*

2ª lectura (1ª Corintios 7, 32-35): *Os digo todo esto para vuestro bien.*

Evangelio (Marcos 1, 21-28): *Hasta los espíritus inmundos le obedecen.*

Nuestro mundo está necesitado de profetas. No profetas que nos recuerden catástrofes y miserias, sino profetas que anuncien paz, alegría y esperanza, sobre todo en este tiempo que por causa de la pandemia estamos viviendo, más bien sufriendo. No profetas que sean la voz de los amos del mundo, sino profetas que hablen con autoridad, seguridad y transparencia, a los que merezca la pena escuchar. Los profetas que necesitamos no son aquellos que ven el futuro y lo predicen. El profeta que necesitamos es aquel que ve el presente a la luz de la palabra de Dios; el que sabe ver más allá de las apariencias, el que ve en la historia de la humanidad la mano y obra de Dios; el que sabe discernir para proponer lo necesario para el hombre de hoy.

A la cultura en la que vivía Jesús, entre las muchas características que la definen, se la puede calificar como espiritista. Cultura muy distinta de la nuestra. Las actividades de Jesús no son una teoría, como no lo es el Evangelio. Es una actitud liberadora de una larga lista de las acciones que realiza Jesús: Cura enfermos, da de comer, defiende a los débiles, convive con los pobres... Jesús comienza su misión expulsando los demonios de un hombre. Lo que entendemos por “*diabólico*”, en cualquiera de sus expresiones, es lo que descentra y despista al ser humano. Hoy estos “*diablos*” tienen expresiones que pueden pasar desapercibidas: el poder, la xenofobia, el ansia de dinero... son realidades diabólicas. Estas realidades nos pueden descentrar y desequilibrar. Hoy, como siempre, necesitamos que alguien nos diga: “**¡Cállate y sal de ese hombre!**”. Cuando nos acercamos con sinceridad de corazón a Cristo suena en nuestro interior ese «¡Cállate y sal de nosotros!».

Necesitamos a Jesús, Él sabe liberarnos de nuestros males y darnos la salud / salvación. Une a sus palabras la acción liberadora. Transmite la voluntad de Dios, unas veces apoyando las actuaciones de los hombres, otras poniéndolas en cuestión. Jesús se presenta con un nuevo decir y con un nuevo hacer. Es distinto, y muy necesario. Depende ahora de nosotros el oír su llamada, escuchar sus palabras y ver con ojos curiosos su actuación. No cabe duda que cuando nos habla o actúa se mueve algo en nuestro interior. Si lo que dijese o lo que actuase fuese intrascendente todo seguiría igual.

¿Y no es eso lo que nos pasa a nosotros? Lo que hacemos y lo que decimos como cristianos, o como Iglesia, a nadie llama la atención. No hablamos con la autoridad moral suficiente. La mayor parte de las veces nuestras palabras no se corresponden con nuestros hechos. Pero valoremos lo que hacemos bien, en nuestra Iglesia y en nuestra comunidad parroquial hay personas, grupos, organizaciones muy valoradas y respetadas por la sociedad. Seamos nosotros también así.

Si el camino que recorreremos cada uno es el de la fe, nuestro camino y nuestra vida es Jesús. Él siempre toma la iniciativa, sale a buscar, y enseña de un modo nuevo. Los que se encuentran con Jesús pueden decir ¡esto es nuevo! Jesús une a sus palabras los hechos liberadores y esto convence a cualquiera. Las “*obras y los amores*” sí que salvan y curan. No es extraño que ante Jesús las gentes puedan decir que sí, que Su enseñanza está llena de autoridad y de fuerza. Este sí que es el Maestro.

Para que quede claro que Jesús es el Amor del Padre ahí está el mandato al espíritu inmundo: **¡cállate!**, deja de esclavizar al hombre, al hijo querido de Dios, porque en nosotros está la dignidad y la vida. No hay lugar para el mal en la vida del hombre, somos los favorecidos de Dios y hemos sido creados para la plenitud. Claro que aquello no lo había visto nunca la gente y, ante el actuar de Jesús se quedan pasmados y confiados. Si decimos y creemos que Jesús nos enseña el Camino de la vida –y decimos bien porque es el Maestro– estamos llamados a responder. Y descubriremos que, en Jesús, tenemos delante la novedad que Dios nos da, y que nos lleva a la obediencia y a la fe.

Bien rezamos en el Salmo 94: «**¡Ojalá escuchemos la Voz del Señor!**». Con tantas voces y palabras que nos llaman, a veces dejamos de lado la Palabra. Jesús es Palabra y queremos escucharlo. Mirad que acciones se derivan de esa escucha: no endurecer el corazón; aclamar y dar gracias; postrarse con gratitud y sentirse partícipes de su pueblo. En verdad nadie da más vida en el camino de la vida. Pero esto no se hace solo con buenas intenciones. Hay que, de verdad, hacerlo vida para que sea vida para los demás. La llamada se hace respuesta con fidelidad, con entrega, sin falsas excusas ni oposiciones. Fieles en la vida ordinaria, en el quehacer concreto. En medio del mundo, como la sal y la levadura, para transformarlo todo. Para ordenar las realidades humanas según Dios, o sea, para poner a Dios (y a la persona) en el centro de la vida. Vivamos con entrega y fidelidad.

Muchos profetas nos llaman. Algunos quedan en nada, porque sus palabras carecen de autoridad. Dios Padre pone entre nosotros a otros que trayendo sus palabras a nuestra vida nos llaman a la entrega a favor de una Iglesia y de un mundo nuevo, el mundo de Dios. Ánimo, hermanos, que Dios apuesta por nosotros. Respondamos a su llamada y hagamos de su mensaje la norma de nuestra vida.

DOMINGO V DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Job 7, 1-4.6-7): *El hombre está en la tierra cumpliendo un servicio.*

Salmo (146, 1-2.3-4.5-6): *«Alabad al Señor, que sana los corazones destrozados»*

2ª lectura (1ª Corintios 9,16-19 22-23): *¡Ay de mí si no anuncio el Evangelio!*

Evangelio (Marcos 1, 29-39): *Todo el mundo te busca.*

Contemplando pausadamente el evangelio de este domingo se tiene la impresión de que Jesús no guarda para sí mismo ni un solo minuto. Analizando detalladamente el texto encontramos que, en unas pocas líneas del texto evangélico, 18 verbos tienen como sujeto a Jesús, un pequeño detalle gramatical que apunta a una realidad más profunda: la vida de Jesús es una vida vivida para los demás.

Es cierto que hay una escena en la que Jesús aparece solo, rezando. Escena que el evangelista ha colocado en el centro de este pasaje, pues ella no solo sirve como unión de dos escenas distintas, sino que es la clave de todo el relato. Jesús tampoco en la oración se guarda nada para sí. A ella va para escuchar a su Padre, para dar gracias y para pedir por todos los hombres. La oración de Jesús –y la nuestra así debería serlo– nunca es un acto egoísta. La oración es el alma de la actividad de Jesús, en ella se fundamenta su predicación y sus signos poderosos.

Sorprende en este lugar las palabras que dirige Pedro a Jesús: *«Todo el mundo te busca»*. Jesús no busca que lo aplaudan, no busca hacer curaciones sin más, no es un mago con poderes extraordinarios. Las curaciones solo son una expresión de la fuerza y del amor inagotable de Dios para con la humanidad. Por eso, primero hay que predicar, hay que anunciar a Dios. La respuesta de Jesús a Pedro es clara: *«Vámonos a otra parte, a las aldeas cercanas, para predicar también allí»*. La conciencia tan clara que tiene Jesús de su propia misión es ejemplar.

Jesús, solía reunirse con los demás “*creyentes*” en la sinagoga, porque sabía para qué había venido. Y su religiosidad no le impedía compartir su vida con sus amigos, con Santiago y Juan, con Pedro y Andrés... sabía para qué había venido. Y la compañía de sus amigos no le hacía indiferente a las necesidades de los demás, ni la fiebre de la suegra de Simón, ni a las enfermedades de otros, ni a los demonios que aquejaban a otros... sabía para qué había venido.

Y una jornada que debió ser de descanso se convirtió en una intensa jornada de trabajo y curación, no le impidió levantarse temprano e irse a un lugar solitario a hacer oración... sabía para qué había venido. Y la oración no lo distanció de los demás, al contrario, lo acercó más a todos esos que lo andaban buscando... sabía muy bien para qué había venido. No se quedó quieto en la tranquilidad de su hogar, no se estableció en un solo lugar ni abrió un despacho para atender a los que llegaban a él: *«Vamos»* ...y *«recorrió toda Galilea, predicando en las sinagogas»*. Para eso había venido. Esa era su misión.

Pablo también sabe para lo que ha venido: *«se me ha confiado una misión y ¡ay de mí si no anuncio el evangelio!»*. Se siente feliz de poder predicar el evangelio, y de hacerlo de manera gratuita. Él, que era un hombre libre y que amaba de verdad su libertad, se hizo todo a todos para ganarlos a todos para el evangelio. Para eso había venido, esa era su misión, y poderla llevar a cabo era la fuente de su mayor alegría.

Regresemos ahora a la escena primera de este evangelio: la curación de la suegra de Pedro. En la primera línea el evangelista, como de pasada, nos dice quién está con Jesús en este momento: sus primeros cuatro discípulos. Detalle que es muy importante porque ellos acaban de matricularse en la escuela del discipulado: todo lo que hace y dice Jesús va especialmente destinado a ellos.

La secuencia de verbos que describe la actuación de Jesús con esta mujer es, de nuevo, admirable: se acercó, la tomó y la levantó. Estos verbos deberíamos conjugarlos con mucha frecuencia: acercarnos al otro, hacernos próximos, ayudar a levantar a los caídos, colaborar para que muchos recobren su dignidad... El evangelio dice que la suegra de Pedro, una vez curada, se puso a servirlos. Seguro que nadie se lo pidió: el amor engendra amor. Se sintió querida y su respuesta fue una forma de devolver el amor recibido de Jesús.

Los seguidores de Jesús, cada mujer y cada varón que nos confesamos cristianos, tenemos que aprender a asumir y vivir con un proyecto (misión): personal y familiar; social y educativo; económico y político; pero también con ese inmenso y maravilloso proyecto que es el mismo proyecto de Jesús: anunciar con palabras y obras la buena noticia del Reino de Dios.

Hombres y mujeres del evangelio. Hombres y mujeres seducidos por el evangelio y transformados por el evangelio. Hombres y mujeres que, más allá de sus palabras, son testigos vivos de Jesús es la buena noticia que sana y salva. Hombres y mujeres que asisten a las reuniones de oración. Hombres y mujeres que saben compartir la vida con amigos. Hombres y mujeres sensibles al dolor y a las necesidades de los demás. Hombres y mujeres que salen y van por todas partes anunciando la buena nueva, porque saben que, al igual que Jesús, su Señor y Salvador, para eso han venido.

DOMINGO VI DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Levítico, 13, 1-2.44-46): *Tendrá su morada fuera del campamento.*

Salmo (31, 1-2.5.11): *«Tú eres mi refugio, me rodeas de cantos de liberación»*

2ª lectura (1ª Corintios 10, 31- 11, 1): *Hacedlo todo para gloria de Dios.*

Evangelio (Marcos 1, 40-45): *Quiero: queda limpio.*

En el Evangelio se cuentan varias curaciones de lepra hechas por Jesús. Curar a uno de la lepra era entonces semejante a resucitar a un muerto. De hecho, el leproso era un muerto social. La legislación sobre la lepra, en general sobre todas las manchas de la piel, en el Israel antiguo era drásticamente rigurosa por razones de higiene pública. Dado el carácter incurable de la lepra, el leproso estaba condenado a muerte y era ya de hecho un muerto para la vida social. Por ley tenía que vivir segregado de la comunidad, carente de todo, obligado a mendigar el pan a distancia para prevenir el contagio, y acercarse luego al camino para recoger la limosna del compasivo transeúnte.

No hay semejanza entre los leprosos de entonces con los “leprosos” de hoy: contagiosos, hepáticos, inmigrantes, alcohólicos o seropositivos. La única posible comparación debe establecerse a nivel de sufrimiento moral con los que saben por experiencia lo que significa sentirse solo, verse excluido, inconsiderado, esquivado, sin derecho a voz en la vida comunitaria, ser en definitiva un “paria” en la sociedad, como lo siguen siendo las mujeres en algunas “culturas” de ciertos países.

La primera lectura transmite lo que el Código Ritual, desarrollando la Ley mosaica, mandaba realizar cuando un miembro de la Comunidad de la Alianza contraía la lepra: se le debía declarar “impuro” y se le obligaba a vivir en soledad, fuera de la ciudad, lejos de todo contacto humano, para evitar cualquier contagio. El texto de Marcos habla asépticamente de la curación de un leproso sin mencionar el nombre, lugar o tiempo. No se dice dónde, ni cuándo, ni quien era ese leproso.

Puede, por lo tanto, situarse la escena en cualquier sitio, en cualquier tiempo y aplicarse a cualquier persona. Puede suceder aquí, ahora, y el leproso puede ser yo. El leproso parece por tanto un prototipo, un representante de todo necesitado que pide ayuda con confianza a Dios. Se acerca a Jesús y se postra en gesto de adoración según la costumbre judía, pide con humildad la curación y sabe que lo que pide es posible. Su curación es como la resurrección de un muerto. El leproso queda curado. Un hombre nuevo ha nacido y puede reintegrarse en la sociedad.

El gesto de Jesús tiene su encanto: al tocar al leproso, Él, automáticamente quedaba también impuro ante la Ley. Pero con ese gesto coloca a la persona por encima de la Ley; y tocándolo empieza a experimentar su dignidad que será completa cuando se presente al sacerdote, según mandó Moisés. No es infrecuente entre creyentes pensar que son más importantes las acciones que transforman las estructuras sociales. Pero, no nos damos cuenta de que lo esencial, en tiempos de Jesús y ahora, es el contacto humano.

Es extraño tropezarnos hoy con algún enfermo de lepra. Pero siguen existiendo comportamientos similares a los que se realizaban con los enfermos de lepra en tiempos de Jesús. Cada persona que es excluida sea por su aspecto, por su manera de comportarse o por su “pinta” sufre la misma discriminación que un leproso: el dolor de no ser tenido como persona, la pérdida de su dignidad, el aislamiento social... El rechazo de personas marginadas, de personas con rarezas, o, sencillamente, por su situación social, es una circunstancia que todavía se manifiesta en algunos lugares. La cercanía humana sigue siendo el inicio de toda liberación.

Desde hace mucho tiempo hay en el mundo empeñada una lucha contra toda clase de enfermedad. Un ejemplo lo tenemos en la increíble rapidez con que los científicos han trabajado y descubierto vacunas contra la pandemia que nos afecta. Muchas enfermedades, tradicionalmente incurables, hoy se curan. Todas, o casi todas, menos una: el hambre. El mundo, aumenta en bocas, pero no mejora el reparto del pan. «*Manos Unidas*» es una organización de la Iglesia, que trabaja contra el hambre y organiza cada año una especial campaña en la que recuerda a todas las víctimas de esta enfermedad endémica no superada. Dios no quiere la enfermedad ni el dolor. Dios no quiere tampoco el hambre.

La pandemia que padecemos, ha ocasionado una crisis económica tan grande que, si antes el hambre estaba lejos, ahora está a la puerta de nuestras casas. En el mundo del bienestar que disfrutábamos, aparecen, cada vez, más pobres. Son indudablemente muchos los hombres y mujeres que han perdido su trabajo y sin ese medio de subsistencia, se ven obligados a solicitar ayuda en nuestras Cáritas parroquiales.

En la oración del Padrenuestro pedimos nos dé el pan de cada día, pero, no olvidemos, comenzamos la oración llamándole: «*Padre nuestro*» **NO MÍO**, no solo pedimos el pan de cada día para mí, sino para todos, porque todos “somos hermanos”. También pedimos que se cumpla en la tierra la voluntad de Dios como se cumple en el cielo. La voluntad de Dios es que desaparezca de la tierra el dolor, las enfermedades, el hambre... todo lo que ensombrece la vida y hace infelices a los hombres, hijos suyos. Porque Dios quiere la desaparición del mal en todo el mundo y para todos los hombres.

MIÉRCOLES DE CENIZA

1ª lectura (Joel, 2, 12-18): *Perdona, Señor, a tu pueblo.*

Salmo (50, 3-4, 5-6ab, 12-13, 14 y 17): *«Misericordia, Señor, hemos pecado»*

2ª lectura (2ª Corintios 5, 20 - 6, 2): *Ahora es día de salvación.*

Evangelio (Mateo 6, 1-6, 16-18): *Tu Padre, que ve en lo secreto, te lo pagará.*

Hoy comenzamos la Cuaresma. Hoy comienza para mí un tiempo favorable, una nueva oportunidad de gracia y salvación. Hoy puedo empezar, sin mirar hacia atrás o bien aprendiendo de mi historia personal, a orientar mi vida hacia Dios y su misericordia, hacia Cristo su hijo encarnado, a dejarme conducir por el Espíritu y la Palabra en las alegrías y en las tristezas diarias.

Eso es la conversión, el paso de Dios por mi vida para que me vuelva hacia Él, le mire y sienta en mí su mirada capaz de sacar de mí los mejores registros. Esta es una Cuaresma siempre nueva. Todos somos capaces de reflexionar, de interrogarnos, de vivir y de rezar. De hacer lo posible para que la compasión se instale en mi vida.

Ese fue uno de los rasgos de la vida de Jesús, a quien se le conmovían las entrañas cuando veía a las gentes abandonadas, como ovejas que no tienen pastor. Y era capaz de dejar las noventa y nueve para buscar y cargar con la descarriada, desorientada, enferma o herida.

*Danos, Señor,
un corazón compasivo y bueno,
para que nos dejemos conmover
por la necesidad de nuestro prójimo.
Aleja de nosotros la hipocresía.
Que no hagamos las cosas
buscando nuestra propia gloria,
ni para ser reverenciados por los demás,
ni para que nos vean,
ni para aparecer con cara de buenos.
Que seas Tú quien mueva mi vida.
Haz de ella una entrega,
en amor y servicio,
a nuestro prójimo pobre y necesitado.*

La compasión refleja bien el corazón de Dios. *«Vuestro Dios es compasivo y misericordioso»* nos dice Joel en la primera lectura que proclamamos hoy. Movido por este sentimiento de su Padre, Jesús pasó haciendo el bien y curando a los oprimidos por el mal, mostrando así que Dios estaba con él.

Otro fundamento para la conversión es el de la reconciliación, como Pablo pide en la segunda lectura. Reconciliación con Dios y entre nosotros. Hay mucha crispación en las relaciones personales y de grupos en todos los niveles humanos: en la Iglesia con una gran dificultad de entendimiento y aceptación entre personas y tendencias.

Con la dificultad añadida de que todos creemos estar en posesión de la ortodoxia y la verdad, y con la tentación de utilizar el poder, el que se tenga, para imponerla. Una vez más vendría bien recordar los versos de Machado: *«¿Tu verdad? No, la Verdad, y ven conmigo a buscarla. La tuya, guárdatela»*.

Reconciliación entre las naciones, separadas, cada vez más, por un abismo que cada día se hace más grande, según denuncia constantemente la Iglesia: el abismo entre los ricos y los pobres, los que tenemos de todo y los arrojados al hambre y a la miseria:

¿No podemos hacer por ellos algo más de lo que hacemos?

¿Somos los cristianos, es la Iglesia, signo del amor de Cristo a los pobres?

¿Qué significado tiene la palabra “reconciliación” empleada en uno u otro sitio de este abismo?

Jesús, recoge los caminos de limosna, oración y ayuno, ofrecidos al judío creyente a lo largo de las páginas de la Biblia como valores, profanados por la intención torcida de algunos de ellos, nos ofrece su opinión sobre ellos. En las tres propuestas que hace a sus discípulos sobre la limosna, la oración y el ayuno, coloca como contrapunto *«como hacen los hipócritas»*.

Es la frase más repetida en el texto evangélico que proclamamos. Junto con otra frase, esta vez positiva, para los que obran según buenos criterios y, también por tres veces repetida: *«Tu Padre, que mira a lo escondido, te lo pagará»*. Es Dios mismo quien avala esta manera de actuar propuesta por Jesús. Este *«Tu Padre te lo pagará»*, tiene el sentido de devolver algo que es debido, como si Dios mismo se comprometiese a entregarte lo que tú has dado como limosna al pobre.

DOMINGO PRIMERO DE CUARESMA

1ª lectura (Génesis, 9, 8-15): *Yo hago un pacto con vosotros.*

Salmo (24, 4bc-5ab,6-7bc,8-9): *«Tus sendas, Señor, son misericordia y lealtad»*

2ª lectura (1ª Pedro 3, 18-22): *Cristo murió por los pecados una vez para siempre.*

Evangelio (Marcos 1, 12-15): *Se ha cumplido el plazo, está cerca el Reino de Dios.*

Pocos símbolos han calado tanto en la imaginación de muchos cristianos como el de la imposición de la ceniza. Gente a la que rara vez se le ve en la Iglesia desea recibir ese poderoso símbolo de su mortalidad, de su fragilidad, de su pecado, de su deseo de vida nueva. Pero ese recuerdo, tan eficazmente simbolizado, no es sino el inicio del camino hacia la Pascua de Jesús. Misterio de muerte y vida nueva. Misterio de vida entregada por amor a Dios y a los demás en un acto de fidelidad suprema. Misterio de vida nueva, eterna, recibida de parte del Padre que anuncia su victoria definitiva sobre las fuerzas del mal a través de su Hijo resucitado.

La Pascua de Jesús es el misterio central de nuestra fe. Es la mayor de nuestras fiestas y el centro de toda la vida litúrgica de la Iglesia. Hacia allá nos dirigimos, dando apenas los primeros pasos, titubeantes como los de un bebé que comienza la aventura de caminar. La Pascua es nuestra meta. Como a Jesús, el Espíritu nos impulsa al desierto. No se trata del desierto como espacio geográfico, sino del desierto de nuestra intimidad, de ese espacio en donde todo resulta superfluo, pues nos encontramos solos ante el misterio que nos envuelve.

El desierto es el espacio del encuentro más profundo con Dios y es también el espacio de las tentaciones más serias, porque es donde se deben hacer las decisiones más radicales. Ahí no cuenta lo que los demás opinen, ni las amistades que podrían darnos la mano, ni sirve para gran cosa el dinero que tengamos, ni los bienes que hayamos podido acumular. Estamos solos ante nuestra conciencia y ante Dios.

Casi todos conocemos lo que es la tentación y conocemos también lo que es la caída. Tan grande llegó a ser el mal, que el autor del pasaje del libro del Génesis nos habla de la alianza que Dios establece con el resto de la humanidad. Noé y su familia, los que escaparon por pura gracia de la destrucción de todo bajo las aguas del diluvio. Una alianza de vida con la humanidad. Una manera de explicar por qué Dios no sigue destruyendo a quienes pecan, sino que se mantiene fiel a su promesa de conservar la vida de sus creaturas. Ahí sigue brillando el arco iris, pero aquí sigue cundiendo el pecado de los hombres.

Los cristianos sabemos que esa alianza nueva se selló con la sangre de Jesús, el único hombre fiel. El que metido en el desierto encuentra la voluntad del Padre y no cede ante la tentación. El que anuncia el cumplimiento del tiempo oportuno, la llegada del Reino de Dios, la necesidad de la conversión y presenta todo eso como una Buena Nueva en la que hay que creer.

El desierto evoca dificultad y aridez, soledad y prueba. Es duro y arriesgado quedarse en él porque no hay señales de vida, sino todo lo contrario: tierra y sol, sed y horizontes vacíos. Hay desiertos reales y otros figurados, los hay interiores y también metafóricos, pero en todos ellos se comparte la experiencia de andar sin rumbo, sin certeza, sin camino. Se dice que nuestro mundo pasa por un desierto religioso, y los evangelios cuentan que Jesús fue empujado al desierto.

Nos sacuden las crisis ecológicas, sanitarias, bélicas, económicas, humanitarias..., que irrumpen en las pantallas a pocos minutos de producirse, según la lógica del mundo global e interconectado en el que vivimos. También hay otras crisis y problemáticas sociales más locales, de la nación, de la ciudad, del barrio, del edificio y hasta del rellano de la escalera, que de pronto nos desconciertan e intranquilizan, rompen nuestros esquemas, nos impiden reconciliarnos con el mundo: **¿cómo puede pasar algo así? ¿A dónde vamos a llegar?** Quedamos arrojados al desierto.

Lo dramático es que no hay recetas que seguir, ni mapas trazados, ni cartelones que marquen el camino, a pesar de que algunos con palabrería fácil expongan los suyos en neones de color. Las religiones también tienen la tentación de dar respuestas y soluciones simplonas, evitando así los parajes desérticos que cuestionan al creyente. Y, sin embargo, la fe abre los ojos a otro tipo de signos, en el cielo, como el arcoíris de la alianza: Dios está con nosotros, abrazando nuestro mundo, dando luz y color a sus sombras, pero sin deslumbrar como el neón, sino mostrando la belleza que llena la tierra.

Las señales del cielo van acompañadas de muchas otras en la tierra, escondidas pero visibles a las miradas que se dejan colorear por la luz de Dios: luchas por la paz y la tolerancia, propuestas de relaciones económicas justas, logros científicos para mejorar la calidad de vida, compromisos por la igualdad, por la supresión de la pobreza... La Iglesia los ha llamado **«signos de los tiempos»**, de unos tiempos desconcertantes.

Entre todas las señales de amor y compromiso de Dios con nosotros, Jesús de Nazaret es la definitiva. Además de ser mensajero y artífice del Reino de Dios, nos indica el modo de convertirnos, creer y comprometernos en su construcción. Jesús nos enseña a pasar por el desierto esta Cuaresma, pero con los ojos abiertos a las señales de Dios y el corazón puesto en su alianza con nosotros, Buena Noticia para todos.

DOMINGO SEGUNDO DE CUARESMA

1ª lectura (Génesis, 22, 1-2.9a.15-18): *Te bendeciré, multiplicaré tus descendientes.*

Salmo (115, 10 y 15.16-17.18-19): *«Caminaré en presencia del Señor, en el país de la vida»*

2ª lectura (1ª Romanos 8, 31b-34): *Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros?*

Evangelio (Marcos 9, 1-9): *Este es mi Hijo amado; escuchadlo.*

Terrible lectura la de hoy si la vemos en la distancia de quien observa, desde fuera, lo que es el mundo de las relaciones humanas. Desde el comienzo, nos golpea en lo más profundo de la sensibilidad la inhumana petición de Dios a un pobre padre que ha esperado, hasta bien entrada la vejez, para tener un hijo de su esposa: *«Toma a tu hijo único, al que amas, a Isaac, y vete a la tierra de Moria y ofrécemelo allí en holocausto en uno de los montes que yo te indicaré».*

La petición refleja, de una parte, un sentido religioso bastante extendido en la antigüedad y que todavía hoy no desaparecido del todo, como tristemente nos recuerdan algunas noticias de prensa. Ante la divinidad el ser humano solo puede manifestar sumisión y realizar su voluntad sin rechistar, según algunos, lo que lleva a la deshumanización y al fanatismo perverso.

Nunca se nos ha pedido, a nosotros, un sacrificio semejante. Pero sin duda hemos sentido que tenemos que hacer alguna cosa, o muchas cosas, por Dios. Subimos nuestras pequeñas montañas personales. Preparamos nuestros altares y efectuamos algún pequeño sacrificio. Pero **¿acaso Dios tiene necesidad de nuestro pequeño esfuerzo? ¿No será esto una distorsión de la religión?** Quizá sea posible entender el sacrificio como un mecanismo necesario para nuestro propio crecimiento o progreso, o el de nuestra familia.

Que deba sacrificarme para aprender más y mejor, para tener un cuerpo más esbelto o atlético; para ahorrar para mi futuro, para alcanzar una meta más grande, para ayudar a los míos; para servir a los necesitados y muchos otros “sacrificios”, suena bastante lógico. Pero, **¿en qué se iba a beneficiar Dios de mis sacrificios?** Subir al monte para darle algo a Dios tiene que ser pensado muy detenidamente. Tal vez Dios quiera ver mi generosidad y capacidad de entrega, pero no puedo pensar que Él tenga necesidad de lo que yo le pueda ofrecer.

Y es que, más que pensar en lo que podemos hacer por Dios, tenemos que reflexionar en lo que Dios está haciendo por nosotros. Para eso, subamos ahora, otra montaña, la de la transfiguración. Jesús no le va a ofrecer nada a su Padre; sube a la montaña para estar más plenamente con Él. Se adentra en su presencia; hasta su apariencia cambia a los ojos de sus discípulos; conversa con lo mejor de la tradición religiosa: Moisés y Elías; se deja envolver por la nube misteriosa y sin duda se deleita en ser llamado *«Hijo amado»*, a quien el Padre pide escuchar. Este Hijo sí será sacrificado, pero no porque lo quiera el Padre sino porque lo rechaza el mundo. A la muerte infligida por el mundo, Dios responde con vida nueva para su Hijo.

Las alianzas de Dios con la humanidad, afirman el compromiso por la protección y promoción del ser humano a través de un proceso en el que todos estamos implicados, Dios y nosotros. Según la Biblia, no podemos entender a Dios si no es en esta dinámica de interés por el bien de todos y cada uno de nosotros. Solo que muy pronto la experiencia nos hace entender nuestra propia impotencia ante la inmensa tarea de sacar a la humanidad de la situación en que nos encontramos anhelando ser mucho más de lo que somos y logrando, en cambio, solamente tener más cosas y más medios, pero sin terminar de salir de una espiral que nos agobia y cansa.

Dios no quiere la muerte de Isaac, lo que quiere es la obediencia de Abraham. Pero a Dios no le beneficia la fidelidad de Abraham, eso le beneficia al mismo Abraham. Dios no quiere que Abraham haga algo para Él. Más bien es Dios el que quiere hacer algo por Abraham. Dios hace todo lo que puede por su pueblo elegido. Lo hace también por su Hijo amado. Y lo quiere hacer todo por nosotros. La religión no beneficia a Dios, nos ayuda a reconocer los beneficios de Dios para nosotros y nos impulsa a ser generosos para compartir esos beneficios con los demás, cercanos y lejanos.

Eso hace que la narración del Génesis pueda interpretarse como expresión de la confianza que los creyentes hemos ido depositando en el Dios tan humano que la Biblia nos ha ido descubriendo, poco a poco, en esa literatura religiosa, genial y progresiva, que constituyen sus libros y que culminan en la admirada y sobrecogida afirmación de Pablo en su carta de hoy a los romanos. *«Si Dios está a nuestro favor ¿quién estará en contra nuestra?».*

Y definitivamente Dios está a nuestro favor. No es nuestro enemigo, ni nuestro rival, sino nuestro benefactor y nuestro más decidido impulsor en todas nuestras empresas, sobre todo en lo que atañe a nuestra salvación. Hay que subir a la montaña, pero no para ofrecerle a Dios un sacrificio, sino para encontrarnos con Él, para reposar en su presencia, para dialogar con nuestras tradiciones de fe, para meternos en la nube santa, para volver a escuchar una y otra vez: *«tú eres mi hijo amado..., tú eres mi hija amada...».*

Dios solo quiere nuestro bien, Dios nos ama. Y cuando el amor es el que dirige las relaciones humanas, la capacidad humana de entrega solidaria puede llegar a extremos impensables, pero nunca de inhumanidad y fanatismo sino de servicio y entrega de la propia vida.

DOMINGO TERCERO DE CUARESMA

1ª lectura (Éxodo, 20, 1-17): *Yo soy el Señor, tu Dios.*

Salmo (18, 8.9.10.11): *«Señor, tú tienes palabras de vida eterna»*

2ª lectura (1ª Corintios 1, 22-25): *Nosotros predicamos a Cristo.*

Evangelio (Juan 2, 13-25): *No convertáis en un mercado la casa de mi Padre.*

Después de haber salido del desierto (tentaciones) y haber bajado de la montaña “*evasiva*” de la gloria del mundo a la llanura de la vida cotidiana, vivida al servicio de los demás con la entrega de la propia vida, nos proponemos despojarnos de todo aquello que no nos deja ver las señales del camino que nos lleva a la Pascua.

Instalados en la ley del cumplimiento de las prácticas de siempre, muchos cristianos no somos capaces de salir de la comodidad que supone una vida rutinaria y repetitiva que no aporta nada a nuestra vida personal y comunitaria. Las personas debemos tener en cuenta que la ley, nunca es un fin en sí misma, es siempre un medio que nos ayuda a no salirnos del camino que hemos de recorrer para alcanzar las metas que nos hemos propuesto en la vida para llegar a ser libres y felices.

Al pasaje que nos muestra hoy el evangelio, solemos llamarlo: “*la purificación del Templo*”. Inmediatamente viene a nuestra mente las escenas de los vendedores de animales viendo cómo Jesús los dispersa y los echa fuera del Templo. Pensamos también en los cambistas, los que realizaban el intercambio de monedas para que los peregrinos tuvieran las monedas “*puras*” que podían ofrecer en las alcancías del Templo. Eso es lo más obvio y, gracias a muchas películas, es quizá lo más espectacular.

El gesto profético de Jesús al echar a los mercaderes del Templo de Jerusalén, denunciando el cambio de finalidad del templo convirtiéndolo en un negocio religioso, con la pretensión de alcanzar favores por medio de las ofrendas a la divinidad, y conseguir así la “*gracia*” para seguir haciendo lo mismo; pretende hacernos caer en la cuenta de que lo realmente necesario es acercarnos a Alguien que nos invita a entrar en relación personal con Él, que nos ha llamado a ser pueblo en una comunidad de personas salvadas y tratadas como hermanas.

La misericordia y la ternura, la justicia y el derecho son los atributos con los que Dios quiere ser reconocido y honrado. El verdadero espacio de encuentro con Dios está dentro de uno mismo y en la atención con los hermanos. Es ahí, en las personas, donde nos encontramos con el Dios de Jesús que vive resucitado en cada brazo que se lanza a auxiliar a los hermanos caídos, ahogados y maltratados. Esos hermanos y hermanas a los que, muchas veces, no les dejamos ni siquiera entrar en los templos y, por eso, los tenemos en la puerta. No es en edificios sino ahí donde encontramos a Dios, pues es con ellos con los que el Señor está.

Los cristianos miramos a la cruz para entender el misterio de ese templo destruido y reconstruido en tres días. Es ahí donde encontramos la profundidad del amor de Dios, que se da totalmente por nosotros. Es ahí donde caemos en la cuenta de que sigue viviendo en los crucificados del mundo, es ante la cruz de Jesús donde aprendemos que Dios nos ama con un amor que no busca apropiarse del otro, sino entregarse a él. Es ahí donde intuimos que el templo de su cuerpo ha sido reconstruido de una manera inimaginable, y que ese cuerpo glorioso sigue presente de manera misteriosa en nosotros.

Cristo vivo en su Palabra. Cristo vivo en los sacramentos. Cristo vivo en los santos de todos los tiempos. Cristo vivo en los más pobres y en los últimos de la tierra. No es en edificios sino ahí, en el cuerpo resucitado del Señor, en donde podemos encontrarnos con Dios. La muerte y la resurrección de Jesús son el camino y la fuente de nuestra verdadera fe. Por eso el evangelista hoy nos dice una frase que puede resultar un poco extraña: **«Muchos creyeron en él, al ver los prodigios que hacía. Pero Jesús no se fiaba de ellos...».**

Jesús no se fía de una fe que nace y se sostiene solamente al ver prodigios. Habla de purificar también esa fe que se nutre de lo maravilloso. El que cree de esa manera no se da cuenta de que no hay nada más maravilloso y extraordinario que el hecho de que el Hijo de Dios haya entregado su vida por nuestra salvación. Para los creyentes el camino comienza en el momento que nos encontramos con Jesús, el Señor de la vida y de la historia, y nos llama a seguir escuchando su Palabra y a formar parte de su grupo de seguidores y seguidoras allí donde nos encontremos.

La aparente debilidad de Cristo crucificado se convierte en “*fuera liberadora y salvadora*” para todos los que creen en él. Jesús les dice: **«Destruíd este templo y yo lo levantaré en tres días»**; se lo dice a ellos, nos lo dice a nosotros en este tercer domingo de Cuaresma, porque tenemos que mirar a las personas y no a las piedras en las que muchas veces nos encerramos.

«Los judíos exigen señales milagrosas [...]. Pero nosotros predicamos a Cristo crucificado». No sé si los cristianos de nuestro tiempo seguimos buscando señales milagrosas en las que afianzar nuestra fe, o bien doctos discursos y argumentos irrefutables que desafíen y convencan nuestra razón. Sea como sea, no podemos anunciar a otro que no sea Cristo crucificado, lo que para muchos no es sino escándalo y locura. Démonos tiempo en esta Cuaresma de mirar al Crucificado. Démonos tiempo de contemplarlo y vislumbrar así el rostro de Dios que sale a nuestro encuentro en el templo del cuerpo de su Hijo.

DOMINGO CUARTO DE CUARESMA

1ª lectura (2ª Crónicas, 36, 14-16.19-23): *El Señor me ha encargado le edifique una casa.*

Salmo (136, 1-2.3.4.5.6): *«Que se me peque la lengua al paladar si no me acuerdo de ti»*

2ª lectura (Efesios 2, 4-10): *Por pura gracia estáis salvados.*

Evangelio (Juan 3, 14-21): *El que cree en él, no será condenado.*

El evangelio recoge uno de los núcleos del mensaje cristiano; o, si se quiere, de la revelación de Dios en Jesús. Dios es amor, y ama; el exceso de su amor incondicional **«tanto amó Dios al mundo»** se hace patente en el envío de su Hijo Jesús; un paso más, en la **«entrega»** de su Hijo. San Juan no plantea en ningún momento que esta **«donación»** del Hijo sea cruel, sino que lo hace **«por amor»**, para que nadie se pierda. El plan de salvación de Dios se abre a la gran humanidad, que se entiende como receptora de este amor de Dios manifestado en Jesús. Este es el mensaje cristiano, paradójico, verdadero y esperanzador a la vez.

Las condenas existen en la vida ordinaria, pero Dios no condena. Ni condenó a nadie en el pasado, ni lo hace ahora, ni lo hará en el futuro. Las imágenes de un Dios celoso, envidioso, colérico, iracundo... no hacen justicia a Dios. Son falsas y muy graves. Quizá, de forma sencilla pero clara, los creyentes deberíamos evitar estos juicios tan perniciosos sobre un Dios que reparte castigos y premios; no solo porque son falsos, sino porque son **“antievangélicos”** y hacen daño a muchas personas. Usamos este lenguaje principalmente religioso, aunque pertenece también a otros mundos (jurídico, sanitario, social, etc.) porque es claro, rotundo, contundente, si bien tiene su dificultad.

Con mucha frecuencia la condena viene de fuera: el pobre que nace en una familia pobre y nunca puede remontar su penosa situación; el enfermo que nace muy débil y nunca alcanza límites satisfactorios de salud; el marginado que no sabe más que de calles y de cárceles desde su infancia... ¿Fatalismo? ¿Determinismo? ¿Mala suerte? ¿Culpa de una sociedad incapaz de solucionar muchos de estos problemas que tienen solución? Insolidaridad o frialdad de los que vivimos en este mundo.

En efecto, un reo hallado culpable es condenado, mientras que uno hallado inocente, es salvado. Un enfermo terminal está condenado a la muerte, mientras que una infección cogida a tiempo lo salva, aunque sea temporalmente. Un pobre de solemnidad está condenado a la miseria, mientras que un rico salva sus compromisos vitales con holgura. ¿Podemos decir lo mismo de la suerte de una persona, en su vida humana?, ¿en la realización de sus proyectos?, ¿en su condición de ser única y responsable ante sí misma, ante la sociedad, ante los demás y ante Dios?

Cuando todo parece perdido, cuando hemos agotado nuestras fuerzas, cuando nos sentimos más allá de la esperanza, Dios nos ofrece una vez más la salvación, ahora de manera definitiva. **«Porque tanto amó Dios al mundo, que le entregó a su Hijo, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna»**. Ni los judíos de las diferentes épocas ni los demás seres humanos hemos podido mantenernos fieles a la alianza, pero Dios nunca nos ha dejado de amar. Dios siempre quiere la vida de los suyos. Dios siempre ha amado al mundo y lo ha hecho al modo divino. Por eso nos exhorta continuamente por medios de sus mensajeros. Y cuando parecía que la serie de mensajeros se agotaba. Dios nos envió a su Hijo, **«no para condenar al mundo, sino para que el mundo se salvara por medio de él»**.

Siempre habrá quien prefiera las tinieblas a la luz, y eso ocurre porque sus obras son malas y el que obra el mal aborrece la luz y no se acerca a ella para que no se descubran sus obras. Quizás por eso ocurren tantas cosas en lo **“oscurito”** y, cuando algunas salen a la luz no solo molestan o inquietan a los demás, sino que revelan la verdadera identidad de los amantes de las tinieblas. La luz sigue en medio de nosotros. Esa luz tiene nombre, se llama Jesucristo. Él es la alianza definitiva sellada por Dios con la humanidad. Cuando queremos obrar el bien conforme a la verdad nos acercamos a esa luz.

La Cuaresma nos invita a salir de nuestras tinieblas para acercarnos a la luz. Jesús que está levantado sobre el madero de la cruz nos ilumina para que quien se acerque a él y crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna. La Cuaresma nos invita a mantener la mirada fija en el misterio de la Pascua, la muerte y resurrección del Hijo de Dios. Nos invita a dejar de obrar mal para tratar de obrar el bien conforme a la verdad.

Nos invita a regresar de nuestro **“destierro”**, las más de las veces voluntario, para entrar en la patria. Nos invita a tomar nuevamente nuestras cítaras colgadas junto a los canales de los ríos de Babilonia, para volver a la casa y cantar con alegría la obra salvadora de Dios en favor nuestro: **«Porque tanto amó Dios al mundo, que le entregó a su Hijo, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna»**.

Lo más extraordinario es que esta vida no la ganamos con nuestros esfuerzos; la recibimos como regalo de parte de Dios. Hemos sido salvados por gracia. **¡Gratuitamente!** No se debe a nosotros ni a ninguna de nuestras obras. Simplemente nos toca acoger el don de la vida eterna mediante la fe. Suele decirse que en este mundo nada es gratis; pero los creyentes podemos añadir, excepto lo más importante: **“el amor de Dios y la vida eterna”**.

DOMINGO QUINTO DE CUARESMA

1ª lectura (Jeremías, 31, 31-34): *Haré una alianza nueva.*

Salmo (50, 3-4.12-13.14-15.18-19): *«Oh Dios, crea en mí un corazón puro»*

2ª lectura (Hebreos, 5, 7-9): *Aprendió, sufriendo a obedecer.*

Evangelio (Juan 12, 20-33): *Llega la hora en que sea glorificado.*

Estamos al final de la Cuaresma, en el domingo que, tradicionalmente, se llamaba “*de Pasión*”. Sin embargo, hoy queda incluido en el tiempo cuaresmal y, por tanto, con un carácter bautismal y de conversión como camino hacia la Pascua, por ello las lecturas de este domingo nos sitúan en un contexto pascual. Jeremías, en la primera lectura nos habla de una nueva Alianza, no como la primera escrita en tablas de piedra, sino como nos dice el profeta: **«Meteré mi ley en su pecho, la escribiré en sus corazones; yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo»**. Este anuncio de Jeremías se cumplirá en la cruz de Jesucristo que sellará con su sangre esta nueva Alianza.

Por ello, el evangelio nos explica el sentido de la cruz de Cristo en este contexto pascual. Comienza presentando a unos griegos que han venido a la fiesta y, la “fiesta” por excelencia es la Pascua. Son los griegos los que quieren ver a Jesús, por eso esta Pascua no va a estar restringida al pueblo de Israel sino abierta a todos los pueblos. Nos dice el Señor al final del evangelio: **«Y cuando yo sea elevado sobre la tierra atraeré a todos hacia mí»**. En la Resurrección Jesús se ha manifestado como resurrección y vida, ahora se nos dice que cuando sea exaltado, levantado en la cruz y levantado en la resurrección atraerá a todos los hombres hacia sí para darles vida.

Esta exaltación de Jesús supondrá la glorificación del Hijo del hombre, Jesús va hacia el Padre a través de la cruz y esto le hace vacilar, siente la misma agonía que en Getsemaní: **«Padre líbrame de esta hora»**, Jesús es, nos decía la carta a los hebreos, el que **«a gritos y con lágrimas, presentó oraciones y súplicas al que podía salvarlo de la muerte»** pero una vez más resiste a la tentación y pide que se haga la voluntad del Padre. Esta voluntad del Padre va a ser el establecimiento de la nueva Pascua, de la nueva Alianza anunciada por Jeremías, pero esta vez no estará sellada con sangre de animales sino con la sangre de Cristo, el **«Cordero de Dios que quita el pecado del mundo»**.

Por eso la muerte de Cristo es el camino para llegar a la vida y nos dice que solo a través de la muerte se produce el fruto, la muerte de Cristo es la muerte del grano de trigo que se destruye para dar fruto, si recordamos el evangelio de san Marcos, el Hijo del hombre tiene que morir, tiene que dar su vida en rescate por muchos. Y el fruto que da la muerte de Jesús es la vida eterna. Por eso, nosotros que hemos sido incorporados a este Misterio en el bautismo también tendremos que dar la vida, día a día, por los demás para dar frutos de vida eterna.

«Ha llegado la hora de que el Hijo del hombre sea glorificado». Los discípulos deben haberse quedado sin palabras: **¿Llega la hora de nuestro desquite? ¿Será ahora cuando los romanos sean expulsados de Israel?** Pero Jesús no habla de rebelión armada ni de lucha, no habla de tronos ni de cetros, habla de un grano de trigo que no se quiere quedar solo. Un grano de trigo que quiere multiplicarse en una espiga llena de fruto. Un grano de trigo que debe morir, pues no hay otro camino para ser fecundo. Esa es la hora que ha llegado.

Ha llegado la hora... Ha llegado la hora de dejar de pensar en grandezas pasajeras, la hora de mirar de frente. Ha llegado la hora de glorificar a Dios con nuestra vida, la hora de avanzar decididos en el ejercicio de nuestra misión. **¡Sí!**; yo quiero ver a Jesús y estoy dispuesto a escucharlo. Pero Jesús quiere que además le siga; que le imite; que me entregue al servicio de mis hermanos, incluso hasta dar la vida.

Pero, no son opciones fáciles. A veces quisiera poder vivir para mí solo sin pensar en los demás; quisiera no tener que pensar que los días se acumulan y pasan; quisiera no ser testigo de la muerte de familiares, amigos y conocidos; quisiera no ser consciente de mi propia mortalidad; quisiera que esa vida eterna fuera algo más tangible ahora, y, cómo no lo es, me aferro a esta que es la única que conozco.

«A pesar de que era el Hijo, aprendió a obedecer padeciendo...». Obedecer es escuchar con atención. Es aceptar que también cada uno de nosotros es otro grano de trigo que tiene que ser sembrado y perder su vida para poder producir fruto. Quien no está dispuesto a entregarse a sí mismo se queda solo. Es la donación de sí mismo lo que asegura la Vida eterna.

Jesús, en la cruz, nos enseña lo que es amar de veras. Ahí aprendemos lo que es ser fiel hasta el final. La exaltación en la cruz es el primer paso de la exaltación a la Vida junto al Padre. Nos queda claro que solo se toma parte en esa Vida cuando se entrega la propia vida.

Nosotros debemos dejarnos atraer hacia el que fue levantado sobre la tierra. Presentarle nuestras mentes y nuestros corazones para que en ellos grabe la nueva alianza: **«que solo Dios es nuestro Dios y nosotros somos su pueblo»**. Para que lo reconozcamos como Padre que perdona nuestras culpas y olvida para siempre nuestros pecados. Ha llegado la hora de glorificar al Padre y avanzar hacia la nueva Pascua.

DOMINGO DE RAMOS

1ª lectura (Isaías, 50, 4-7): *El Señor me abrió el oído.*

Salmo (21, 8-9, 17-18a, 19-20, 23-24): *«Dios mío, Dios mío. ¿por qué me has abandonado?»*

2ª lectura (Filipenses, 2, 6-11): *Por eso Dios lo levantó, sobre todo.*

Pasión (Marcos 14, 1 – 15, 47): *Realmente este hombre era Hijo de Dios.*

La ciudad de Jerusalén representa para los judíos el ideal de convivencia en libertad, porque en su historia la han perdido varias veces y eso ha representado su exilio o su dispersión, así como su persecución. Por eso simbolizaron en ella el ideal futuro de felicidad y utilizan, como nosotros, la expresión tan significativa de Jerusalén celestial, como forma del anhelo de felicidad total, ya que, aquí, la Jerusalén terrenal da algunos flashes, de la alegría plena, pero breves y raros.

Hoy entramos en la Semana Santa de la mano de Jesús que entra en Jerusalén. Quienes le acompañaron aquel día lo hacían desde posturas muy distintas. Muchos no creían que pudiera haber otra Jerusalén distinta a la que tenían ante sus ojos, la de los muros cerrados, desconfiada ante cualquier cosa que rompiera su rutina diaria y su normalidad lógica; la que pretendía esconder sus miserias, pero no porque creyera posible vivir sin miserias, sino porque quería esconderlas para que el turismo no las viera y desistiese de acudir a una ciudad objeto de peregrinaciones y negocios. Son los que representan el pragmatismo materialista serio y pesimista que no acepta la posibilidad de un futuro humano distinto. Ante las innovaciones e innovadores, **¡Cuidado!** Ante Jesús, **¡Alarma!**

Otros, impregnados de miseria y sufrimiento, anhelan un cambio que ponga fin a una vida que no se corresponde con las aspiraciones del ser humano. Son los que vitorean, aplauden y aclaman a Jesús como lo harían con cualquier otro que prometiera entrar en la ciudad para cambiarla, sin saber a qué cambio se refieren. Representan el vitalismo ingenuo que espera una acción mágica y rápida que les libere de su situación sin que ellos tengan que hacer nada.

Pronto escucharán que Jesús habla de iniciar un trayecto. Caminar desde Galilea hasta Jerusalén unidos a Él y confiados en su persona. Durante el recorrido descubrirán cómo es el ser humano y cómo se hace la historia personal y comunitaria. Les promete llegar a Jerusalén en unas condiciones totalmente nuevas, tanto que verán la realidad propia y de la ciudad con otros ojos muy distintos, porque ellos serán distintos. El camino, con su dureza y dificultad, pero hecho en la compañía de Dios que descubrirán como Padre, hará que la llegada no les defraude y que la meta responda a sus aspiraciones.

¡Jesús entra en Jerusalén! Las palmas, las aclamaciones, los mantos en el suelo, el burrito, la multitud y su algarabía no es sino el entorno en el que Jesús, más bien silencioso, avanza hacia Jerusalén. Va entrando como portavoz del Reino que llega. Pero seguramente no está tanto en el templo, ni en el palacio, ni en trono alguno, sino en el testimonio que tendrá que rendir en la ciudad y entre los más allegados al poder. Y si su mente se entretenía en eso, su corazón seguía latiendo, joven y vigoroso, por el Dios del Reino.

El Reino no es solo de nuestro padre David, el Reino es ante todo del único y verdadero Padre, Dios. Ese Dios que le ha dado a Jesús una lengua experta para consolar al abatido con palabras de aliento. Ese Dios que cada mañana despertaba el oído a Jesús para escuchar como discípulo. Ese Dios ante quien Jesús no solo nunca opuso resistencia, sino a quien entregó cada segundo de su vida, sin echarse jamás para atrás. Después de todo, **«se anonadó tomando la condición de siervo»**. Él había salido del Padre, sin aferrarse a prerrogativa alguna, para hacerse uno de nosotros.

¡Qué difícil es renunciar a nuestras pequeñas prerrogativas! Con cuánto celo defendemos nuestra identidad familiar, los apellidos, los estudios, los logros profesionales, las influencias sociales o políticas de que gozamos, nuestra situación económica y tantas cosas más. Esgrimimos ante los demás nuestras prerrogativas para reclamar admiración o respeto. Son muy pocos los que estaríamos dispuestos a dejar pasar una oportunidad de presumir, aunque sea un poco, algo de lo propio.

Y aquí tenemos al Hijo de Dios, dejando oculta casi por completo su condición divina para asumir enteramente la nuestra. Si en algo revela, Jesús, su identidad más profunda no es en el poder, sino en la misericordia, la bondad con la que actúa y la obediencia. Esa obediencia que no es otra cosa que la escucha atenta y decidida que le lleva a amar con una fidelidad a toda prueba. Es su obediencia filiar lo que le lleva a anonadarse, a tomar la condición humana, a hacerse semejante a nosotros, y aun con su dignidad íntegra, sin merma alguna, acepta la muerte, no porque lo pida el Padre, sino porque la imponen los hombres. Desgraciadamente, Jesús no es el único inocente que ha sufrido injustamente. Pero sin duda es el más inocente de todos.

Como el siervo de la primera lectura, como Jesús que se hace igual a todos nosotros, como el Mesías Jesús que entra en Jerusalén, no hay que temer a la vida con su dureza. Lo que importa es tener esperanza; saber que hay un futuro en donde todos seremos felices en otra Jerusalén que merecerá la pena.

JUEVES SANTO

1ª lectura (Éxodo, 12, 1-8.11-14): *Yo soy el Señor.*

Salmo (115, 12-13.15-16bc.17-18): *«El cáliz de la bendición es la comunión de la sangre de Cristo»*

2ª lectura (1ª Corintios, 11, 23-26): *Haced esto en memoria mía.*

Evangelio (Juan 13, 1-15): *No todos estáis limpios.*

Juan, en su evangelio nos presenta un relato extraño, difícil de entender; los que allí estaban no lo consiguen. Los discípulos, por completo desconcertados, observan atónitos como Jesús se quita la ropa; como *«el Maestro y el Señor»* desempeña el trabajo de un siervo/esclavo, como les lava los pies.

Jesús hace caer por los suelos la imagen de un mesías triunfante, que contemplábamos al inicio de la celebración del pasado Domingo de Ramos. Quizá por todo esto entendemos tan bien la reacción de Pedro. No es capaz de comprender ni asimilar la imagen de un “Señor” y un “Maestro”, tirado a los pies de sus discípulos, como un siervo o un esclavo; una imagen más elocuente que mil palabras.

A veces las palabras no son suficientes. Cambiamos su sentido, o hacemos que sirvan a nuestro interés. En Jesús la Palabra se avala con la vida, sin falsos entendidos. Nos sorprenden los gestos y las acciones en este Día Santo. Solo hay que acoger una Entrega y hacerla Vida de nuestra vida. El Amor del Padre es hasta el extremo, hasta la entrega de la propia vida. Mirad qué gestos tan claros realiza Jesús: se levanta de la cena; se quita el manto, toma una toalla, echa agua, se pone a lavar los pies y se los seca. No hay palabras vacías: hay entrega, servicio, desprendimiento.

Este Amor-Vida nos sorprende. A ver si podemos hacer nosotros lo mismo..., con lo seguros que vivimos... Y, claro, no entendemos del todo que el Amor sea entrega y servicio, que haya que hacerlo realidad. Y nos escudamos en lo que haga falta para no actuar como seguidores de este Maestro. Esto no es nuevo, le pasó a Simón Pedro, incapaz de comprender. Nos hace falta un proceso, un *«lo comprenderás más tarde»*, hasta sentir de verdad que si no hacemos lo mismo que Jesús (o sea, servir) nada tenemos que ver con Él.

Pedro, que ha vivido codo a codo con Jesús, no soporta el abajamiento del Maestro, no soporta tenerlo a sus pies: si se deja servir ya no le queda otra cosa que hacer en la vida lo mismo; si se deja servir pierde su estatus. Pedro necesita a su señor arriba para poder ser señor de otro, si se deja servir, toda la verticalidad en la que está construida la estructura de este mundo se derriba.

Hacemos Fiesta en este Jueves Santo porque nos llenamos de la Vida del Padre, como Moisés y Aarón y todos los que le siguen. Y esto hay que agradecerlo de verdad. Bien podemos contestarnos cómo pagar al Señor todo el bien que nos hace. Pues eso, rompiendo las cadenas (que eso son las grandezas humanas, las limitaciones, las necesidades...) y viviendo en total entrega y disponibilidad.

Hoy, Jueves Santo, estamos celebrando el Día del Amor fraterno. Hacemos memoria de cómo hemos sido y somos amados, y nos sentimos llamados a amar. Quien ha sido amado *“locamente”*, debe corresponder con amor. Las palabras de Jesús llegan a nuestro corazón. Sentimos que somos amados, y escuchamos que hemos de amar como Él ha amado, como nos está amando.

Queremos seguir el ejemplo de Jesús, Maestro y Señor. Queremos hacer entre nosotros lo mismo que Él hace. Queremos hacer Vida de lo que recibimos, proclamando a Jesús en este Pan y Vino de Vida. Queremos tener todo que ver con Jesús, aunque nos cueste hacer del servicio la Vida plena. La Vida del Padre entregada en Jesús.

No hay amor si no aprendemos a conjugar el verbo *“servir”*. No hay amor si, como hace Jesús, no estamos dispuestos a abajarnos, a inclinarnos, a despojarnos de todo tipo de títulos y privilegios. No hay amor si no nos ponemos a los pies de los hermanos, incluso ante el más insignificante de los hombres.

Cuando se ama no podemos considerarnos por encima del otro, si no se le trata con dignidad y respeto. No importa que sea diferente, pobre o inculto, solo lo podemos ver como un hermano. Y, por eso, hay que situarse ante él como discípulo, aprender de él, escucharle y dejar que pueda abrir sin reparos su corazón, que pueda contarte su historia vivida, haciéndole ver que ante él no hay un juez, sino un hermano que lo ama y lo mira con respeto.

«Me llamáis el “Maestro” y el “Señor”». Pues si yo, el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, también vosotros debéis hacerlo. Lo acabamos de escuchar y el sacerdote que preside nuestra celebración va a repetir entre nosotros los mismos gestos y palabras de Jesús en aquella Cena con sus amigos. No tenemos ninguna excusa, hermanos. Lo que Jesús nos enseña es otro modo de vivir, de buscar la plenitud. Nos da ejemplo para hacer de la vida un camino de coherencia y fidelidad, sin falsas grandezas ni prestigios, ni servirse de los demás. La clave es servirnos unos a otros; hacernos uno porque tenemos un mismo Padre; vivir las capacidades que hemos recibido y ponerlas al servicio de los demás.

VIERNES SANTO

1ª lectura (Isaías, 52, 13 – 53, 12): *Él soportó nuestros sufrimientos.*

Salmo (30, 2 y 6.12-13.15-16.17 y 25): *«Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu»*

2ª lectura (Hebreos, 4, 14-16; 5, 7-9): *Mantengamos firme la fe.*

Pasión (Juan 18, 1 – 19, 42): *¡Crucificalo, crucificalo!*

En la pasión escuchamos la historia más estremecedora jamás contada; al menos para nosotros cristianos. Es evidente que en este texto joánico están atenuados algunos rasgos más dramáticos, que sí aparecen en los relatos sinópticos; por ejemplo: en el «*huerto*» no aparecen ni su dramática «*oración*» ni «*el pavor y la angustia*» (Mc 14, 35-36), ni «*suda gotas espesas de sangre*» (Lc 22,44); sino que, por el contrario, nos encontramos en Juan con un Jesús que domina la situación.

Notamos también cómo el diálogo que Jesús mantiene con Pilato es el de un «*Rey*» (pero no en el sentido burlesco que aparece en los sinópticos) que maneja la escena, a pesar de que su interlocutor es la máxima autoridad romana en aquel territorio. Por otra parte, en el relato joánico de la muerte de Jesús no aparece «*el abandono*» (Mt 27,6), sino que nos narra la muerte de aquel que, al morir, nos da la vida, haciendo de este modo que nazca una humanidad nueva.

El evangelista pone en boca de Jesús esta expresión: «*Está cumplido*». Son sus últimas palabras y el resumen de su vida. Está cumplida la Escritura y el siervo de Yahveh se ha entregado por todos. Está cumplida su misión de proclamar la Buena Nueva y anunciar el Reino de Dios presente ya en el mundo y en las personas. Está cumplida su tarea: curar, perdonar, resucitar. mostrar que el acceso a Dios es universal. Está cumplido el compromiso salvador de Dios en Jesús, un compromiso que, aun pasando por la muerte, nos lleva a la vida. Dios ha salido a nuestro encuentro en su Hijo Jesucristo y nos ha enseñado a vivir hasta las últimas consecuencias. El amor, la entrega y la fe son los nuevos ejes de la vida de toda persona.

A Jesús le ajustician como al peor de los malhechores. La muerte en cruz estaba reservada para los sediciosos, los que actuaban contra el imperio, los revolucionarios. El profeta del amor y la ternura de Dios termina clavado en un madero. Es la mayor contradicción y signo de injusticia. El amor atravesado en una cruz. **¿Tan peligroso era? ¿Tan agresivo resultaba su mensaje de inclusión y perdón? ¿Tanta gravedad suponía hacer una llamada a la conversión y la misericordia?** El amor gratuito y universal de Dios no fue bien recibido. A las personas nos cuesta encajar la libertad del mismo Dios.

El maestro ha sido crucificado y los discípulos dispersados. El escarmiento parecía haber dado resultado. La muerte más cruel para asegurar el final de una persona y de un mensaje. La oscuridad, el silencio y la soledad se ciernen ante Jesús muerto en la cruz. Sin embargo, Jesús, el nazareno, no había dejado a nadie indiferente, puesto que había generado esperanza en las personas que se habían encontrado con él y les había cambiado la vida. Su mensaje de amor y perdón mostraba el camino que conduce a Dios, el Padre bueno que se desvive por todos.

Al contemplar a Jesucristo en la cruz, sentimos la noche del dolor y nos preguntamos si ha terminado todo. No olvidamos su entrega por todos, su amor incondicional, sus palabras de vida. Su entrega es por nosotros, por muchos, por todos. Su cruz, voluntariamente aceptada, es el mayor signo de amor. Él nos lleva en su cruz. Hoy nuestra respuesta es el dolor y el agradecimiento: **¡Tus heridas y tu cruz nos dan la salvación!**

Ni más ni menos que lo que aquí y ahora celebramos, el símbolo del Viernes Santo es la Cruz: la victoria del amor, la Glorificación de Jesús, el triunfo del hombre por la entrega de Dios. Contemplemos la Cruz. Descubramos en ella al hombre verdadero. Aprendamos su camino. En Jesús, muerto de Amor, está presente Dios mismo glorificando, coronando, dignificando y salvando al hombre.

En el fondo lo que está en juego es la asunción vital de la gran contradicción cristiana: **“la muerte es vida, pues el Crucificado es el Resucitado”**. Sólo así podremos hablar de una “*espiritualidad de la cruz*”, que, formalmente, no es una espiritualidad del sufrimiento, ni tampoco el intento de identificarnos con el Crucificado a través de no sé qué prácticas dolorosas, penitenciales. Se trata de una espiritualidad de seguimiento que nos conduce a unirnos existencialmente con Él y con todos los crucificados de la historia desde el amor que salva.

En estos tiempos de crisis necesitamos, más que nunca, activar esa memoria de la Cruz y recordar que la esperanza se nos ha dado en favor de la causa del Reino. La memoria de la Cruz desbarata cualquier entusiasmo o fe ciega en las posibilidades de un éxito histórico. Por eso tener esperanza “*no es creer que el mundo tiene arreglo, sino que tiene sentido luchar para que tenga arreglo*”.

PASCUA DE RESURRECCIÓN

1ª lectura (Hechos, 10, 34a.37-43): **Dios estaba con él.**

Salmo (117, 1-2.16ab-17.22-23): **«Este es el día en que actuó el Señor: sea nuestra alegría y nuestro gozo»**

2ª lectura (Colosenses, 3, 1-4): **Buscad los bienes de arriba.**

Evangelio (Juan 20, 1-9): **Vio y creyó.**

De nuevo ellas, las mujeres. A veces se oye decir que la Biblia marginó a la mujer, hoy, de nuevo, estas tres mujeres nos son propuestas como modélicas: María Magdalena, María la de Santiago y Salomé. Modélicas no –de momento– en la fe, sino en su amor hacia Jesús. El que ama, a veces, no encuentra respuestas para todo, pero ama. Estas mujeres, con sus dudas y miedos, seguían amando a Jesús. El camino de la fe está también lleno de sorpresas. Dios siempre nos sorprende. No se deja reducir a nuestras fáciles respuestas.

Así estas mujeres iban por el camino con la duda de cómo harían para mover la piedra del sepulcro. Era su preocupación. Llegaron al sepulcro y la piedra estaba ya movida. Primera sorpresa. Entraron al sepulcro y allí encontraron un joven vestido de blanco. Ellas no sabían quién era. Nosotros sí, un mensajero de Dios. Segunda sorpresa. Dice la traducción que se quedaron aterradas. El verbo griego original (ekthambeo) significa: **«asustar»**, **«asombrar»**. Sí, nos encontramos en ese mundo de reacción humana ante lo inesperado y lo inexplicable.

Pero ellas ya no hablan, ahora el que habla es el mensajero de Dios. El foco de nuestra atención se debe poner en él y en sus palabras. El mensajero enseguida entiende que están asustadas y por eso empieza su discurso intentando transmitir paz. Ya no tiene sentido que busquéis el cuerpo muerto de Jesús. Él ha resucitado y ya no está aquí. Estas dos palabras: **«Ha resucitado»** cambiaron la historia de la humanidad, de estas sencillas mujeres y de los discípulos.

Este sería el grito de euforia con el que se iniciaría la predicación de la primera comunidad cristiana: **«Ha resucitado»**, **«El Señor vive»**. El texto evangélico acaba con un mandato a las mujeres: **«Id a Galilea, allí le veréis»**. La muerte de Jesús fue en Jerusalén, el sepulcro estaba a las afueras de Jerusalén. **¿Por qué volver a Galilea? ¿Por qué ir ahora allí?** Es una vuelta al amor primero.

Todo empezó allí. Jesús empezó a predicar, a curar, a sanar, a escuchar... allí, junto a las riberas del mar de Galilea. También nosotros recibimos esta invitación, volver a nuestra experiencia primera con Jesús. Recordar y actualizar aquel amor que un día nos hizo creer en Jesús. Él, el Señor, nos espera y nos precede en la Galilea de nuestra vida. En lo sencillo, en lo cotidiano, en nuestras faenas y quehaceres.

¡Jesús, al que crucificaron, vive! ¡Alegrémonos! Nada ni nadie nos podrá arrebatar esta alegría. Los cristianos vivimos de esta feliz noticia: Jesús ha resucitado; Dios lo ha levantado del polvo de la nada, lo ha rescatado de la oscuridad y del olvido de la muerte. Se lo ha llevado con Él, al reino de la vida, al reino de la luz y de la alegría. Este Domingo de Pascua no es un día cualquiera. Es el día más extraordinario, el día jamás soñado, pues ha sucedido lo que nunca nos atrevimos a imaginar y lo que siempre nos costará creer: que Jesús vive. Ha resucitado.

El salmo 117 nos ayuda a expresar esta alegría: **«este es el día en que actuó el Señor, sea nuestra alegría y nuestro gozo»**. **¿Es, acaso, una ensoñación o solo un deseo? ¿Es una creencia sin fundamento o se trata de la verdad más grande y más importante para la humanidad?** Sus seguidores y amigos, los primeros discípulos, aquellos que compartieron camino y vida con él, tampoco se lo podían creer. Ellos, que lo amaban, pero que lo habían abandonado en su hora más triste y decisiva, no daban crédito a lo que ahora experimentaban. El resucitado venía a ellos.

Lo descubrieron al asomarse a lo más profundo de sí mismos, a lo más profundo de su experiencia con Él. Era Él sin lugar a dudas. Era el mismo Jesús que habían conocido y que ahora venía a ellos resucitado de entre los muertos. Lo reconocieron porque, abatidos como estaban, se sintieron acogidos y perdonados; porque su presencia les llenó el corazón de paz; porque sus palabras resonaban en su interior con la misma fuerza que el día que las escucharon de sus labios; porque, por fin, en la oscuridad, vieron la luz que desprendía su vida y creyeron en Él y en su mensaje. Lo reconocieron porque, muertos de miedo como estaban, se sintieron inundados por una fuerza que los empujaban a salir a la intemperie de la vida y de sus peligros para proclamar que el crucificado había resucitado y que lo habían visto.

Jesús resucitó y, desde entonces, vive para siempre y siempre buscará salir a nuestro encuentro. Hoy, como aquellos primeros discípulos, tenemos la oportunidad de abrir nuestros ojos, nuestro corazón, abrir toda nuestra vida y poder así reconocerlo en el partir el pan de la eucaristía, que es él mismo; y poder reconocerlo, también, al partir nuestro pan con los pobres, sus preferidos, los primeros en su Reino.

DOMINGO SEGUNDO DE PASCUA

1ª lectura (Hechos, 4, 32-35): *Todos sentían lo mismo.*

Salmo (117, 2-4, 16ab-18, 22-24): *«Dad gracias al Señor porque es bueno»*

2ª lectura (1ª Juan, 5, 1-6): *Todo el que cree en Jesús ha nacido de Dios.*

Evangelio (Juan 20, 19-31): *Como el Padre me ha enviado así también os envío yo.*

Este domingo celebramos muchas cosas: Ante todo, celebramos al Señor, vencedor de la muerte. Celebramos que culmina una semana intensa: la octava de Pascua, en la que, como si se tratara de un solo y largo día, hemos compartido nuestra alegría por el triunfo de Jesucristo sobre la muerte.

Este domingo llamado antiguamente “*in albis*”, por las blancas vestiduras que portaban los recién bautizados al integrarse de lleno a la comunidad cristiana y que sigue siendo un día de fiesta en las comunidades que han tenido el bautismo de sus catecúmenos en la solemne Vigilia Pascual. Ahora, lo celebramos como el “*Domingo de la Misericordia*”. Todos estos motivos se conjuntan para darnos un todo muy rico, que podemos disfrutar desde ángulos diferentes. En la liturgia de la Palabra hay un hilo conductor que tenemos que poner de relieve: **«La fe en Cristo Resucitado»**.

San Juan nos dice que: **«Hizo otras muchas señales que no han sido recogidas en este libro. Estas han sido narradas para que creáis en Jesús el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida por medio de él»**. El evangelio quiere ser una invitación a la fe. Una fe que nos enriquece con el don de la paz. Pero que también inquieta, porque es una fe que apenas restablecida se convierte en misión: **«Como el Padre me envió, así os envío yo a vosotros»**. Una fe que crea una comunidad extrovertida, una fe que lanza fuera, que pide salir de la seguridad de la pequeña comunidad para aventurarse a compartirla con todos, como don, y que solo así se puede disfrutar de verdad.

Una fe que incluye el regalo inestimable del Espíritu Santo, el otro Paráclito, cuya presencia vuelve a la comunidad portadora de perdón y reconciliación. Una fe que nunca es fácil, ni siquiera si se conoce bien a los testigos. Tomás uno de los doce, es el santo patrón de quienes más de alguna vez nos sentimos dudosos. Si todos hemos titubeado y fallado en nuestra fe, una vez que somos confirmados en ella no podemos sino ser portadores de la misericordia y del perdón de Dios para con una humanidad tan frágil y pecadora como lo somos también los miembros de la Iglesia. Una fe, por tanto, que es tentada de incredulidad porque siempre quiere pruebas.

La muerte de Jesús significó, para sus discípulos, fracaso y miedo. Los relatos evangélicos lo dicen con mucha claridad: **«Estaban en una casa, con las puertas cerradas por miedo»**. Esta situación contrasta con otra bien distinta, como hemos escuchado en la primera lectura: que **«los apóstoles daban testimonio de la resurrección de Señor con mucho valor»**.

Y surge la pregunta: **¿qué sucedió, entre medias, en la vida de aquellos discípulos derrotados? ¿Cuál fue la causa de tal cambio?** Los relatos evangélicos dicen que en la vida de aquellos hombres y mujeres tuvo lugar un acontecimiento que los transformó. Jesús resucitado llegó a ellos como llega el día, con el alba y disipa la oscuridad de la noche. Y en su vida se hizo el día.

Aquel encuentro los cambió radicalmente y comenzaron a vivir una vida nueva, al estilo de Jesús. Nos cuesta creer que el encuentro con Cristo resucitado sea posible. Quizá no deseamos ese encuentro pues estamos confortablemente instalados en nuestras costumbres, sin deseos de cambio. Nos podemos mirar en Tomás.

Tomás no estaba con el grupo la tarde en que llegó Jesús y, cuando volvió, le dijeron: **«Hemos visto al Señor»**. Tomás es imagen de cada uno de nosotros. Como él, también nos cuesta creer y también creemos con dudas. Tomás también es figura de muchos de nosotros cuando no nos conformamos solo con lo que nos han contado y buscamos y deseamos, sinceramente, encontrarnos a Jesús resucitado. En la incredulidad de Tomás hay honestidad y sana rebeldía. No vale cualquier anuncio del resucitado, solo nos vale el anuncio del Cristo que fue crucificado. **«Si no veo en sus manos la señal de los clavos...»**.

La incredulidad y también el inconformismo condujo, a Tomás, hasta Jesús. Cristo resucitado vino a Él y pudo experimentar de nuevo el calor de su mirada acogedora, la ternura de sus manos, la fuerza de sus palabras llenas de vida; pudo ver en sus ojos el amor y la determinación de dar la vida por el Reino del Padre. Y supo que era Él, el mismo Jesús, ahora resucitado.

Tomás creyó y la confesión de su fe es la más rotunda de todo el evangelio: **«Señor mío y Dios mío»**. **¿No necesitaremos, hoy y siempre, mirar un poco más a Tomás y, como él, tener la honradez y la humildad de confesar nuestra poca fe en Jesús resucitado? ¿Y, como él, no contentarnos con lo dado y dicho, sino desear ver y tocar al resucitado?** La confesión más grande de la divinidad de Jesús: **«¡Señor mío y Dios mío!»**. Tiene la réplica de Jesús: **«Dichosos los que crean sin haber visto»**.

DOMINGO TERCERO DE PASCUA

1ª lectura (Hechos, 3, 13-15, 17-19): *Dios lo resucitó y nosotros somos testigos*

Salmo (4, 2.7.9): *«Haz brillar sobre nosotros la luz de tu rostro, Señor»*

2ª lectura (1ª Juan, 2, 1-5): *Lo conocemos en que guardamos sus mandamientos.*

Evangelio (Lucas 24, 35-48): *¿Por qué os alarmáis?, ¿por qué surgen dudas en vuestro interior?*

La figura de Jesús en la cruz no dejó lugar a dudas. Todos pudieron ver al nazareno, muerto, colgado de un madero. No fue fácil para los suyos, a pesar de que estaban advertidos, al igual que también estaban avisados de su resurrección. Al tercer día, y progresivamente, los discípulos descubren la tumba vacía y comienzan a experimentar el encuentro con el Señor resucitado. No es una evidencia, ni una imposición, y a muchos les cuesta reconocerlo. Se trata de una experiencia en la que descubren que Jesús continúa vivo, resucitado, junto a ellos. **¿Podía haber una noticia mejor?**

«Paz a vosotros». El saludo de Jesús disipa las oscuridades que padecía la primera comunidad: miedo, desconfianza, decepción... Su presencia es luz y esperanza para quienes habían puesto su confianza en Él. Todo comienza de nuevo, puesto que el Señor está con ellos. Vuelven sus palabras, la serenidad de su presencia, la alegría del encuentro y la comida compartida. Jesucristo, otra vez, calma la tempestad cuando todos creían que la nave se hundía. La barca del pequeño grupo de los discípulos de Jesús comienza a surcar el mundo con un mensaje que cambiará la vida de infinidad de personas.

El encuentro con Jesús resucitado les transforma. Los atemorizados y escondidos discípulos pasan a ser testigos valientes del Evangelio de Jesucristo. Discípulos misioneros que, sin temor al rechazo, se convierten en valientes mensajeros de Jesucristo. Las palabras y las acciones de estos primeros discípulos son el punto de arranque de la expansión de la figura y el mensaje de Jesús. No hay barreras lo suficientemente altas, ni resistencia lo suficientemente grande que frene al Evangelio. Es evidente que el Espíritu es el protagonista, pero los testigos comparten su experiencia y arriesgan su vida. Para ellos, lo más importante es el anuncio de Jesucristo.

También Jesucristo ha salido a nuestro encuentro y nos ha invitado a acogerlo en nuestra vida. Hemos experimentado su presencia y quizá, como los discípulos, estemos temerosos o desconfiados, pero Él nos invita a ir más allá, a vivir con pasión su enseñanza y a ser sus testigos.

Testigos del amor, testigos del Evangelio, testigos de Dios allá donde estemos. Experimentar al Señor es dejar que Él tome las riendas de nuestra vida y vivir cautivados por Él; es actuar con pasión y alegría y anunciar nuestra fe con obras y palabras.

En nuestro tiempo es mucho más común ser espectador que testigo. De hecho, hay quien dice que vivimos en la cultura del espectáculo: deportes, conciertos, televisión, cine, teatro y muchísimos acontecimientos más requieren miles de espectadores y ¡lo consiguen!

Me parece que somos una sociedad productora de espectadores. Son muchas las personas que van a los diferentes eventos, la mayoría de ellos con fines de mero entretenimiento, pagan a veces más de lo que pueden para asistir y lo convierten en parte de su conversación cotidiana.

No contentos con ello, hemos metido el mundo de espectáculo dentro de nuestras casas y a veces dentro de nuestros mismos bolsillos: algunos productos de la tecnología, como las computadoras personales, teléfonos celulares y otros muchos inventos, los utilizamos quizás más para el entretenimiento que para el trabajo o las relaciones interpersonales.

Jesús no fue un espectador de su mundo. Fue un testigo del Reino de Dios, un testigo veraz y completamente comprometido. No habló del Reino como quien enseña una lección previamente aprendida, sino como quien ha involucrado su vida totalmente en el proyecto del que se vuelve portavoz y testigo de calidad.

Jesús apostó su vida por el Reino, como ningún espectador en su sano juicio lo haría por el objeto de su atención. Y su testimonio valiente le atrajo la persecución y la muerte violenta, como bien sabemos. Pero ese mismo testimonio le valió la respuesta del Dios del Reino, quien le otorgó su misma vida divina, vida eterna, al levantarlo de entre los muertos.

En el evangelio que acabamos de leer Jesús se identifica ante los suyos por sus miembros traspasados por los clavos de la cruz: **«Mirad mis manos y mis pies».** No hay ya espacio para el temor ni para las dudas. **¡Es Él!**, y sin embargo hay algo que ha cambiado profundamente. Es aquel en quien se cumplió lo dicho por las Escrituras, la ley de Moisés, los profetas y los salmos: **«Murió según las Escrituras, y resucitó al tercer día, según las Escrituras».** Y, para que las cosas queden bien claras apunta Pedro: **«de ello nosotros somos testigos».**

Señor Jesús, haznos discípulos misioneros, testigos valientes del Evangelio... danos fuerza para que nuestra vida sea reflejo de tu mensaje.

DOMINGO CUARTO DE PASCUA

1ª lectura (Hechos, 4, 8-12): *En el nombre de Jesucristo Nazareno.*

Salmo (117, 1 y 8-9, 21-23, 26 y 28-29): *«La piedra que desecharon los arquitectos es ahora la piedra angular»*

2ª lectura (1ª Juan, 3, 1-2): *Ahora somos hijos de Dios.*

Evangelio (Lucas 24, 35-48): *El buen pastor da la vida por las ovejas.*

A nadie le extraña oír hablar de la crisis del liderazgo en el mundo. Es casi una charla común. Se habla de eso en cada uno de los corrillos y lo oímos en los noticieros, sobre todo en los que han dejado de ser siempre favorables a las autoridades de un determinado lugar y tratan de reflejar y exponer lo que otras personas piensan de aquellos que dirigen los rumbos de su ciudad, de su región, de su nación o incluso de los que buscan marcar el rumbo del mundo entero.

Las críticas no se hacen esperar. Los líderes están más expuestos que nunca y sus “errores” no pasan ya inadvertidos ni pueden ser fácilmente soslayados. Se habla de la necesaria transparencia y de una debida rendición de cuentas. Todo esto ha abonado a una crisis de credibilidad en quienes dirigen, en los que guían, en los que mantienen cualquier tipo de autoridad. Los seres humanos nos sentimos más maduros que antes y pensamos que tenemos el derecho de hablar con claridad sobre todos esos errores que, según nuestro propio criterio, pensamos aquejan a nuestra comunidad, a la sociedad, incluso a toda la humanidad.

Nunca ha sido fácil ser un líder. Y hoy resulta mucho más arduo. El problema se vuelve más complejo porque la debilidad del liderazgo no afecta solamente a quienes están al frente en los asuntos políticos o religiosos, sino a todos los que deben dirigir un segmento u otro de la sociedad.

Los líderes políticos de todos los colores nos han hecho ver muy claramente que son muy pocos los que están de veras cualificados para dirigir teniendo en cuenta el bien de la población. Otro tanto podemos pensar de los líderes sindicales, de los líderes de opinión, de los analistas y comunicadores, de los artistas y deportistas, y prácticamente de cada ámbito social o cultural. **¿Será acaso que siempre llegan a esos puestos los peores?**

Basta darnos cuenta de la pobreza del liderazgo: Los acuerdos entre formaciones políticas duran dos días, quizás porque lo que les interesa es medrar y ocupar espacios de poder. Lo mismo ocurre en el seno de muchas familias. Padres y madres que se sienten desbordados ante el reto de la formación y educación de los suyos, esposos que hacen meses decían no poder vivir uno sin el otro, y que ahora se gritan que no se soportan...

Seguimos en Pascua, celebrando la Vida, y viviendo el Amor de Jesús, que Resucitado triunfa sobre la injusticia y la muerte, y nos lanza a vivir resucitados en todo momento de la vida. Y en este día nos dejamos guiar por Jesús, Buen Pastor, con esa imagen tan sencilla. Jesús es el Pastor que va delante de nosotros, mostrándonos el Camino.

Este vivir en el Amor y del Amor no es algo pasajero. Es algo permanente, que vamos haciendo posible con tesón, con fe y entrega, y sobre todo con la fuerza del Padre que nos regala a su Hijo Jesús resucitado. Jesús es la plenitud del Amor, la entrega del Padre, y es también la capacidad que Dios pone en nosotros para ser capaces de transformar lo que es contrario al bien, a la dignidad de las personas, a la vida de sus hijos.

Claro, esto del testimonio de vida, ser fieles con lo que creemos, no está muy de moda. Cuando los primeros cristianos buscan el bien de los hermanos, ya se les criticaba su actuación. Entre nosotros también surgen recelos cuando vemos a alguien trabajando a favor de la Iglesia y de la sociedad, solemos decir que “*algo querrá*” y lo tachamos de “*beato*”.

No acabamos de entender que es posible ser fiel y acoger la llamada de Dios en la propia vida. Tenemos que darnos cuenta de que la llamada, y la fuerza, no es nuestra, es siempre de Jesús resucitado, el fundamento de la vida cristiana. Pero, ojo, entrega y actuación a favor del bien y de la vida de las personas. Para que se haga su voluntad, la vida de los hijos.

O sea, que el Amor de Dios, del que somos partícipes, no son palabras de bien quedar. Es entrega de lo más preciado del Padre, su Hijo. Con qué grandeza lo dice san Juan: **«mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos suyos pues ¡lo somos!»**. Hijos en el Hijo. Hijos nacidos de Dios por pura gracia y bondad. Siguiendo a Jesús, que camina por delante

La imagen de Jesús como el Buen Pastor nos puede parecer algo de tiempos lejanos. Bien es verdad que ver pastores en el campo cuidado su ganado es cada vez más difícil, pero todos sabemos y sentimos lo que Jesús nos quiere transmitir. Él es el Buen Pastor, desde la entrega total a todos. Miremos, si no, cuáles son sus acciones: dar la vida por sus ovejas, no huir ante los peligros, conocer a los suyos, llevarlos a lugar seguro (al mismo Padre), abierto a todos, hablando a cada uno para que conozcamos y escuchemos su voz.

Jesús, Buen Pastor, nos da toda su Vida, su Amor, para que vivamos en el amor. Ojalá escuchemos hoy y siempre su voz.

DOMINGO QUINTO DE PASCUA

1ª lectura (Hechos, 9, 26-31): *La Iglesia gozaba de paz.*

Salmo (21, 26b-27, 28 y 30, 31-32): *«El Señor es mi alabanza en la gran asamblea»*

2ª lectura (1ª Juan, 3, 18-24): *No amemos de palabra, sino de verdad.*

Evangelio (Juan 15, 1-8): *Yo soy la verdadera vid.*

El evangelio de este domingo no es ninguna escena narrativa sino un discurso de Jesús acerca de su identidad y el modo en cómo debe ser la relación con Él para todos aquellos que le quieran seguir. En el evangelio de Juan encontramos esta frase *«Yo soy...»* en repetidas ocasiones, en este caso Jesús se compara con la vid verdadera. Su Padre Dios es el labrador que generosamente riega y cuida la viña. Nosotros, los sarmientos unidos a la Vida, que es Jesús.

En este lenguaje alegórico conviene identificar pronto los ejes principales del discurso. Podrían ser estos: permanecer fuertemente unidos a Jesús tendrá como una de sus consecuencias dar fruto abundante; por el contrario no estar unidos a Jesús nos incapacitará para dar buen fruto y, por último, y de nuevo en positivo, ese buen fruto que daremos si estamos unidos a Jesús servirá para dar gloria a Dios Padre, el generoso labrador. Así que, si vamos al origen de todo, la clave radica en la unión firme, duradera y estable con Jesús.

Dejemos ahora el lenguaje teológico de Juan y preguntémosnos cómo es hoy mi unión con Jesús, **¿en qué radica? ¿Cómo se articula mi relación con Jesús, en clave de rutina, de amistad, de pasión, de rechazo?** No es ninguna obligación creer en Jesús ni ser amigo suyo ni intimar en la relación con Él. Es más bien una amistad que se nos ofrece, pero es una amistad que conviene tomar en serio. Porque efectivamente, quien da el paso de *“profundizar”* en la amistad con Jesús, esto le puede cambiar la vida. Ninguno deberíamos pensar que esta invitación no es para nosotros.

Solamente descubriendo a Jesús como el verdadero amigo que no falla (que es también nuestro Salvador, el Hijo de Dios y Dios mismo) uno se podrá plantear no perder esta amistad que no tiene precio. Intimando en la relación con Jesús uno descubrirá cómo es Él, cómo vivió, cómo actuó, y uno tendrá ganas de imitarlo, de ser como Él, de dar en definitiva buen fruto. Pero hay que empezar por el principio. Hay que querer ser amigo de Jesús, hay que dar los pasos para que esta relación sea única. Y esto no lo puede hacer nadie por nosotros.

Podríamos decir que el resultado de esta unión con Jesús es ese *«fruto abundante»* que detalla el evangelio. Nunca nuestras buenas obras debieran servir para nuestro engrandecimiento personal, o para creer que somos las mejores personas. Y quizá esta sea una tentación que nos es muy familiar, porque cuando hacemos una obra buena quizá estemos esperando un aplauso y sin embargo no sería lo correcto. Lo correcto, imitando a Jesús, sería ofrecer todas nuestras buenas obras al buen Labrador que es Dios.

Tras la profunda experiencia, que le cambió la vida, de su encuentro con el Resucitado. Pablo regresa a Jerusalén para entablar contacto con los discípulos, pero estos lo rechazan porque *“le tenían miedo”*. No era fácil creer que el perseguidor de ayer fuera el discípulo de hoy. Bernabé les explica todo lo sucedido. También les habla de la valiente predicación de Pablo en Damasco. Quizás muchos de aquella comunidad de Jerusalén que decía estar unida a Jesús, pero que por temor a las discusiones o a las persecuciones preferían esconder sus convicciones lo aceptan con un poco de reticencia.

Pablo va mostrando que lo suyo no es casual ni pasajero. Va y viene, predica abiertamente, habla y discute con los que se oponen. Su actividad llama tanto la atención que a fin de cuentas despierta también persecución en su contra, hasta el punto que tienen que ayudarle a escapar a Cesarea, para desde allí embarcarlo a Tarso.

No es fácil creer en conversiones repentinas. Y no puedo menos que pensar que ahora ocurre lo mismo. Ninguno podemos quejarnos si los demás no nos creen cuando decimos que hemos cambiado de la noche a la mañana. Tal vez puedan aceptar que hayamos hecho un buen propósito de cambio, pero es necesario demostrar, un día sí y otro también, que permanecemos en lo dicho. Y, **¿cómo lo podemos demostrar?**

Jesús es la vid, el Padre es el viñador y nosotros los sarmientos alimentados por esa savia de vida que es el Espíritu Santo. Si no nos consolidamos y progresamos en fidelidad, si no dejamos que el Espíritu nos anime; si no abrimos la puerta para que nos haga portadores de vida, si no le dejamos que nos sacuda y zarandee para que seamos fértiles, capaces de producir frutos abundantes, no creceremos como comunidad cristiana y por muchas reuniones y activismos, por muchos planes, proyectos y programas que pongamos en marcha, solo seremos comunidades y personas un tanto estériles.

DOMINGO SEXTO DE PASCUA

1ª lectura (Hechos, 10, 25-26,34-35,44-48): *Dios no hace distinciones.*

Salmo (97, 1.2-3ab,3cd-4): *«El Señor revela a las naciones su salvación»*

2ª lectura (1ª Juan, 4, 7-10): *Dios es amor.*

Evangelio (Juan 15, 9-17): *Permaneced en mi amor.*

«*Os doy un mandamiento nuevo: “Amaos unos a otros como yo os he amado”*». El amor auténtico tiene su fuente siempre fuera de uno mismo. El amor de Jesús tiene su fuente en el amor que recibe de Dios Padre. De ahí brota también el mandato de Jesús resucitado: *«Permaneced en mi amor»*. El verbo “*permanecer*” tiene una fuerte densidad en el evangelio de Juan. No solo significa permanecer con Él, sino SER en Él.

“*Permanecer*” recoge varios sentidos: desde la conciencia clara de centrar nuestra vida en Jesús, agarrarnos a Él con todo nuestro ser, seguirlo, hasta ir descubriendo que Él es más íntimo a nosotros que nosotros mismos, y hasta recibir su vida misma.

“*Permanecer*” hace referencia a una realidad que tiene fundamento, no volátil ni puntual. Cuando Jesús nos manda permanecer en su amor, Él mismo nos comunica su vida a los discípulos. Y esa vida no tiene acepción de personas, porque el amor no discrimina. Discriminan las ideas sobre el amor. **¿No hemos experimentado nunca que el amor de Jesús acepta a todo aquel que se deja amar por Él?**

Esta permanencia en Jesús es la condición para dar vida. Conviene no olvidar que solo da vida quien la entrega libremente (Juan 10 en el evangelio de hace dos semanas). El que no se une a Jesús no puede dar vida, aunque haga actos heroicos. Quien permanece en Jesús siempre da vida, aunque no sepa cómo.

“*Permanecer*” es vivir continuamente en relación y en comunión con Jesús, amándolo de tal forma que Él sea la fuente de nuestro ser. Y lo más genuino de este amor de Jesús es que va unido indisolublemente al amor al prójimo: *«amaos los unos a los otros como Yo os he amado»*. Este amor fraterno es la condición de la misión de todo cristiano, sea clérigo, sea religioso, sea laico. La fecundidad de la misión depende de este amor que nos une a Jesús y a los hermanos.

La cuestión no es qué hacemos, ni siquiera cómo lo hacemos, sino desde dónde y cómo lo vivimos. Igual que recordamos las últimas acciones y las últimas palabras de nuestros seres queridos que han partido de este mundo. Sea que nos hayan dejado tras larga enfermedad o que haya ocurrido súbitamente, en nuestra memoria quedan grabados aquellos últimos momentos de convivencia, de trato, de escucha, de atención, de cansancio, de preocupación, de lo que fueron. Esos recuerdos, tal vez matizados y enriquecidos por el tiempo y la reflexión, nos acompañan y permanecen siempre en nosotros.

A los discípulos de Jesús les resultó imposible olvidar aquella última cena con su Maestro. El ambiente festivo de los días pascuales se había tornado sombrío por la amenaza que se percibía. No hacía falta ser demasiado perceptivo para darse cuenta de que las cosas no iban bien para Jesús. Y en una noche inquieta, solemne, inolvidable, Jesús estuvo con ellos ofreciéndoles su consuelo y sus palabras de aliento.

Signos poderosos acompañaron sus palabras: les lavó los pies, partió para ellos el pan y compartió con ellos la copa de vino. Les habló de manera extraordinaria, con palabras misteriosas que solo más tarde acabarían por comprender: *«Yo soy la vid, vosotros mis sarmientos... permaneced en mí, como yo permanezco en el Padre»*. *«Como el Padre me ama así os amo yo... os digo todo esto para que mi alegría esté en vosotros y vuestra alegría sea plena»*.

Sus palabras sonaban a despedida y sus acciones corroboraban esa sensación: *«El amor más grande consiste en dar la vida por los amigos»*. Precisamente cuando ellos están pensando en que le van arrebatar la vida a Jesús y que aún la suya corre peligro, Jesús les habla de “*dar la vida*”. **¿Por qué?** Jesús les estaba diciendo “*adiós*”, y sin embargo les habla de amor a Dios, de su propio amor por ellos y de una alegría que debe ser total.

«*Dios es amor*». El que no ama no conoce a Dios. **¡Él nos amó primero y no deja de amarnos!** Porque somos amados podemos amar. Amar es darse sin condiciones: Jesús amó a Pedro a pesar de sus negaciones. Amó a Judas a pesar de su traición. Amó a los discípulos a pesar de sus miedos y cobardía. Amó a Tomás a pesar de sus dudas y exigencias. Y, nos ama a todos nosotros a pesar de nuestras imperfecciones. Amar..., amar..., y seguir amando.

Jesús nos ofrece su amistad, nos entrega la riqueza que recibe del Padre, nos llama a su intimidad. Pero esta amistad no se puede separar de la obediencia: *«Sois mis amigos si hacéis lo que yo os mando»*. No es un amor de intimidad que se complazca en el regusto, sino obediencia de amor, y de amor teologal. Quiere que participemos de su alegría para que nuestra alegría sea plena. Esta alegría es la señal de que ha llegado a nosotros la vida del Padre. Su fuente es el Espíritu Santo.

DOMINGO DE LA ASCENSIÓN

1ª lectura (Hechos, 1, 1-11): *Lo vieron levantarse, hasta que una nube se lo quitó de la vista.*

Salmo (46, 2-3.6-7.8-9): *«Dios asciende entre aclamaciones; el Señor, al son de trompetas»*

2ª lectura (Efesios, 1, 17-23): *Y todo lo puso bajo sus pies.*

Evangelio (Marcos 16, 15-20): *El Señor Jesús subió al cielo y se sentó a la derecha de Dios.*

El Padre como fuente eterna de vida había engendrado a su Hijo desde toda la eternidad. Por Él, su Palabra había dicho todas las cosas y estas cosas comenzaron a existir. La fuerza creadora del Espíritu desplegó las pequeñas palabras a lo largo y ancho del universo. Cada creatura no es sino el balbuceo de la eterna Palabra del Padre. Y en el punto culminante de su obra Dios coloca al ser humano: *«a imagen suya los creó, varón y mujer los creó»*. Cada ser humano es un reflejo de la Imagen eterna del Padre. Cada ser humano es palabra única, pronunciada una sola vez por el Padre.

¿Cómo no iba a amar Dios al mundo? ¿Cómo no regocijarse de tanta belleza que había salido de sus manos? ¿Cómo no compadecerse del extravío de los hombres cuando estos se dejaron seducir por el pecado? ¿Cómo no hacer todo lo posible por restaurar en cada uno de ellos la imagen de su Imagen eterna? Por eso, cuando llegó la plenitud de los tiempos, *«Dios nos envió a su Hijo, nacido de una mujer»*.

Jesús de Nazaret, la Palabra omnipotente hecha palabra humana. Él era el enviado del Padre. Concebido por obra del Espíritu, se fue gestando en el vientre purísimo de María, su madre... y continuó su vida silenciosa en Nazaret, hasta que llegado el tiempo oportuno. Él, que existía desde siempre como Hijo de Dios, por amor al género humano, se anonadó, se humilló, se hizo obediente.

El rechazo de algunos no fue obstáculo para amar a los suyos hasta el extremo. Su muerte en cruz es el culmen de la injusticia humana, pero es también simultáneamente el culmen del amor divino: *“el Espíritu entregado, el Hijo muerto y las lágrimas del Padre”*. Sin embargo, el Amor de Dios, el amor misericordioso de Dios perdona y da vida. Le da la vida a su Hijo amado y a nosotros nos perdona y nos da vida también. Cristo resucitado de entre los muertos es el signo del amor victorioso de Dios sobre las fuerzas de la muerte que actuaron y siguen actuando para tratar de destruir su obra, y *«Entre voces de júbilo, Dios asciende a su trono»*.

Hoy el cielo está de fiesta, y el universo también. Imaginemos la alegría en el seno de la Trinidad: el Padre gozoso de recibir a su amado Hijo. De Él salió y a Él volvió. Hoy el Hijo retorna victorioso sobre la muerte, al seno del Padre. Imaginemos el abrazo de ese Padre amoroso que recibe junto a sí a su Hijo fiel.

¡Miremos a la tierra! De sobra sabemos que no podemos hacer grandes cosas en la tarea que se nos encomienda si no levantamos los ojos al cielo para recibir el aliento necesario para intentarlo en nombre de Jesús. Pero no podemos quedarnos mirando al cielo, tenemos que volver nuestra mirada a la tierra.

Transformar la creación es el horizonte de nuestra humanidad, ahora tecnológica y global. El ser humano, capaz de modificar la naturaleza, se ha convencido a sí mismo de que tiene un destino que lo impulsa: *“humanizar”* transformar humanamente la creación. Ello implica que la creación es mejorable, y que la *“forma”* de humanidad que construimos será la que la *“transforme”*. Ahora bien: **¿y si esa forma, en lugar de mejorarla, la estuviera empeorando?**

Las transformaciones de la tecnificación e industrialización se acompañaron de la ilusión de que labrar la piedra o cultivar la tierra no solo servían para obtener más mineral o más producción, sino también para crear un mundo a imagen y semejanza del hombre cultivado, la humanidad y su cultura. Pero tales ilusiones albergaban también el deseo de manipular la creación con manos humanas, fabricándola en fábricas, laborándola en laboratorios, y echando fuera los desechos producidos: una humanidad que acaba transformando la creación en su propio vertedero.

Otras transformaciones paralelas de la modernización e ilustración estaban convencidas de que al mundo le sobraba *“encanto”* y *“encantadores”*, y le faltaba el rigor, las ciencias y sus leyes. La religión, artífice del encantamiento del mundo, tendría que ser superada. Hoy, entre nuestros productos de consumo y desechos vertidos en bosques, océanos y atmósferas, es muy difícil descubrir en la tierra la encantadora *“forma”* de su creación divina.

La *“metamorfosis”* de la oruga en mariposa, sin embargo, nos hace descubrir algo diferente: que el encanto de la creación reside en su propia forma, que la oruga tiene forma de mariposa. La *“metamorfosis”* que el Nuevo Testamento nos presenta hoy en las lecturas, la de Jesús ascendiendo con forma divina al cielo, nos hace descubrir que en el mundo creado habita el Dios que no ha dejado de transformarlo, de darle su forma, a través de encantadores signos que nos hacen mirar al cielo.

Pero en lugar de buscarlos en las nubes, hay que descubrir y hablar de esos signos de Dios en esta tierra creada: frente a todo mal, contra todas nuestras tentaciones por transformar lo creado de una forma perversa, o ante la condición humana misma, marcada por la muerte y la enfermedad. En ello consiste la Buena Noticia del Evangelio que Jesús nos invita a proclamar a toda la creación, metamorfoseada ya por su Reino.

DOMINGO DE PENTECOSTES

1ª lectura (Hechos, 2, 1-11): *Empezaron a hablar en lenguas extranjeras.*

Salmo (103, 1ab y 24ac.29bc-30.31 y 34): *«Envía tu Espíritu, Señor, y repuebla la faz de la tierra»*

2ª lectura (1ª Corintios, 12, 3b-7.12-13): *Hay diversidad de dones, pero un mismo Espíritu.*

Evangelio (Juan 15, 26-27; 16, 12-15): *Os guiará hasta la verdad plena.*

El aliento que fue insuflado como comunicación de vida a los seres humanos en los orígenes del mundo procede como fuerza creadora y vivificadora de la fuente de la misma vida, es decir, de Dios. La vida, el aliento humano, procede del aliento divino, de su divino Espíritu: *«Si retiras tu aliento toda creatura muere y vuelve al polvo»*, nos dice el salmista. *«Pero, envías tu Espíritu que da vida y renuevas el aspecto de la tierra»*, añadimos.

Al concluir las fiestas de Pascua, volvemos nuestra mirada con gratitud a Dios, que nos regala su santo Espíritu para hacernos participar ya desde ahora de la vida de su Hijo Resucitado. San Pablo nos dice que: ni siquiera podríamos llamar a Jesús *«Señor»*, si no fuera bajo la acción del Espíritu Santo. Estoy seguro de que es el Espíritu el que nos mueve desde nuestros hogares a congregarnos en el templo para asistir a la liturgia dominical en la que reconocemos y aclamamos a Jesús como Señor, gracias a la acción del mismo Espíritu.

Muchos de nosotros no nos conocemos bien, pero el Espíritu de Dios nos conoce a cada uno y se valió de distintas estrategias para traernos a participar en la asamblea de la multitud de hombres y mujeres, cada uno con sus preocupaciones, sus proyectos, sus alegrías o tristezas, para ir construyendo la comunidad que está reunida hoy. Es el Espíritu quien cohesiona, une y nos reúne.

Lo más maravilloso de esta acción del Espíritu que nos congrega es que no hace desaparecer nuestras diferencias, sino que las integra armónicamente: *«Hay diferentes dones, pero el Espíritu es el mismo; hay diferentes servicios, pero el Señor es el mismo; hay diferentes actividades, pero Dios, que hace todo en todos, es el mismo»*. Un solo Dios, un solo Señor, un solo Espíritu, pero su riquísimo despliegue en el universo y en la humanidad es inabarcable. *«En cada uno se manifiesta para el bien común»*.

Unos paletos hablan de Dios. **¡Y cómo hablan!** Porque el testimonio de Lucas es que todos entendían y a todos le llegaba al corazón, de forma que el entusiasmo se despertó en los oyentes porque a cada uno le llegaba la palabra Dios a ese rincón profundo del corazón en el que se debate algo importante de la existencia. Un rincón que percibimos como una de las dimensiones más íntimas y exclusivas de cada uno, esas que consideramos tan personales que no solemos compartir y que, sin embargo, son las más comunes a todos los humanos pero que nos distinguen, de otra manera, precisamente, de los no humanos.

Ahí, en lo profundo de las simas del ser, en los pozos de nuestra intimidad y en las cuevas de nuestro interior, es donde Dios resuena y se nos hace especialmente importante por los efectos que produce, para bien o para mal. El tipo de religiosidad que representan los judíos, en el evangelio de Juan y en la obra de Lucas, es la del miedo y la culpa. Es decir, el judaísmo de los tiempos de Jesús insistía en relacionar a Dios con la culpa y el miedo al castigo.

Consecuencia de tanto insistir en la ley, el comportamiento y la función de Dios como encargado de vigilar el orden y el deber, conducía a un exceso de responsabilidad y un miedo inmenso a las secuelas por no someterse a las normas. Jesús representaba otra religiosidad a la que los judíos tenían pánico, porque entendían que traería el caos, el desorden y el libertinaje a un pueblo, en horas bajas, metido en una gran crisis. Su sorpresa es que su efecto produce comprensión y entendimiento, unidad y solidaridad, porque sus palabras llegan al corazón y les hablan de sus problemas y necesidades provocando esperanza. Y esa misma experiencia se convierte en referencia original y guía para nosotros en la historia humana.

Los cristianos no debemos repetir palabras a las que el uso convierte en rutina. Debemos hacer comprensible a las personas de cada época el mensaje de Jesús, la Buena Noticia, para que todos en su tiempo puedan recibir el mismo mensaje como novedad profunda de comprensión y esperanza. ¡Dios llega a todos, para que todos vivamos!

Dios nos quiere vivos en la historia, por eso nos envía su Espíritu que refuerza nuestra libertad y creatividad para decir, anunciar y revitalizar el mismo Evangelio de manera que ayude a todos a vivir más y mejor. La fidelidad al Evangelio no está en repetir palabras, sino en hacer comprensible su Palabra y contagiar la convicción de que Dios sigue acompañándonos en la vida como siempre ha hecho y descubrir su significado para las nuevas situaciones que los tiempos nos deparan, en las que Dios siempre tiene algo que hacernos sentir.

¡Hoy es Pentecostés! Que el Espíritu Santo, el Espíritu del Padre y de su Hijo Resucitado nos ilumine. Que venga el padre de los pobres y penetre en nuestras almas. Que el dulce huésped del alma nos llene de su paz y consuelo. Que nos purifique y nos haga fecundos y que nos llene de sus dones; porque *«A todos se nos ha dado a beber del mismo Espíritu»*. **¡Siempre es Pentecostés!**

DOMINGO DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD

1ª lectura (Deuteronomio, 4, 32-34.39-40): *El Señor es el único Dios.*

Salmo (32, 4-5.6 y 9.18-19.20 y 22): *«Dichoso el pueblo que el Señor se escogió como heredad»*

2ª lectura (Romanos, 8, 14-17): *Somos hijos de Dios.*

Evangelio (Mateo 28, 16-20): *Id y haced discípulos de todos los pueblos.*

Finales de mayo, finales de curso, primavera anunciada. Granada la mies que anuncia cosecha, el día ya alargado es perfecto para el encuentro, para el dialogo entre amigos, para la intimidad de los enamorados, para el paseo en solitario por cualquier paraje natural que nos acerca a lo grandioso, al silencio y la hondura de tu propia vida y de las relaciones que hay en ella. Para la reflexión sobre nuestras creencias. Para el reconocimiento de nuestra historia de fe.

Muchos pueblos fueron pasando de la admiración ante algunos fenómenos de la naturaleza, a la identificación de esas fuerzas misteriosas a las que calificaron como divinas. Solo paulatinamente algunos fueron capaces de ir de las creaturas al Creador. Y más lentamente aún fueron dejando una figura que podríamos llamar su dios tribal para llegar a la afirmación de un solo Dios como fuente de todos y de todo.

También el pueblo de Israel fue haciendo un camino lento y no siempre libre de confusiones. Dios se les mostró ante todo como aquel que los sacó de Egipto y los condujo por el desierto hasta llevarlos a la conquista de su propia tierra. No es pues de extrañar que en algún momento pensarán que el Dios de Israel era más grande y más poderoso que los dioses de otros pueblos. Todavía no estaba claro que había un solo Dios, solo que su Dios era mas grande y poderoso. Es a ese Dios al único que Israel debía rendir culto, aunque muchas veces el pueblo se sentía tentado a volverse a otros dioses. El camino hacia la confesión de fe en un solo Dios no fue sencillo y, la confesión de que este único Dios es además una trinidad de personas fue aún más arduo.

¡Qué lejos estamos de una espiritualidad libre de temores! ¡Somos hijos de Dios! Él mismo nos ha dado su Espíritu. Y por tener ese Espíritu como don gratuito del Padre hemos sido configurados a Jesucristo, el hijo eterno del Padre. Herederos de Dios y coherederos con Cristo.

En el nombre de Dios Padre. Alguien que está más allá de nosotros mismos, pero se hace el encontradizo; aprovecha las oportunidades que nuestra vida le ofrece para iluminarla con su presencia en las oscuridades del fracaso; el no saber qué camino tomar o la pérdida de sentido debido a la monotonía de nuestra vida, nos hace preguntarnos: **«¿Dónde estás?»**, la misma pregunta que Yahvé le hizo a Adán en el paraíso.

Hombres y mujeres debemos entrar en la interioridad de nosotros mismos y mostrarnos con la mayor desnudez, reconociendo lo que somos en verdad, para solicitar al Padre Madre Dios el *“traje de fiesta”* para vivir en fraternidad con el resto de los hijos y de las hijas.

En el nombre de Dios Hijo. A nuestro lado alguien va, camina con nosotros, tiene parecidos objetivos. Disfruta con los logros, se sobrepone en las derrotas y busca dentro de sí la fuerza necesaria para seguir tirando hacia adelante. Mas en el día a día sentimos las apreturas de mucha gente a nuestro alrededor que son perfectos desconocidos, que aparte de problemas generan en nosotros deseos de perderlos de vista. **«¿Quién es mi prójimo?»**. Seguimos sin darnos cuenta de que el movimiento hacia la otra persona hemos de iniciarlo cada cual; hemos de aproximarnos a ellas si realmente queremos gozar el verdadero sentido de nuestra vida.

En el nombre del Espíritu Santo. Con cierta frecuencia sentimos la presencia de alguien que tiene muchos rostros: los miras, te miran; los identificas, te reconocen. Saben que no les exiges, pero que no los dejas en paz, les empujas hacia adelante. No te permiten que cierres los ojos ante su aparente insensibilidad por la dureza de su corazón. De esta manera los acontecimientos en nuestro mundo: la reacción de muchas personas ante los progresos de la humanidad, la ola de solidaridad ante las catástrofes naturales; los gestos de gente sencilla ante el problema de algún vecino, el hacer un rato de compañía a esa persona mayor..., hacen posible la proximidad con las personas que están a nuestro lado.

Amén. Así es la presencia del Espíritu de Jesús en nuestro mundo: nos ha habitado, nos anima en los decaimientos, nos envía a despertar a los dormidos y nos empuja a participar y construir con todos los hombres y todas las mujeres de buena voluntad un mundo más justo, compasivo y solidario.

¡En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, amén! Lo que hoy nos parece unas frases sencillas que repetimos sin apenas detenernos, fueron objeto de oración, reflexión, estudio, debate, discusión y hasta de feroces peleas y descalificaciones por hombres y mujeres de fe, teólogos que tocados por el Misterio fueron estableciendo una relación con Dios y una relación espiritual trinitaria. Y decirle con toda la Iglesia: **«Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Al Dios que es, que era y que vendrá. Amén»**.

DOMINGO DEL CUERPO Y SANGRE DE CRISTO

1ª lectura (Éxodo, 24, 3-8): *Haremos lo que manda el Señor.*

Salmo (115, 12-13.15 y 16bc.17-18): *«Alzaré la copa de la salvación, invocando el nombre del Señor»*

2ª lectura (Hebreos, 9, 11-15): *Cristo es mediador de una alianza nueva.*

Evangelio (Marcos 14, 12-16.22-26): *Preparadnos allí la cena.*

No se come solo para saciar el hambre, se come para compartir la vida. Cada uno de nosotros debe su vida en más de algún modo a una multitud de personas, con las que hemos “comido” un día sí y otro también a lo largo de nuestra existencia. Jesús conoce a fondo el sentido del alimento. Durante su vida fue comensal y anfitrión, invitó, se dejó invitar y a veces incluso se hizo invitar para sentarse a la mesa o acomodarse sobre la yerba a compartir lo poco o mucho que allí había.

La última cena, no es solo última porque ya no habría más cenas para el Jesús terreno. Es también la última porque la precedieron muchas otras en las que seguramente se estrecharon los lazos de amor y de cariño con los demás comensales, se comentó el sentido de la misión y del Reino anunciado, se alegró el corazón, se fortaleció la esperanza y se habló de la nueva alianza entre Dios y la humanidad.

En esa cena Jesús comparte con sus amigos el pan y la copa, que dejan de ser solo pan y vino para convertirse en Aquel que entrega su vida para generar vida en plenitud. Jesús no quiere que lo recuerden solo por algunas palabras. No pide que solamente sigan teniendo presentes sus enseñanzas o que mantengan vivo su recuerdo. Quiere que lo hagan presente a Él cada vez que se reúnan a compartir el pan. Quiere que lo hagamos presente cada vez que nos reunimos para compartir el alimento con aquellos que amamos

«Esto es mi cuerpo...». El cuerpo es nuestra manera de estar, nuestra única manera de relacionarnos con los demás, es la vida recibida y compartida en lo cotidiano y en lo festivo. *«Esta es mi sangre...»*. La sangre no es solo el líquido que pasa por las venas y arterias, es lo que nos hace vivir. Al hablar del cuerpo y la sangre no alude a partes del ser humano, más bien se refiere a la totalidad del ser humano: su presencia, su vida.

«Así es mi vida», parece decir Jesús en aquella cena de despedida. Mi vida, lo que ven, lo que escuchan, lo que tocan... está a punto de ser destruida. Pero no terminará como un infeliz accidente, pues el sentido de toda ella ha sido y sigue siendo el de *«entregar esta vida para que todos los demás tengan vida»*.

Y, sin embargo, la última cena es también una cena única: *«Mi cuerpo entregado, mi sangre derramada...»*. O sea, mi vida en su plenitud, hasta el último suspiro, hasta la última gota..., todo yo para todos vosotros, para cada uno de vosotros y para los demás que se acercarán en los siglos y milenios venideros a encontrarme y a encontrar el verdadero sentido de la vida.

Hoy no hay necesidad de destacar la presencia real de Cristo en la Eucaristía, pues nadie, en el mundo católico, la niega, pero esta fiesta nos hace contemplar el Misterio de la Eucaristía, contemplar a Cristo presente en la Eucaristía. Contemplamos el Misterio de la Nueva Alianza, Esta Alianza de Dios con los hombres es el tema clave del Antiguo Testamento. En tiempos donde se cuestionaba la presencia real de Cristo en las especies eucarísticas, una monja holandesa, santa Juliana de Cornillon establece una fiesta para venerar a Cristo presente en la Eucaristía en el año 1208. En el año 1264, el papa Urbano IV, la hizo extensiva a toda la Iglesia.

La primera lectura nos recordaba el pacto que establece Dios con su Pueblo por medio de Moisés, un pacto sellado con sangre, una sangre de purificación, sangre de alianza y amor. Pero la segunda lectura de la carta a los Hebreos nos recuerda que *«Cristo, vino como Sumo Sacerdote de los bienes definitivos»*, no usa sangre de machos cabríos ni de becerros, sino la suya propia; y así ha entrado en el santuario una vez para siempre, consiguiendo la liberación eterna.

La alianza del Sinaí será el anuncio de la Alianza definitiva que traerá la salvación a la humanidad, en la cena anterior a su muerte, Jesús nos lo recuerda: *«Esta es mi sangre de la Alianza»*. Esta Alianza se convierte en un compromiso de Amor entre Dios y el hombre, compromiso hasta la sangre, una sangre que no es de animales, sino que es la sangre del Dios hecho hombre, la sangre de Cristo que se hace presente en la Eucaristía, es la alianza de amor pues *«nadie tiene mayor amor que el que da la vida»* y Jesús da la vida, da la sangre por todos los hombres para el perdón de los pecados, son las palabras de la consagración que nos recuerdan que el sacramento de nuestra fe es el sacramento del amor de Dios.

Por eso esta alianza es Alianza de amor, cuando como del pan o bebo del cáliz del Señor me lleno de su vida divina, me lleno del amor de Dios, a la vez que me comprometo a responder con el mismo amor. El que come del pan o bebe el cáliz del Señor se capacita para amar. Y esta alianza es también un canto de esperanza, los que nos sentamos hoy a la mesa del banquete eucarístico anticipamos el banquete del Reino de los cielos, por eso dirá san Ignacio de Antioquía que la Eucaristía es la *«medicina de la inmortalidad»*.

Por eso este día es el *«Día de Caridad»*, el día del amor, amor que crea comunidad y fraternidad, amor que es servicio, entrega, solidaridad. El que comulga tiene que estar dispuesto a lavar los pies, levantar al caído, compartir los bienes y luchar contra la opresión.

DOMINGO XI DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Ezequiel, 17, 22-24): *Yo, el Señor, lo he dicho y lo haré.*

Salmo (91, 2-3.13-14.15-16): *«Es bueno darte gracias, Señor»*

2ª lectura (2ª Corintios, 5, 6-10): *Estamos desterrados lejos del Señor.*

Evangelio (Marcos 4, 26-34): *La semilla germina y va creciendo.*

Vivimos en una sociedad en la que sospechamos de todo y de todos y en la que parece que solo damos crédito a lo que podemos ver, tocar y probar. Confiar en la fuerza, en las armas, en la ciencia, en la estrategia, en la astucia, en los poderosos de este mundo y cosas similares lleva a un total fracaso. Ya desde el Primer Testamento hay una serie de afirmaciones que invitan a no poner la confianza en lo demás y en los demás.

Solo quien pone su confianza en el Señor avanza seguro, a pesar de que las circunstancias sean muy hostiles en algunas ocasiones. Dios no se deja vislumbrar por la grandeza y la lozanía de algunos árboles, pues es capaz de hacer brotar flores hasta de un árbol seco. Es el Dios de la vida que comienza en forma tan discreta que a los ojos de muchos parece tener poco futuro.

Si nos atenemos a las palabras del profeta Ezequiel que escuchamos hoy podemos decir que Dios es el que ha cortado un retoño de la rama más elevada, de la copa de un cedro, para plantarlo en la montaña más alta de Israel donde crecerá, se fortalecerá y se convertirá en un cedro magnífico. Es decir, Dios es el que comienza a trabajar desde lo pequeño y con infinita paciencia lo va viendo crecer y lo va fortaleciendo.

El Imperio romano era de una fuerza extraordinaria y el pueblo de Corinto era también muy grande y famoso. Pero Pablo no pone en ello su confianza, sino en el Señor que ya sembró el pequeño retoño de la fe en una comunidad apenas visible desde el exterior. Es de ese Dios de quien Pablo puede decirle a los corintios: **«Siempre tenemos confianza»**. No es que Pablo confíe en que las cosas vayan a mejorar mucho ni tampoco es que confíe en que las personas le vayan a responder mejor. Su confianza está puesta en el Señor: **«Caminamos guiados por la fe, sin ver todavía»**. Guiado por la fe, Pablo se llena de confianza.

Jesús miraba la vida con mucha atención. En las pequeñas y sencillas cosas de la vida cotidiana descubría el paso de Dios, veía el Reino Dios. Su mirada era capaz de leer el mensaje inscrito en la profundidad de las cosas, de las relaciones, de los acontecimientos. Los evangelios están llenos de referencias a la vida cotidiana, de las que Jesús echaba mano para mostrar a la gente el milagro de la presencia de Dios en la vida.

Hoy nos ha dicho: **«el reino de Dios se parece a un hombre que echa simiente en la tierra»** y, mientras duerme, **«la semilla va creciendo sin que él sepa cómo»**. El hombre actúa cuando le corresponde: *“siembra la semilla”* y *“mete la hoz”* cuando ha llegado el momento de la siega.

Jesús conocía los duros trabajos del campo, pero, esta vez, deseaba despertar la confianza en el hacer constante y gratuito de Dios. Hay un largo período de tiempo (nos dice en la parábola), en el que el hombre no tiene que hacer nada, pues es la tierra la que hace que la semilla germine. Este proceso se realiza sin que el hombre sepa cómo, mientras *“duerme y se levanta”*. Sin que sepamos cómo, la acción salvadora de Dios germina en nuestra vida, crece en nuestra historia personal y colectiva. Dios cuenta con nosotros para preparar la tierra y para sembrar, pero, después, sin que sepamos cómo, Él va haciendo a su manera, va construyendo, va tejiendo, desde lo más profundo de nuestras vidas y de la vida de todos, su obra salvadora.

Pablo ha colaborado con Dios para sembrar la semilla del Reino en Corinto. Es muy pequeña y frágil. Pero tiene toda la virtualidad del Reino de Dios. Puede estar seguro de que va a crecer; el plantó, otros verán el tallo, tal vez otros vean las espigas, otros mirarán los granos en las espigas y algunos más recogerán los frutos en la cosecha.

¿Estamos convencidos de que lo que Dios ha sembrado en nosotros llegará a producir fruto? En nuestra cultura de *“supermercado”* hemos perdido la noción del tiempo que implica el crecimiento o maduración de muchos de los productos que consumimos. La vida no consiste en productos instantáneos, sino en procesos: procesos de crecimiento, procesos de desarrollo, procesos de evolución... **¿Estamos dispuestos a llenarnos de paciencia ante lo que parece un muy lento crecimiento del Reino entre nosotros?**

Los seguidores de Jesús, somos hijos de nuestra cultura y, para bien y para mal, estamos influenciados por los valores dominantes. Por ello, en nuestros trabajos al servicio del Reino, al servicio del evangelio, tendemos a llevar cuentas de los esfuerzos invertidos; hacemos cálculos de los resultados que esperamos; pensamos que dos más dos han de ser siempre cuatro; y deseamos tenerlo todo bajo control, desde el inicio del proceso hasta el final.

Jesús, en cambio, que ve la vida desde el lado de Dios, desde el lado del Reino, nos invita a confiar y a quitarnos la pesada carga de quererlo controlar todo. **«Haz las cosas como si todo dependiera de ti y confía en el resultado como si todo dependiera de Dios»**, (san Ignacio de Loyola). Andamos escasos de gratuidad para no regatear en entregas, y sembrar en la vida de los demás, lo mejor de nosotros mismos; y confianza para saber que en las manos de Dios nada de lo que sembremos se pierde.

DOMINGO XII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Job, 38, 1.8-20): *Hasta aquí llegarás y no pasarás.*

Salmo (106, 23-24.25-26.28-29.30-31): *«Dad gracias al Señor, porque es externa su misericordia»*

2ª lectura (2ª Corintios, 5, 14-17): *Nos apremia el amor de Cristo.*

Evangelio (Marcos 4, 36-40): *¿Por qué sois tan cobardes? ¿Aún no tenéis fe?*

Para entrar en el anímico contexto de este relato podemos pensar en las pateras o cayucos que constantemente zarpan de las costas africanas hacia España. La televisión nos muestra deprimentes escenas de supervivientes ilegales en una situación de desvalimiento; de los ahogados en el intento no se nos da más que el número. Son gentes en lucha contra el mar, con el firme deseo de supervivencia, de llegar a Europa y alcanzar prosperidad para sus vidas. Lo mismo que los discípulos, pero sin llevar a bordo la seguridad contra todo riesgo y peligro en la persona de Jesús, aunque esté profundamente dormido.

Los discípulos no eran fugitivos en busca de libertad, ni clandestinos en busca de trabajo. Eran hombres de mar, pescadores de profesión en lucha por su supervivencia contra las olas, acompañantes del Maestro que duerme en la popa agotado por el trabajo. Los hombres de mar desconfían de sus conocimientos náuticos, pero acuden como única esperanza al Maestro con una queja a la vez impaciente y desesperada. *«¿No te importa nada que nos vayamos a pique?»*. Jesús tranquiliza primero los espíritus turbados con un contra reproche: *«¿Por qué tenéis miedo, hombres de poca fe?»*. Y después al mar *«¡Calla y enmudece!»*. El resultado fue la calma en las aguas y el viento, y la profesión de fe en los discípulos serenados: *«¿Quién es este?»*.

El relato de Marcos puede tener una lectura como de espectador desde tierra o como de protagonista desde dentro. Visto desde fuera se trata de unos hombres en peligro en unas aguas violentamente alteradas por fenómenos naturales. Así se suele leer este pasaje: como lector, como espectador. En realidad, había que leerlo como descripción metafórica de situaciones existenciales en la vida de todo hombre. Son múltiples las amenazas de hundimiento en la vida de cada individuo, creyente o no: la amenaza de una pandemia, de una enfermedad incurable, la penuria económica, la crisis en el matrimonio, los problemas con los hijos, el fracaso profesional en el negocio, en la amistad, en la fe, en la situación desesperada de la soledad... son momentos en que uno se siente solo e impotente ante el peligro y desearía tener allí la presencia poderosa de Jesús, aunque fuera dormido, porque nada grave puede suceder al que camina con Jesús, aunque parezca que duerme.

El recurso a Jesús no es una petición confiada: *“Señor, ayúdanos”*, sino una queja con enorme carga de amargura. Acuden a él en el peligro. Le llaman *“maestro”*, y con ello dan a entender que tienen fe en su poder para hacerse con la situación de peligro y dominarla. Pero Jesús piensa que su fe es insuficiente, tan pequeña como si de hecho no existiera. Porque quien piensa que debe llamar la atención de Dios sobre sus peligros o problemas, o le pone condiciones y le hace reproches, no cree en el verdadero Dios, providencia y amor, sino en un dios con defectos y distraído, en un dios que no existe.

Muchas veces luchamos con la vida y nos agotamos en vano mientras nos parece que Dios nos ha abandonado a nuestra suerte: *“Si Dios me ama, ¿por qué sufro, por qué estoy así, por qué precisamente yo?”*. Es la hora de la fe. Dios calla, pero el silencio de Dios nunca es despreocupación u olvido. Él ha prometido su presencia, pero no como receta mágica en cada situación, ni como seguro contra toda adversidad. Él pide fe en su presencia que significa una firme convicción: a los que navegan conmigo no les puede suceder nada malo, aunque yo duerma. *«No temáis, yo estoy con vosotros, permaneced vosotros en mí»*.

Cuando se ha tocado el fondo de nuestras posibilidades humanas, llega quizá la hora de la intervención de las posibilidades divinas. A veces noto que Él va conversando conmigo, incluso a veces lo veo que actúa en mi compañía, sin embargo, se, que, en la travesía de mi vida, en la pequeña barca en que navego, el piloto soy yo.

Los vientos que azotan mi vida son muchos, las olas se estrellan con fuerza y a veces parece que mi barca se va llenando de agua. Pero yo quiero ser un hombre de fe. Creo que Jesús va junto a mí. Tal vez duerma tranquilo recostado sobre un cojín en algún rincón de la nave, confiando en que soy sabedor de que junto a Él no hay fuerza capaz de hacerme naufragar.

Jesús fue quien me invito: *«Vamos a la otra orilla del lago»*. Encontrarás vientos propicios y vientos adversos, olas tranquilas y olas encrespadas; hallarás periodos de bonanza y periodos de tormenta y en más de una ocasión tendrás la sensación de estar a punto de naufragar. Más no dudes nunca que yo hago contigo la travesía.

Nos encontramos en medio de una terrible pandemia que asola a toda la humanidad y, tengo miedo. Estoy inquieto, nervioso, tenso, amedrentado y sobrecogido por el miedo. Mi fe a ratos se tambalea, creo que me contagiaré y mi final será inminente, que lo que me espera no es la *“otra orilla”* sino el fondo del mar: *¿Por qué tienes tanto miedo? ¿Aún no tienes fe?* El reproche es justo, a fin de cuentas, la salvación no procede de mis conocimientos, habilidades o destrezas, sino de quien puede acallar al viento y devolverme la calma.

DOMINGO XIII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Sabiduría, 1, 13-15; 2, 23-24): *La justicia es inmortal.*

Salmo (29, 2 y 4, 5-6, 11 y 12a y 13a): *«Te ensalzaré, Señor, porque me has librado»*

2ª lectura (2ª Corintios, 8, 7-9, 13-15): *Así habrá igualdad.*

Evangelio (Marcos 5, 21-24, 35b-43): *No temas; basta que tengas fe.*

«No temas; basta que tengas fe». «Tu fe te ha curado. Vete en paz y con salud». Con estas dos frases del Evangelio resume Jesús la confianza y la fe que han de mover nuestra vida, en la certeza de Dios Padre de todo bien. Dios lo hace todo nuevo, sana, cuida, y devuelve la vida, incluso cuando nos damos de frente con el muro de la misma muerte. Y es Jesús quien nos muestra y hace presente este Amor/Vida del Padre, para superar toda limitación, todo atentado contra la vida.

O sea, que lo más importante es la fe. No la confianza solo en nuestras fuerzas, proyectos y trabajos. Eso es necesario. Pero es más necesaria la apertura y confianza en Dios que quiere la vida para los suyos. Pablo VI pedía una fe plena, sin reservas, alegre, humilde, que se rinda al testimonio del Espíritu. Pues eso podemos pedir nosotros.

Dios es Creador de vida y de bien. La Sabiduría dice que todo lo ha creado para subsistir, no para un momento, sino para siempre. Y hace partícipe a las personas, que somos el centro de la creación. No es algo acabado, ni cerrado. Es la Vida en pleno dinamismo que hacemos posible también con esfuerzo y entrega. Por eso las criaturas son saludables, y por encima de ellas cada hombre, cada hijo de Dios, que somos su imagen. Somos llamados y creados para la vida sin fin, para gozar de la Bondad de Dios. Qué bien lo cantamos con confianza cuando decimos adiós a nuestros difuntos: en Manos de Dios te dejamos, en manos de Dios Padre y Madre.

Claro, que vivir gozando de este proyecto de Dios de favorecer la vida, implica de nosotros un estilo de vida, atento a los hermanos. Es el mandato del Amor a Dios en los hermanos. Pablo a los Corintios nos da una buena invitación a la generosidad, a compartir también los bienes con los demás, a ejemplo de Jesús que siendo rico se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza. No, no es un juego de palabras, es la grandeza de su Mensaje. Y aunque sabemos que se refiere Pablo a la colecta en favor de la Iglesia Madre de Jerusalén, el mensaje es claro: ser generosos para igualarnos, para ver siempre como propia la necesidad de los demás.

Marcos es un experto en narrar una buena historia a pesar de su estilo sencillo, un poco desconcertante y a veces un poco rudo. El relato de hoy tiene su protagonista: Jesús; tiene algunos personajes principales: un jefe de la sinagoga llamado Jairo y una mujer anónima que padecía de tiempo atrás una desgastante enfermedad. Dos ejemplos de vida: Una vida que se acaba con la muerte de aquella niña, y la otra que es como si no existiera, de la mujer enferma e impura. Es lo mismo.

Tiene también otros personajes que juegan una parte importante en el relato: la niña moribunda, la gente, el grupo de discípulos, unos criados, los tres discípulos más cercanos de Jesús, los que lloraban y causaban alboroto en casa de Jairo y que después se reírían de Jesús, la silenciosa y discreta madre de la niña muerta, y el coro final que queda lleno de asombro y a quien Jesús ordena no hablar, pero sí actuar. También hay otros antagonistas en la historia: no son otros seres humanos, sino la enfermedad y la muerte.

En la estrechez de la callejuela, debió de sonar a broma en los oídos de sus discípulos: «*Quién ha tocado mi manto*». Con tanta gente, empujando por estar cerca de ti, apretujándose y estrujándose unos con otros, ¿cómo se te ocurre hacer esa pregunta? Jesús observa, escruta, mira a todos, pero no ve a nadie en particular. Entonces la ve acercarse, asustada y temblorosa. Solo ella lo sabe y él también. Una mujer llena de fe sencilla, agotada por la enfermedad, empobrecida por los gastos, desalentada en su lucha por conservar la vida que literalmente se le iba escurriendo del cuerpo.

Sin nombre, como tantas mujeres; con timidez y a la vez con valentía, pensaba que con solo tocar la orla de tu manto encontraría alivio, confiesa avergonzada. Posiblemente la mujer fuese mucho mayor que él, pero, al dirigirse a ella, Jesús no le dice “mujer”, ni “tú”, sino «hija». Para quien habla del Reino de un Dios que es padre de todos, ella es ante todo una hija: «*tu fe te ha curado. Vete en paz y queda sana*». Una hija que puede estar en paz, puede dejar atrás su sufrimiento y su enfermedad, pero también su susto y su temblor, su silencio y su marginación. No más vergüenza y anonimato, no más silencio: «*Hija, todo esto ha ocurrido, no por mí, sino por tu fe. Tu fe te ha curado*».

Dios no hizo la muerte, ni se recrea en la destrucción de los vivientes, nos decía el autor del libro de la Sabiduría. Jesús es la Vida de Dios, transmite la vida, favorece la vida. Con su actuar Jesús nos muestra este Dios de vida que a todos nos llama a crear y favorecer la vida, y vida en abundancia. No hay mejor proyecto al que estemos llamados.

DOMINGO XIV DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Ezequiel, 2, 2-5): *Esto dice el Señor.*

Salmo (122, 1-2a.2bcd.3-4): *Nuestros ojos están en el Señor, esperando su misericordia»*

2ª lectura (2ª Corintios, 12, 7b-10): *Te basta mi gracia.*

Evangelio (Marcos 6, 1-6): *No desprecian a un profeta más que en su tierra.*

¿Habrán un pueblo que no sea rebelde y de cabeza dura? ¿Habrán alguna comunidad que no sienta más de una vez que sus hijos son testarudos y obstinados? Al menos para el profeta Ezequiel esto le quedó muy claro. Ni modo de hacerse ilusiones. Ni para qué pensar que el trabajo iba a ser fácil. Es a un pueblo así, con padres rebeldes, con personas de cabeza dura y con hijos tercos, a los que el profeta es enviado. Pero el Señor ama a ese pueblo, a pesar de todo lo que se pueda decir en su contra, y quiere hacerle participar de su vida. *«A ellos te envío para que les comuniqués mis palabras»*. Al profeta no le es posible volverse atrás, pues quien lo envía es el mismo Dios. Fue su Espíritu el que entró en el profeta. Fue él quien le hizo ponerse en pie y escuchar esa voz imposible de ignorar.

¿Dónde están los nuevos profetas? ¿Dónde los que se sienten llamados para hacer oír la voz del Señor? ¿Dónde los valientes que asumen la misión a pesar de saberse enviados a un pueblo rebelde y obstinado? ¿Dónde están los que no temen hablar aunque sepan que a veces son escuchados y a veces no?

Todas las personas que hemos sido bautizadas entramos por la filiación a la familia de Dios, nos revestimos de Cristo y recibimos su Espíritu. Cada uno de nosotros, en nuestro bautismo, fuimos ungidos y configurados con Cristo como sacerdote, profeta y rey. Somos pues, un verdadero ejercito de profetas e igual que Ezequiel, somos enviados a hablar al pueblo de Dios: La misión es irrevocable, pero el éxito no está asegurado. ¡Hay que ir y hay que hablar!

¿Por qué muchos callamos? ¿Nuestro silencio es fruto del olvido, de la dejadez, de la incomprensión o de una decisión? A lo que estamos llamados es a anunciar la Palabra del Señor. Palabra que es dirigida primero a nosotros y luego a nuestros interlocutores. Tal vez nuestras propias debilidades nos hayan encerrados en nosotros mismos. Es en nuestra propia debilidad donde se manifiesta el poder de Dios: *«¡Mi gracia te basta!»*. Pero, no hablamos solo de lo que ya vivimos, sino de lo que sabemos que todos debemos vivir.

Desde el inicio de su predicación, Jesús sabe que el Espíritu está sobre él. También él escuchó la voz de Dios que le enviaba a su pueblo con un mensaje de vida plena para todos. Después de su intensa actividad por las aldeas y alrededores del lago de Galilea, Jesús decide volver a su ciudad, a Nazaret. Vuelve a casa con los suyos, sus familiares Santiago, José, Simón, sus padres, sus vecinos. Y como hombre religioso que era Jesús acudió a la sinagoga el sábado y allí siguió predicando el Reino de Dios. No hacía nada nuevo Jesús en Nazaret, hablaba de lo mismo de lo que había hablado en las otras aldeas. La pregunta es por qué sus paisanos reaccionaron de esa forma tan negativa ante las palabras de Jesús.

El verbo *“despreciar”* es ciertamente fuerte. Es el que pronuncia Jesús cuando ve la reacción de sus propios vecinos. ¿Es simplemente la manifestación de un sentimiento de envidia hacia Jesús? No, no es solamente envidia (que también) sino una falta enorme de fe como así mismo lo afirma Jesús en el evangelio: se admiraba de su falta de fe. Los nazarenos no depositaron su fe en Jesús, no se fiaron que Él podía ser realmente quien decía que era y no dieron crédito a sus palabras, no las creyeron. En vez de escuchar y fiarse optaron por escandalizarse.

No es una historia nueva el rechazo que le tocó vivir a Jesús en la sinagoga de su pueblo. El rechazo a los profetas fue una constante en la historia del pueblo de Israel. Un elemento importante es que este rechazo de sus vecinos no desanimó a Jesús en su tarea, no le hizo abandonar. Y por eso curó a algunos enfermos y se marchó a otros pueblos de alrededor a seguir enseñando. Dios no se cansa ante las dificultades, sigue cada día actuando hasta que nos fiemos de Él, creamos en Él.

Pero queremos dejar bien claro que no queremos juzgar a los vecinos de Nazaret por su rechazo a Jesús. No, claro que no. Solo Dios juzga. Y ¿quién de nosotros está libre de alguna duda o falta de fe en Jesús? Más bien esta palabra de Dios nos tiene que iluminar, nos tiene que enseñar. Podemos aprender con este pasaje a pedirle a Dios que mantenga y fortalezca nuestra fe. Nos debemos fiar más de Dios. Que Dios también nos ayude a desterrar de nuestro corazón el sentimiento de la envidia y la dureza del corazón. Una y otra vez nos debemos repetir en nuestra oración que Dios solo quiere lo mejor para nosotros. ¿Por qué no nos vamos a fiar de Él?

Los siglos han pasado, las generaciones se han sucedido, la humanidad ha crecido de manera asombrosa en muchas cosas, pero hay cosas que no han cambiado tanto. Seguimos muy vivos los rebeldes, testarudos y obstinados... que a veces damos la espalda a Dios o nos sublevamos contra él. Pero, que no nos intimide nuestra debilidad. Dejemos que entre en nosotros el Espíritu, pongámonos de pie, miremos a nuestro alrededor, especialmente a los que conviven con nosotros y escuchemos la voz que nos dice: *«A ellos te envío»*.

DOMINGO XV DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Amós, 7, 12-15): *Ve y profetiza a mi pueblo.*

Salmo (84, 9ab-10.11-12.13-14): *«Muéstranos, Señor, tu misericordia y danos tu salvación»*

2ª lectura (Efesios, 1, 3-14): *Hemos recibido la redención.*

Evangelio (Marcos 6, 7-13): *Los fue enviando de dos en dos.*

Existe una distinción entre “enviado” y “militante” o “adepto”. Al enviado le caracteriza el hecho de que no actúa por su cuenta, sino que, obedeciendo a quien le envía, cumple lo que le ha sido encargado en el mismo momento del envío. Pero, al mismo tiempo, el enviado es un elegido por Dios o por Jesús por pura gracia, no por méritos, ni por ser más santo.

La elección es siempre el primer paso de una mirada que se fija en otro. Y esa mirada sorprende cuando del amor inmerecido proviene. El militante suele militar a favor de una causa y casi nunca es fruto de un amor que brota para promover a los demás, sino para que la ideología que sustenta la causa se vaya imponiendo no siempre sin algo de violencia.

Llama la atención que tanto Amós como los Doce no se quejan cuando Jesús les manda cómo han de cumplir lo que Él les indica. Y los enviados son enviados a unas misiones que les sacan de su círculo de confort. Eso sería motivo para quejarse y, sin embargo, obedecen a Dios y a Jesús probablemente porque se sienten agradecidos de haber sido elegidos por Dios y por Jesús desde un amor que es fuente de esa obediencia.

El evangelio refleja una exigencia de Jesús a los Doce que, especialmente para quienes somos seglares y para los que son consagrados, pueden parecer de un radicalismo que no es fácilmente compatible con las obligaciones ordinarias. Por lo mismo, conviene discernir. Y la radicalidad que pide Jesús a los Doce se traduce en una radicalidad de corazón que se fundamenta en un estilo y un comportamiento que atañe a todos los ámbitos de la vida: a las relaciones interpersonales, al nivel social en el que cada uno se encuentra, a la realidad económica.

Tanto la primera lectura como el evangelio ponen de manifiesto que los enviados por Dios y por Jesús a una misión, especialmente a la de proclamar que Dios ha decidido intervenir en la historia, son personas desinstaladas. Ser llamado a ser discípulo de Jesús (y todo cristiano lo es) desencadena un proceso de transformación de la existencia entera.

Las circunstancias históricas, culturales y religiosas de aquellos tiempos son muy diferentes a las nuestras. Pero, la unción bautismal que recibimos nos ha configurado con Cristo, el profeta por excelencia. De modo que sí, somos profetas. Una vocación muy hermosa, pero que con demasiada frecuencia preferimos soslayar. Bien sabemos que decir que somos profetas no quiere decir que vivamos o actuemos como tales. A veces ni nuestro estilo de vida ni nuestras palabras tienen el tono profético.

Parece que seguimos pensando que vivir como la mayoría y tratar básicamente de acuerdo con lo que se suele definir como políticamente correcto, nos hace estar automáticamente en el lugar debido. Ciertamente es más cómodo vivir así. La vida del profeta no solo causa incomodidad en los demás, sino que es una carga no fácil de llevar.

El profeta es ante todo el que habla en nombre de Dios, sabiendo que está en presencia de Dios; es el que interpreta la voluntad de Dios para una circunstancia determinada. Profeta es quien va creciendo en una sensibilidad divina y no puede callarse ante lo que parece discordante. Por eso el ejercicio de su vocación es incómodo y también por eso es sublime.

El asunto es que de todos modos somos profetas, pues para eso fuimos llamados: sacerdotes, profetas y reyes, desde nuestro bautismo. Si no llenamos los requisitos de tal vocación (como Amós), será nuestro problema, pero no podemos decir que el Señor no nos haya invitado a confrontar la historia y la cultura, la economía, la política, la religión y todo lo demás desde su propia óptica divina.

De nosotros y nuestra condición profética, no creo se pueda decir siempre lo mismo. Somos, muchas veces, profetas domesticados: ni vivimos delante de Dios, ni nos atrevemos a juzgar los acontecimientos desde la óptica divina, ni hablamos en su nombre. Es cierto que el profeta, antes de hablar, debe tener el valor de escuchar. Escuchar a su pueblo, pero sobre todo escuchar a Dios.

El profeta, el apóstol, el discípulo de ahora debe ser fundamentalmente pobre. No se apoya en sus recursos, sino en la fuerza del evangelio. No es a sí mismo a quien anuncia, sino al Dios que es la fuente y la meta de todo caminar humano. No somos ilusos luchadores contra molinos de viento. Tampoco nos enfrentamos en un combate personal, sino que nos sumamos al combate de Dios contra todas las fuerzas del mal que pretenden despojarnos de la gracia, sumirnos en el pecado y perdernos en la desesperanza. Somos profetas del único Dios, Padre de nuestros Señor Jesucristo que nos invita a colaborar con él en su plan de vida para todos.

DOMINGO XVI DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Jeremías, 23, 1-6): *Yo mismo reuniré a mis ovejas.*

Salmo (22, 1-3a, 3b-4, 5-6): *«El Señor es mi pastor, nada me falta»*

2ª lectura (Efesios, 2, 13-18): *Ahora estáis en Cristo Jesús.*

Evangelio (Marcos 6, 30-34): *Venid a un sitio tranquilo a descansar.*

Jesús de Nazaret suscitaba una fascinación y, al mismo tiempo, un respeto más allá de las formas habituales, porque lindaban y se internaban en el misterio de su persona. Tales emociones impulsaban a muchos a ir detrás de él. A otros –como algunos fariseos, algunos saduceos, o algunos zelotes– esas mismas sensaciones suscitaban sin embargo el miedo, el escándalo o el recelo. Pero aquellos que le seguían también adoptaban diversas actitudes, como las que indirectamente nos narra hoy el evangelista.

Pululando alrededor de Jesús, sin tener muy claro por qué, pero con la sensación de que había verdad tras sus palabras. Cansados tal vez de ser defraudados con promesas vanas, por programas e ideales vacíos, en el bombardeo de las apariencias del márketing diario. Impactados por el descubrimiento de lo que Jesús hacía, ansiando que se les pegara algo del bien que emanaba de su rostro. Conociendo tal vez demasiado a fondo, por delante de otros, el dolor y la maldad: de cerca, en sus casas o en sus barrios, o desde más lejos, en las noticias de guerras y pobreza sin sentido.

Los que volvieron a reunirse con Jesús para contarle todas sus andanzas, tenían muchas ganas de estar con él, porque lo conocían y sabían que todos sus esfuerzos por alcanzar otro mundo posible –y a pesar de las historias de fracasos que también querían relatarle– tenían en Jesús su meta, su razón de ser. Desalentados quizás por no ver frutos, o ni siquiera yemas en las ramas de este mundo: inviernos muy largos, años y años sin primaveras. Pero albergando también la esperanza tranquila que renace a cada encuentro con Jesús, donde se halla el reposo del corazón.

Dispersos, vagabundos, errantes, sin horizontes, o con metas cambiantes, cortas miras, ambiciones pasajeras, e impacientes escalas en mil aeropuertos, andaban desorientados. Intuyendo que esa vida no es, de las posibles, la más plena, y que escuchar a aquel Jesús de Nazaret quizás merece la pena. Como relata el evangelio, al desembarcar, Jesús sintió lo que sentían los que andaban dando tumbos, pero también conocía por dentro las frustraciones, las penas y las fatigas de unos y de otros, haciéndose por ello el pastor de todos. Jesús es pastor porque cuida de los que necesitan ser cuidados: de todos nosotros, cuando nos dejamos cuidar, cuando además de ir detrás de Jesús nos sentamos con calma junto a Él, para escuchar su Palabra.

El lamento divino por el maltrato a su pueblo lo lleva a anunciar (por medio del profeta) que él será quien vuelva a reunir a su rebaño, él será quien velará para que no les falte su pasto a las ovejas, él será quien les proporcionará pastores que de veras las apacienten para que puedan vivir en paz y no se pierda ni una sola de ellas. Jesús tendrá que reconocer que, siglos después de la época del profeta Jeremías, las cosas no han cambiado demasiado: las multitudes seguían como “*ovejas sin pastor*”.

En el pasaje del evangelio de Marcos de este domingo, los Doce regresan de un primer ensayo apostólico. Todos sentimos ganas de compartir las aventuras que un viaje trae consigo, los nuevos lugares, la gente, la comida, el clima, la manera en que fuimos acogidos y escuchados. Me imagino que los discípulos tenían ganas de hablar y comentar las incidencias de su misión. Más cuando ese viaje había sido hecho a invitación y mandato del mismo Jesús y ahora volvían a él para rendir cuentas de todo lo hecho y pedirle su consejo.

Jesús los ve llegar contentos pero cansados, ansiosos de compartir sus noticias y necesitados de un rato de cercanía con el Maestro: «*Venid conmigo a un lugar solitario, para descansar un poco*». Había que velar por la formación de esos pastores noveles que unirían sus empeños a los del mismo Jesús. Si bien el fracaso puede ser sumamente desalentador, el éxito también tiene sus costos. La evangelización es fuente de gozo, pero eso no significa que no traiga consigo desgaste y cansancio. Jesús lo sabe, lo ha experimentado y quiere que sus discípulos tengan la oportunidad de recrearse antes de continuar en su proceso de preparación, pues ellos tendrían que ser también pastores según el corazón de Dios.

Es muy triste constatar que, de entre aquellas personas que tienen una función directiva en una comunidad: los reyes, los políticos, los jefes y directivos de empresa, los presidentes de organizaciones, los sacerdotes y otros cargos semejantes (los que son llamados dirigentes, guías o pastores), más que preocuparse por los demás, miran siempre sus propios intereses. Ha pasado el tiempo y parece que todo sigue igual, que nada ha cambiado. Los términos “*pastor*”, “*rebaño*” y “*ovejas*” nos pueden parecer anticuados o fuera de lugar, pero ciertamente hay un servicio de autoridad que tiene que ejercerse siempre desde la compasión y la solidaridad, para buscar reunir a los dispersos y crear un solo cuerpo, un solo pueblo un solo hombre nuevo. «*Venid conmigo*». Vamos a él y vamos con él, porque es de él de quien podemos aprender.

SANTIAGO APÓSTOL, PATRÓN DE ESPAÑA

1ª lectura (Hechos, 4, 33; 5, 12.27-33; 12, 26): *Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres.*

Salmo (66, 2-3.5.7-8): *«Oh Dios, que te alaben los pueblos, que todos los pueblos te alaben»*

2ª lectura (2ª Corintios, 4, 7-15): *Todo es para vuestro bien.*

Evangelio (Mateo 20, 20-28): *El que quiera ser grande, sea vuestro servidor.*

Interrumpimos este domingo la lectura continuada del evangelio de Marcos, propio de este año, para celebrar la festividad de Santiago Apóstol, patrono de España. A lo largo de este año será muchos los que, por diversos motivos, vayan a Santiago de Compostela a ponerse a los pies del apóstol, que según la antigua tradición trajo el anuncio del mensaje de Jesús a los pobladores de las tierras de España en el siglo primero.

Llegarán gentes de muy diversos países, aunque la mayor parte, lógicamente, serán del continente europeo, por la proximidad geográfica y las raíces culturales comunes. Pero, no siempre los motivos que encaminan hacia Santiago son de tipo religioso, los hay también de tipo cultural para conocer el arte y las costumbres de los diferentes lugares que atraviesa el camino, y hasta motivos de carácter deportivo para probar la capacidad de caminantes, de ciclistas y de los peregrinos de diferentes edades.

La vida habitual de la mayoría de los seres humanos transcurre en un mismo lugar, con las costumbres y tradiciones heredadas y relacionadas con un círculo relativamente pequeño de personas. A lo largo de los años vamos almacenando recuerdos que van ocupando espacio físico y memorístico sin que nos demos cuenta. Sólo, cuando tenemos que cambiar de vivienda o de estilo de vida, nos percatamos de la cantidad de cacharros que hemos ido almacenando y del montón de hábitos y prácticas que constituyen nuestra forma de ser y de relacionarnos con los demás.

Cuando llegan esos momentos y tenemos que dejar cacharros hábitos y costumbres, nos damos cuenta de lo frágiles que somos. Pero también descubrimos que el verdadero tesoro, el que no se destruye, viene con nosotros; es lo que somos cada uno. Una de las cosas que resulta siempre más difícil a la hora del discernimiento es tener que elegir entre varias cosas que nos parecen todas buenas, o deber abandonar algo o a alguien que apreciamos mucho, que nos parece fundamental y necesario en nuestra vida.

Nunca resulta sencillo abandonar costumbres y viejas creencias para comenzar un camino nuevo; mucho menos si en ese abandono entra además dejar puestos de poder y de privilegio. Esto es lo que les sucedió a los judíos, sobre todo a sus dirigentes, en tiempos de Jesús y de la predicación apostólica. Dejar de ser el pueblo elegido por Dios, reconocer que han hecho asesinar a su enviado y que también los paganos son hijos de Dios, era demasiado. Había que borrar toda huella del nazareno y tratar de silenciar a sus discípulos, que no mostraban ningún respeto a su autoridad.

Pero el verdadero camino que el Maestro Jesús había iniciado con el anuncio de la Buena Noticia a los pobres, con la curación y liberación de los oprimidos y que había concluido con la entrega de su vida en la cruz, no podía silenciarse. El Espíritu, que Jesús había prometido y que los apóstoles habían acogido en Pentecostés, transformó a ese grupo, temeroso y encerrado, en audaces testigos de la resurrección de Jesús: el final del camino no es la muerte, sino la vida nueva a la que todas las personas somos invitadas por la conversión de nuestro corazón, y esta gran noticia había que darla a conocer por el mundo entero.

A nosotros nos suele pasar que cuando pedimos algo, lo hacemos sobre todo con afán de almacenar, tener más cosas, más poder, mejor situación material... Difícilmente nos planteamos que la petición vaya acompañada de algún tipo de abandono. Por eso, ante la petición que la madre de Santiago y Juan le hace a Jesús, éste le contesta: *«No sabéis lo que pedís»*.

Jesús, con su ejemplo de servidor universal, invita a que todos sus seguidores hagamos lo mismo en medio de las sociedades que nos toca vivir. De este servicio se beneficiarán las personas que aparezcan en nuestro camino, sobre todo si es un servicio, desinteresado, a todas las causas justas de la humanidad. Y puesto que, *«Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad»*, el servicio que debemos prestar a la humanidad es la defensa de la verdad, de la vida y de los derechos de los más débiles y desfavorecidos.

Ese será el verdadero y buen camino que hemos encontrado escuchando a Jesús y a sus seguidores que, como el apóstol Santiago, desde la debilidad fueron testigos de la fuerza y el poder de Dios que resucitó a Jesús de entre los muertos.

DOMINGO XVIII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Éxodo, 16, 2-4.12-15): *El pan que el Señor os da de comer.*

Salmo (77, 3 y 4bc.23-24.25 y 54): *«El Señor les dio un trigo celeste»*

2ª lectura (Efesios, 4, 17.20-24): *Vestiros de la nueva condición.*

Evangelio (Juan 6, 24-35): *Yo soy el pan de vida.*

El hambre y la sed que todas las personas tenemos nos ayudan a subsistir en el mundo, a poder desarrollar nuestro cuerpo, sobre todo, si estamos alimentados convenientemente sin abusar de la comida ni de la bebida. También podemos hablar del hambre y de la sed de otras cosas: de las que dan verdadero sentido a nuestra vida, de las que aportan experiencias de plenitud, de las que colman el ansia de vivir.

Este es nuestro primer signo de comunicación con el exterior nada más nacer. Lloramos si tenemos hambre, dormimos cuando la comida nos ha dejado satisfechos. A los pocos meses comienzan los otros signos: ser contemplado por las personas que vamos reconociendo como cercanas y asiduas en nuestra vida cotidiana.

La necesidad de caricias, de besos nos irá haciendo comprender lo que es ser amado para poder amar también nosotros y expresarnos con sonrisas, con miradas cómplices, con tocar y agarrarnos a los dedos de las personas que sentimos cercanas a nosotros y a las personas que nos cuidan cada día.

Cuando vamos socializándonos fuera de nuestras familias vamos mostrando y reconociendo otras hambres y la necesidad de beber en otras fuentes. Ya no es solo el hambre y la sed físicas; está el hambre de saber, de encontrar respuestas a lo que acontece dentro y fuera de cada uno. Deberíamos añadir también de cada lugar del planeta ya que nunca ha sido lo mismo en todos los países y en todos los continentes.

Pero parece que hay unas constantes: la mala distribución de bienes y de tareas, así como el acaparar las riquezas naturales de cada lugar y no compartir las nuestras con los demás. Por ello mueren de hambre y de sed millones de personas al faltarles la alimentación de sus cuerpos y los recursos para lograrlos en sus tierras. El mercado manda, pone sus condiciones y destruye los alimentos que no producen dinero.

Cuando las personas queremos comprobar nuestra fuerza de voluntad, nuestros límites ante lo que se nos presenta como necesario y casi obligatorio, consideramos que es necesaria la experiencia de pasar hambre: ayunar o vivir con lo mínimo necesario para que se despierten en nuestro interior otras “hambres”. El hambre de buscar en nuestro interior lo que se ha dormido: ser más persona y no tener más cosas u ocupaciones que las faciliten. La sed de encontrarnos con otras personas para buscar juntos por esos caminos de solidaridad y de justicia universal. El hambre y la sed por vivir todos y no por eliminar a los que sobran.

La gente iba buscando a Jesús. Muchos los habían seguido por los signos que le vieron realizar en favor de los enfermos y Jesús les respondió con un signo más: los alimentó con los panes y los peces que un muchacho puso en sus manos. La generosidad de aquel joven, la acción de gracias de Jesús y la compasión del Padre hicieron que unos pocos panes y unos peces alcanzaran para saciar a aquella multitud y aun sobrarian suficientes pedazos para llenar doce canastos.

Este signo extraordinario desembocó en el deseo popular de hacer rey a Jesús. Él se retiró de nuevo a la montaña, solo. Y después discretamente se reunió con sus discípulos eludiendo a la muchedumbre. La gente suponía, con razón, que Jesús y sus discípulos habían regresado a Cafarnaúm y nos dice el evangelista que la gente fue hasta allí a buscar a Jesús.

«No me andan buscando por haber visto signos, sino por haber comido». Jesús les habla de sus afanes en buscarlo, como de un trabajo realizado para conseguir el pan que se acaba. Como acaban de comer los panes y los peces, hace alusión al maná que Moisés les dio a sus antepasados. Aquél no fue un signo de un solo día, sino que se repitió en una larga etapa del peregrinaje por el desierto. Tal vez ellos estarían pensando en que Jesús podría seguir multiplicando el alimento para todos.

No fue un don de Moisés, fue un don de Dios. Por eso les invita a cambiar y enfocar sus afanes en el otro alimento, el que dura para la vida eterna. Ahora, Dios les está ofreciendo un pan mejor: es aquél que baja del cielo y da la vida al mundo. Un pan que es Él mismo, enviado de Dios y que bajó del cielo.

«Yo soy el pan de vida». Sí es a Jesús a quien hay que buscar. Pero no hay que confundirlo con ideas o explicaciones, con comida u otros dones, con obras u otros signos. Es a él en persona a quien hay que buscar. El que va a Él y cree en Él nunca volverá a tener hambre ni sed.

Somos buscadores de Dios. Sin duda, lo podemos decir en voz alta. Pero nuestros intereses pueden ir desde los dones que de él recibimos, hasta los signos que esperamos, las explicaciones a nuestras dudas o la orientación sobre nuestro quehacer. ¿Buscamos a Jesús? *«La obra de Dios consiste en que creer en quien él ha enviado».* Creer, que es poner nuestra confianza en el enviado de Dios y no en nuestras propias cualidades, capacidades o relaciones: *«El que cree en mí nunca tendrá sed».*

DOMINGO XIX DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (1º Reyes, 19, 4-8): *Levántate y come, que el camino es superior a tus fuerzas.*

Salmo (33, 2-3.4-5.6-7.8-9): *«Gustad y ved qué bueno es el Señor»*

2ª lectura (Efesios, 4, 30 – 5, 2): *Desterrad de vosotros la amargura.*

Evangelio (Juan 6, 41-51): *Yo lo resucitaré el último día.*

Elías emprende su camino a través del desierto hasta el monte de Dios y, como Israel en el éxodo, experimenta las dificultades del camino, ha perdido la esperanza y llega al extremo de pedir a Dios que le quite la vida. El profeta se ve agobiado por una misión que le supera y así Elías cae dormido, se rinde. Pero entonces un mediador divino le anuncia que todavía tiene un largo camino por delante y le trae un pan y nos dice la lectura que la fuerza de aquel pan le llevó a caminar hasta el monte de Dios, al encuentro con Dios, a las mismas fuentes de la religión israelita. El pan de Dios ha sido para Elías fuente de esperanza y fuerza para el camino, o sea, fortaleza para llevar adelante la misión.

La Palabra de Dios continua con el tema del pan de vida. Algunos de entre la gente que había comido el pan multiplicado por Jesús se irían satisfechos a sus casas. Hoy vemos este pan como el que da vida, el alimento que hace recobrar la esperanza, el alimento para nuestro caminar. Y los que lo buscaron quedarían contentos con la invitación que Jesús les hizo de buscar el pan que da vida verdadera y que no es otro que, el mismo. El pan que baja del cielo y da la vida al mundo, el pan que es Palabra y es Sabiduría, pero Palabra y Sabiduría que tenemos que acoger en la fe, si no nos puede pasar como a aquellos que criticaban a Jesús porque había dicho: *«yo soy el pan bajado del cielo»*, y la fe es un don de Dios: *«Nadie viene a mí si mi Padre no le atrae»*.

Es preciso dejarse atraer por el Padre para acercarse de veras a Jesús. El que conoce algo del Padre se deja llevar por Él hasta Jesús, su enviado. Quienquiera que haya escuchado al Padre y haya aprendido algo de Él, se acerca a Jesús. Pero estar físicamente cerca de Jesús no basta. Tampoco basta conocerlo superficialmente. Hay que estar dispuesto a creer en él para alcanzar la vida eterna.

Ya que este alimento de vida eterna que es el Pan Palabra-Sabiduría, no es otro que el Pan de la Eucaristía, *«el pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo»* y el que come de este Pan tiene ya la vida eterna y es garantía de resurrección. El Pan que baja del cielo, Pan Palabra-Sabiduría y Pan Eucaristía cubre las aspiraciones más profundas del hombre, de un hombre creado para la vida y que, a consecuencia del pecado vive la experiencia de la muerte, porque el que cree tiene ya la vida eterna, una vida eterna que comienza ya en esta porque el que come de este Pan no morirá para siempre.

Si, en algún momento de nuestra vida, las preocupaciones, las tareas y afanes, las contrariedades y desalientos que enfrentamos, parecen sumirnos en la desesperación, recordemos que tampoco en ese sentimiento estamos solos. El profeta Elías se sintió harto de toda fatiga, y le llegó la depresión: *«Basta ya, Señor, Quítame la vida»*. Un poco de pan y un jarro de agua fueron los símbolos de la fortaleza que Dios comunicaba a su profeta: *«Levántate y come, porque aún te queda un largo camino»*. Aquel alimento fue suficiente para que Elías caminara “cuarenta días y cuarenta noches” hasta el Horeb, el monte de Dios.

Hoy, Jesús nos dice que él nos está ofreciendo un alimento mejor aún. No es otro maná, ni son tampoco los panes y los peces con los que sació a la multitud. El pan que nos da es su propia carne. No se trata de sus enseñanzas, ni de sus obras, ni siquiera de su estilo de vida. Es su misma vida, su existencia, su ser. No tiene como meta el monte de Dios, sino Dios mismo.

La Iglesia que nace de la Eucaristía es el sacramento de salvación para la humanidad, porque hace presente la obra salvadora de Jesús en medio del mundo, pero también la Iglesia como su fundador está escondida por los velos de la Encarnación y siendo santa es también pecadora y por ello, necesitamos hoy más que nunca un testimonio que sea convincente ante los hombres y mujeres de nuestro tiempo, testimonio que daremos acogiendo en la fe el Pan Sabiduría-Palabra y alimentándonos con el Pan de la Eucaristía.

Participar por la fe en ese pan que es Jesús es permitirle que vaya transformando nuestra pobre y frágil vida en su misma vida, la vida que dura para siempre. Sin duda, una de las necesidades más fundamentales del ser humano es la de la alimentación para poder sostener la vida. Hay una preocupación constante para que llegue a nuestra mesa el alimento cotidiano. Pero más allá de esa necesidad asoma otra. Porque por más que tuviéramos asegurado el alimento para cada uno de los días de nuestra vida, no tenemos asegurada la vida misma.

La pregunta, pues, no es solo acerca de si tenemos comida para seguir viviendo un tiempo más, sino si tendremos vida para seguir comiendo un poco más. **¿Cuánto tiempo más tenemos de vida?**

SOLEMNIDAD: LA ASUNCIÓN DE MARÍA

1ª lectura (Apocalipsis, 11, 19a; 12, 1.3-6a.10ab): *Una mujer vestida de sol.*

Salmo (44, 10bc.11-12ab.16): *«De pie a tu derecha está la reina, enjoyada con oro de Ofir»*

2ª lectura (1ª Corintios, 15, 20-27a): *Primero Cristo, como primicia.*

Evangelio (Lucas 1, 39-56): *Bendita tú entre las mujeres.*

En alguna de estas largas y calurosas noches del verano, tumbados sobre la arena de una playa o sobre el césped de algún jardín, contemplando en el cielo la lluvia de las llamadas “lágrimas de san Lorenzo”, hayamos soñado con mil deseos y proyectos. Pensando en eso que la ciencia denomina “el efecto mariposa” y esperando hayan terminado los desastrosos efectos que la pandemia llamada “*COVID19*” ha ocasionado en este mundo: muerte de seres queridos y conocidos; secuelas que han quedado en las personas que sufrieron esta enfermedad; una tremenda crisis económica con cierre de comercios, desempleo, hambre, desconcierto y soledad.

No hace mucho tiempo oí decir que la esperanza no existe (es claro que lo decía un ateo); solo quedaba, insistía él, el amor, entendido como calidez humana en esta tragedia que compartimos. Para este individuo no había esperanza, sino solo pequeños motivos para vivir con pequeñas cuotas de felicidad. Si llevamos este planteamiento filosófico hasta sus últimas consecuencias, la esperanza que afirmamos los cristianos no deja de ser un sueño infantil, un deseo que nace de nuestra debilidad. Comparando con las edades del mundo, ¿qué suponen setenta, ochenta años o noventa años? Según este planteamiento, ¿estamos amenazados de desesperanza?

La fe cristiana afirma todo lo contrario: ¡hay esperanza porque hay futuro!, y ¡hay futuro porque hay esperanza! Una esperanza que no brota de nuestros pueriles deseos, sino de un don inmerecido: el Padre Dios ha resucitado a su Hijo Jesús. San Pablo dice que la muerte es un enemigo y que ha sido aniquilado para siempre por la Resurrección de Jesucristo. Si la esperanza naciera de nuestra debilidad, sería débil; si naciera de nuestros deseos de inmortalidad sería una utopía humana. Pero no, la esperanza nace en la persona de Jesús, que en su debilidad es fuerte y en su vida real, pasa por la muerte. La última palabra es de Dios, y Dios dice: ¡vida para siempre!

Hoy celebramos la popular fiesta de “*La Virgen de Agosto*”, la fiesta de la Asunción de María, pueblos enteros se alegran hoy al honrar a la que es Madre de Dios y madre nuestra. Queremos que esté con nosotros en nuestros pueblos y en nuestras casas. Queremos ser abrazados por su amor de madre. Con ella, y alrededor de ella, también nosotros queremos abrazarnos como hermanos. Eso es lo que ella quiere. Eso es lo que queremos también nosotros.

María, desde el instante de la Anunciación, vivió para la voluntad de Dios y para el servicio a los necesitados. María respondió a la propuesta divina: *«Aquí está la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra»*. Y el evangelio nos dice que María se dirige a la montaña, a un pueblo donde vive su pariente Isabel, a la que llamaban estéril, y que está embarazada ya de seis meses, porque para Dios nada hay imposible. El evangelio hace notar que María fue “*aprisa*”, presurosa, con diligencia, con empeño. La primera actitud de María, en cuanto Dios entra en su vida, no es de autocomplacencia, sino el servicio al necesitado. María se pone a servir a su prima embarazada y con ella permanece unos tres meses. Solo después volverá a casa.

Cuando estas dos mujeres, visitadas por Dios, se encuentran y abrazan, nace en ellas, con el gozo del encuentro, la alabanza al Creador en un canto: *«¡Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios mi salvador; porque ha mirado la humillación de su esclava!»*. Y María nos deja un hermoso himno que la Iglesia reza todos los días al caer la tarde. María recoge en su canto la esperanza de los pobres de la tierra, y proclama la grandeza del Señor, que derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes, que a los hambrientos colma de bienes y a los ricos los despide vacíos. Así es Dios, así obra Dios y así lo proclama María. Y con ella queremos y debemos proclamarlo también nosotros.

San Pablo centra nuestra fe cuando pone a Jesucristo vivo como fundamento de la esperanza cristiana. María participa de la victoria de su Hijo. Ella ha sido *«asunta a los cielos»*. La mujer que acogió en sus entrañas puras al autor de la vida, no puede conocer la corrupción, la destrucción, el aniquilamiento. El final de sus años como mujer mortal no supone el final de su vida. En la tradición ortodoxa, los iconos pintan a Jesucristo resucitado llevando en su regazo a una niña envuelta en unos lienzos: a su madre. Cristo glorioso abraza y acoge en la Vida que es él mismo, a su propia madre.

¿Qué podemos celebrar en la Asunción de María? Si la madre está en el cielo, ¿cuál es nuestro destino sino el cielo? Si María goza ya del triunfo de su Hijo, ¿cómo no esperar que también sea ese nuestro destino? Comenzábamos diciendo que algunos creen que «estamos amenazados de desesperanza» cuando, en realidad, «estamos amenazados de esperanza» por la Resurrección de Cristo, y por la Asunción de María.

DOMINGO XXI DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Josué, 24, 1-2a.15-17.18b): *Escoged hoy a quién queréis servir.*

Salmo (33, 2-3.16-17.18-19.20-21.22-23): *«Gustad y ved qué bueno es el Señor»*

2ª lectura (Efesios, 5, 21-32): *Sed sumisos unos a otros con respeto cristiano.*

Evangelio (Juan 6, 60-69): *¿También vosotros queréis marcharos?*

Por la coincidencia de solemnidades festivas con domingos, nos hemos perdido parte de la reflexión de lo que Juan, llama en su evangelio *«El discurso del Pan de Vida»*. Hoy leemos el final del este relato que el evangelista comenzó con la “multiplicación de los panes y los peces”, del domingo XVII del Tiempo Ordinario, y que no pudimos reflexionar por coincidir con la festividad de Santiago apóstol, patrón de España.

La gente pensaba que seguía a Jesús, pero en realidad lo que buscaba era el “pan que les dio a comer”. En el relato evangélico de hoy, el Maestro, se queda sin gente porque la mayoría de ellos no sienten necesidad del pan vivo que Jesús les ha ofrecido y se marchan a buscarlo por otros caminos. *«¿También vosotros queréis marcharos?»*. Jesús ayuda a sus discípulos a tomar conciencia de que no todo se sacia con el alimento material. Hay un hambre de vida que merece un esfuerzo mayor y más radical, y Él es quien también puede saciarnos de esa hambre.

«Mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida». No se trata de acercarse solo físicamente a Jesús, sino de llegar a creer en él verdaderamente. Se trata de afianzar la propia existencia en su persona y aprender a asimilarlo cotidianamente. Jesús nos pide que nos hagamos uno con él, pero no solo mediante la fe, sino mediante esa comunión de vida que se logra en el comer. Es el Padre quien nos atrae hacia esa fuente de vida que es su Hijo: *«Nadie puede venir a mí si el Padre no se lo concede»*, nos lo había dicho Jesús y ahora lo reitera.

Pero hay que saber distinguir entre los dones de Dios y el Dios de los dones. A fin de cuentas, parece decirnos que no siempre estamos buscando lo que decimos estar buscando, pues se esconden muchas otras motivaciones en nuestra conducta y hay que tratar de clarificarlas bien. Lo cierto es que hay un hambre de vida eterna, de una vida segura, permanente, sin las limitaciones y fatigas de la vida actual, y esa hambre queda saciada por el pan que es Jesús: *«Él es el pan de vida»*.

Como podemos ver, en el desenlace de este largo discurso hay una historia de revelación progresiva por parte de Jesús, y nos muestra, también, diversas reacciones: hay personas que vieron sus ocultas intenciones puestas al descubierto; otros se refugiaron en la murmuración, la discusión y el descrédito; algunos discípulos se escandalizaron y dejaron de seguir a Jesús: *«se echaron atrás y ya no querían andar con él»*. Otros, en fin, alentados por las extraordinarias palabras de Pedro, se mantuvieron firmes en el seguimiento, no porque hubieran comprendido completamente a Jesús sino porque lo amaban más allá de las dudas que sus palabras pudieran suscitar en ellos.

Jesús ha venido para darnos vida y nos la da en abundancia, pero no siempre sabemos acogerla porque estamos viviendo solo para nosotros mismos. Jesús quiere compartir los sentimientos que experimenta en su caminar junto a nosotros. No siempre todos tenemos hambre de pan al mismo tiempo ni necesitamos la misma cantidad. Cuando nos encontramos con alguien por el camino, aparte de saludarnos, aprovechemos para preguntarle si lleva alguna cosa que se nos había olvidado o se nos había terminado, y nosotros le ofreceremos de lo que llevamos. Por ejemplo: tiempos de silencio y de reflexión; espacios de soledad y de compañía; momentos de dar y de recibir.

Estamos terminando el mes de agosto, muchos de nosotros acabando el período vacacional, y pensando ya en el comienzo de una nueva etapa. Volvemos al trabajo, a los estudios, a encontrarnos con la gente de todos los años. ¿Habrá sorpresas? ¿Va a haber algún cambio? En la etapa nueva, hay que decidir si nos valen los mismos objetivos que en la etapa anterior y en qué situación volveremos todos a reemprender la marcha, sobre todo si durante las vacaciones hemos pensado en tirar para adelante por otro camino y, tal vez, con otras personas diferentes.

A lo largo del período más largo del año, el que transcurre entre unas vacaciones y otras, nos sucede como cuando vamos de excursión: habrá que hacer paradas para charlar y alimentarnos con las aportaciones de los demás. Así es también la vida del creyente: tratar de lograr los objetivos propuestos en el trabajo de cada jornada, salir al paso de los obstáculos que encontramos mientras trabajamos, mientras gozamos y sufrimos con las personas de casa, de fuera, del trabajo o del estudio. Y parar, parar cada semana, para mirar la realidad que vamos construyendo entre todas las personas.

Cuando logramos el objetivo que nos habíamos propuesto lo celebramos, poniendo en común nuestra experiencia con las personas que comparten con nosotros la suya de esas jornadas o del mismo objetivo si ellos ya la habían realizado en otro momento. Así lo hace Jesús con sus discípulos cuando está con ellos y lo hace con nosotros en la Eucaristía de cada domingo: comamos todos de este pan que agranda nuestra vida y potencia nuestras capacidades para hacerlo llegar a todos los rincones de la tierra.

DOMINGO XXII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Deuteronomio, 4, 1-2.6-8): *Practicar la justicia y no hacer mal al prójimo.*

Salmo (14, 2-3a.3bc-14ab.5): *«Señor, ¿quién puede hospedarse en tu tienda?»*

2ª lectura (Santiago, 1, 17-18.21-22.27): *Todo don perfecto viene de arriba.*

Evangelio (Marcos 7, 1-8.14-15.21-23): *Las maldades salen de dentro.*

Dios nos ha mostrado su rostro en Jesús, al que queremos seguir. Con Jesús caminamos por la vida hacia la Vida. Atentos a cada momento, y atentos a las personas con quienes vivimos. Porque Dios nos ha dado su plenitud para que hagamos una familia, un pueblo, capaz de escuchar y cumplir sus decretos. Viviendo la fe y buscando la unidad, creando lazos de bien y de entrega, es posible hacer de la vida una realidad donde nos sintamos queridos. Le dice Dios a Moisés: *«escucha y cumple, que así vivirás y tomarás posesión de la tierra»*. O sea, es preciso el trabajo, la acción, el poner por obra todo lo que Dios nos da –no por nuestros méritos, sino por puro Amor– para que dé fruto, para que se cree vida.

El Amor de Dios a su Pueblo, es sabiduría e inteligencia, algo que reciben. Solo tienen que responder y vivir como lo que son: un pueblo en el que Dios está presente, que les ha dado su identidad, sentido, tierra para vivir, y el don de la libertad. Ese pueblo somos, estamos llamados a ser, todos nosotros: miremos cuál es nuestra respuesta.

Para esto hemos sido creados. Para *«hospedarnos»* en su tienda, como rezamos en el salmo. Y teniendo ese estilo de vida propio de quienes quieren compartir la Voluntad de Dios. Qué expresivas son las acciones, lo que hay que hacer, para no fallar: proceder honradamente, practicar la justicia, no hacer mal al prójimo, tener intenciones leales... Todo son indicaciones para nunca fallar a ese Amor de Dios en los hermanos.

En definitiva, que *“obras son amores”*, que ser de Jesús es poner en el centro de todo a cada persona, de modo que las cosas y los afanes de la vida no desplacen lo más importante, que es la Vida para sus hijos. Todo bien y beneficio nos es dado, dice Santiago, y hemos de aceptar la Palabra que es capaz de salvarnos, pero hay que trabajar siempre y bien para que así sea, para que se cumpla su Voluntad. Dios pide nuestra entrega y esfuerzo para hacer su Pueblo, donde todos puedan hospedarse como hijos.

La vida de los cristianos está llamada a ser, con Jesús, además de la creencia en unas ideas que son necesarias, un compromiso y práctica de todo lo que favorece el bien, la vida y la comunión. No podemos caer en unas prácticas vacías de vida, que a nadie ayuden. La *“religión”* pura está en el obrar, en atender a los necesitados, y en no mancharse las manos con este mundo. Jesús recuerda lo que nos dijo Isaías: *«Hay que honrar a Dios con el corazón, no con los labios»*; hay que enseñar el mandato de Dios y no las doctrinas humanas, que tantas veces son equivocadas.

Todos somos testigos de la pasmosa facilidad con la que algunos interpretan la mente de otras personas, y en su nombre, piden, invitan, mandan, exigen o amenazan a los demás para que haga o dejen de hacer tal o cual cosa. Desde las bien conocidas situaciones familiares: *“Si haces esto, tu papá se va a enojar”*, dice la mamá al niño; los reclamos en los ámbitos escolares: *“Si no se porta bien y deja de hacer eso, le voy a mandar al despacho del sr. director”*, dice el profesor al alumno. Generalmente, lo que se pide es algo bueno, pero no deja de llamar la atención la manera utilizada. No se busca convencer por la bondad de lo pedido, ni tampoco se invierte la propia autoridad, sino que se recurre a alguien diferente, ordinariamente un superior; para conminar a la observancia de un mandato.

Mas sorprendente resulta que algunos parecen hablar en nombre de Dios con relativa frecuencia: *“¡Niño! No seas malo que el Señor te va a castigar”*, con demasiada facilidad se amparan en la voluntad divina para comunicar o exigir un mejor comportamiento. Hoy es el mismo Jesucristo quien cuestiona esa manera de interpretar la voluntad divina por parte de escribas y fariseos. Ellos pretendían conocer con certeza lo que Dios quiere de cada persona y, más aún, lo que quiere en los asuntos más triviales y cotidianos de la vida.

No creo que Jesús estuviera *“alabando”* a sus discípulos por comer con las manos sucias, de ninguna manera. Lo que sí hace es constatar que hay otro tipo de limpieza que es mucho más necesaria. La confusión de tradiciones humanas con mandamientos divinos es muy peligrosa. A los ojos de Jesús es más importante una actitud respetuosa ante la voluntad divina y una actitud más caritativa frente a los hermanos que yerran. Jesús pone en guardia a escribas y fariseos, pero también a la gente que le rodea, a sus discípulos y por lo tanto a nosotros también, ya que hay que cuidar mucho más lo que sale del corazón que lo que entra en el estómago.

La Ley del Señor es un beneficio y un don perfecto. La mente del Señor no está ocupada en que hagamos bien el aseo o nos lavemos con cuidado. Esas son cosas buenas, pero no bastan. La mente, la voluntad de Dios es que tengamos vida y por lo mismo nos muestra el camino hacia esa meta, el cual pasa por el doble mandamiento del amor a Dios y al prójimo: *«Escúchenme todos y entiéndanme»*. Nos ha dicho hoy Jesús.

DOMINGO XXIII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías, 35, 4-7a): *Sed fuertes, no temáis.*

Salmo (145, 7, 8-9a, 9bc-10): «*Alaba, alma mía, al Señor*»

2ª lectura (Santiago, 2, 1-5): *No juntéis la fe con el favoritismo.*

Evangelio (Marcos 7, 31-37): *“Effetá”, esto es “Ábrete”.*

En las lecturas de hoy, el profeta, Isaías y el evangelio en concreto, nos habla de dos verbos de comunicación: *oír* y *hablar*. Ambos tienen que ver con la comunicación humana verbal. Podemos hablar sin que nadie nos escuche; pero si hablamos es con la esperanza de que nuestro mensaje llegue a unos destinatarios. Podemos vivir encerrados, ajenos a las preocupaciones y a los proyectos de otros; pero lo que realmente nos hace más humanos es la posibilidad de la comunicación: entablar un diálogo; escuchar y proponer. La cerrazón empobrece; la apertura enriquece.

También en la vida religiosa es necesario que la *escucha* y la *palabra pronunciada* vayan en consonancia para que haya comunicación. Dios habla y el ser humano tiene que escuchar; a su vez, Dios escucha cuando el ser humano se dirige a él en la súplica, en la alabanza, en la oración. La Biblia se entiende como diálogo entre el Dios de la historia que nos busca, y las distintas respuestas del ser humano, unas positivas y otras negativas, a Dios. El profeta Isaías anuncia un futuro donde, entre otras maravillas naturales como el que corran torrentes por la estepa, todos verán que Dios restaura las comunicaciones rotas.

En este contexto nos podemos preguntar: ¿nosotros nos comunicamos con Dios o hemos cortado las líneas posibles de diálogo con él? ¿Escuchamos la palabra de Dios tal como se nos presenta, en su claridad y exigencia, o la modelamos y encubrimos para hacerla más acomodaticia? Puede ser que tengamos sanos los *oídos físicos*, pero seamos *duros de oído* para las propuestas de Dios. Puede ser que *hablemos* cuando exponemos nuestras inquietudes y deseos, pero *callemos* cuando el mensaje es duro y exigente.

La lectura del apóstol Santiago viene como *anillo al dedo*. Una reunión litúrgica donde los creyentes asisten para celebrar la fe y los sacramentos. Alguien se levanta para separar en grupos según la *acepción de personas*, según su nivel *económico y social*. ¿Qué debe hacer el cristiano que *escucha* la Palabra de Dios en su corazón? La *escucha* atenta lleva a la *denuncia* del pecado, a la defensa pública de la justicia, a promover en todo lugar gestos eficaces de humanidad. De esta forma también hoy los *mudos enmudecidos* y los *sordos endurecidos* recuperaran la comunicación y la humanización que quiere Dios.

El pasado domingo, escuchamos que Jesús se dirigía a la gente exclamando: «*Escúchenme todos y entiéndanme*», y hoy nos presenta a un hombre incapaz de oír a causa de su sordera e inepto para hablar. Un hombre, en buena medida, incomunicado tanto para entender todo lo que pasa en lo exterior, como para expresar todo lo que bulle en su interior. Este hombre no va a Jesús. Naturalmente no ha escuchado hablar de él y quizás otras personas hayan tenido dificultad para comunicarle lo que podía esperar de ese hombre que va pasando por la región en la que ellos habitan. Él no va a Jesús, lo llevan. Tampoco puede rogar expresamente por sí mismo; otros suplican en su nombre.

La Ciencia ha avanzado hoy considerablemente, como se han inventado métodos para el entendimiento y la comprensión, pensamos que ese problema ya no existe. Pero, para quienes no hemos experimentado personalmente esas dificultades, es difícil imaginar lo que todo esto significa: ser llevado, ser puesto ante otro, mirar sin comprender, observar que sus guías algo dicen, pero no saber de qué se trata.

La gente está expectante, quiere ver ese contacto físico que, procediendo del profeta galileo, esperan le traiga la salud a aquel hombre; y vaya que Jesús va a tocar al enfermo. A pesar de que nos ha dicho que quiere que todos lo escuchemos y lo entendamos, lo aparta de la multitud, probablemente conduciéndolo por la mano, y lo lleva a un sitio alejado donde su súplica será escuchada solo por Dios y sus gestos percibidos solo por el hombre.

La gente, sus discípulos, incluso nosotros mismos, oímos, pero no siempre escuchamos; creemos entender, pero nuestra capacidad de comprensión es, a todas luces, insuficiente. Quedan todavía muchos oídos endurecidos. Sí, se escuchan los sonidos, pero el sentido no. Permanecemos sordos ante los gritos de las víctimas de la injusticia, de la pobreza, de la persecución, de la intolerancia, de la corrupción, de las guerras, de la violencia, de la marginación, de la soledad y de tantas cosas más. Parece ser que para esos gritos cerramos nuestros oídos para no escucharlos y que no nos moleste. Sin embargo, todos hablamos y decimos por dónde deben ir y que debe hacer: *los demás*.

«*¡Effetá!*». Deja que Jesús abra tus ojos para que puedas ver y mirar el maravilloso mundo que se te ha confiado. «*¡Effetá!*». Deja que Jesús abra tus oídos para que entiendas y así puedas escuchar a los que están a tu alrededor. «*¡Effetá!*». Deja que Jesús abra tu lengua para que así puedas hablar de misericordia y ternura, de justicia, de amor y de paz.

DOMINGO XXIV DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías, 50, 5-9a): *Mirad, el Señor me ayuda.*

Salmo (114, 1-2.3-4.5-6.8-9): *«Caminaré en presencia del Señor en el país de la vida»*

2ª lectura (Santiago, 2, 14-18): *Por mis obras, te probaré mi fe.*

Evangelio (Marcos 8, 27-35): *Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?*

Les llevó su tiempo. Y es que no era nada fácil. Les llevó su tiempo a los discípulos empezar a intuir la identidad más profunda de su Maestro. Tiempo y un par de preguntas en el camino: *«¿Quién dice la gente que soy yo?»* ... *«Y vosotros. ¿Quién decís que soy yo?»*.

Para la gente Jesús es un profeta, el más reciente, el más antiguo o algún otro. No había mucho espacio a confusiones: no era un político, tampoco un militar; no es un hombre de negocios, ni un doctor de la Ley; no es un sacerdote, ni un simple agitador. Sus palabras y sus obras les ayudan a todos a comprender a Dios de una manera nueva. Se saben acogidos, y se sienten bien en su compañía, entienden sus palabras y los deja boquiabiertos con las fuerzas y signos del Reino que anuncia: **¿Habrá regresado el profeta Elías? ¿Habrá resucitado Juan el Bautista? ¿Será otro profeta?**

Los discípulos presienten que hay algo más. Para ellos Jesús es más que un profeta. Y Pedro es quien se atreve a decir en voz alta su opinión: *«Tú eres el Mesías»*. Jesús ni aprueba ni desaprueba esa expresión, pero no quiere que sus discípulos difundan eso. No podemos comprender todas las razones que Jesús tendría para pedirles silencio. Pero, podemos suponer que una de ellas era que detrás de la palabra “Mesías” se podían poner muchas imágenes y expectativas, y no todas ellas entraban en el plan divino de salvación.

Jesús era un verdadero maestro y utilizaba cualquier momento para enseñar a los suyos. Y el camino, el camino físico, era una de las “aulas” preferidas de Jesús. Mientras se desplazaban de una aldea a otra, de Galilea a Judea, cualquier ocasión era buena. En este caso mientras se dirigían a las aldeas de Cesárea de Filipo (noreste del lago de Galilea, cerca ya de Siria).

En esta clase Jesús trata de que sus discípulos tengan clara cuál es su identidad. Es lógico, si luego tenían que ser sus sucesores y predicar en su nombre, debían saber bien quién era Jesús. La respuesta correcta la pronuncia solo Pedro: Jesús es el Mesías. Pero es una respuesta como de libro, muy de teoría, los discípulos aún no saben realmente qué significa ser el Mesías, por eso Jesús manda silencio, que de momento no cuenten nada.

Y justo después Jesús empieza a explicarles qué significa ser el Mesías. No es un título de gloria, prestigio y honor. No es un título de poder y riqueza. No, el Mesías es un enviado de Dios con una misión muy distinta: hacer presente en el mundo el amor que Dios tiene para con la humanidad. Pero para llevar a cabo esa misión, el Mesías deberá pasar un camino de sufrimiento, dolor, desprecio y muerte.

Solo al final de ese camino está la Resurrección. Jesús se identifica así con el siervo sufriente que describió Isaías y que hemos escuchado en la primera lectura. Pedro se revuelve contra esta explicación de Jesús: no puede entender cómo un enviado de Dios tiene que ser humillado de esa manera. No, no era fácil entender eso, ni imaginar y entender el camino que Jesús anuncia: ¿Por qué “era necesario” pasar por el rechazo, el sufrimiento y la muerte? Y si esa no es la voluntad del Padre.

Los primeros cristianos, nuestros antepasados en la fe, tuvieron que lidiar con esta pregunta igual o incluso más intensamente que nosotros. Las palabras tan duras de Jesús sobre Pedro persiguen que aprendamos bien la lección: Dios elige unos caminos que los hombres a veces no entendemos. Jesús tampoco quiere sufrir. Lo que busca es ser fiel. Dar testimonio fiel del Reino de su Padre. Vivir la justicia que anuncia en coherencia fiel. Relacionarse con su Padre y con todos nosotros en un amor fiel.

El final del Evangelio nos puede ayudar mucho. Sobre todo, antes de fijarnos en lo que viene después conviene detenemos en la invitación de Jesús: *«si alguno quiere venirse conmigo»*. Jesús no nos obliga, Dios nunca obliga, siempre invita. Podemos escoger cualquier camino en nuestra vida, buscando nuestra realización y felicidad.

El camino de Jesús es una invitación, no es una oferta cualquiera porque tiene condiciones: coger la propia cruz, negarse a sí mismo y seguirlo. Pero este camino sí que asegura la felicidad. Porque en este camino el que te invita no te abandona, no te deja solo, te acompaña, se inclina a tu lado para llevar tu cruz, te sostiene, te enjuga las lágrimas, está a tu lado. Esta es la invitación de Jesús para cada uno de nosotros. Merece la pena aceptarla.

Quizás anunciar, vivir y amar de esa manera puede costar la vida. ¿Acaso puede alguien salvar su vida? El que eso pretenda, solo la echará a perder. La perderá ahora y la perderá para siempre, nos enseña Jesús. La vida no se salva tratando inútilmente de conservarla, sino entregándola generosamente para que otros viva. Quien la entrega en el seguimiento de Jesús y del evangelio que Él nos propone, ese es quien la salva. Quizás sea hora de preguntarnos nosotros: **Y tú ¿Quién dices que soy yo?**

DOMINGO XXV DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Sabiduría, 2, 12.17-20): *Lo condenaremos a muerte ignominiosa.*

Salmo (53, 3-4.5.6 y 8): *«El Señor sostiene mi vida»*

2ª lectura (Santiago, 3, 16 - 4, 3): *No tenéis, porque no pedís.*

Evangelio (Marcos 9, 30-37): *Quien quiera ser el primero, que sea el último.*

Los adultos importantes, los líderes del mundo, “*juegan a la guerra*”, mientras que muchos escuchamos, aprobamos o reprobamos, sus palabras, y muchos otros sufren las consecuencias de sus juguetes. El presidente de la nación más potente del mundo; los líderes más pequeños con grandes arsenales de bombas enormes; o los políticos de este país donde vivo, exportan legalmente al año más de 4.000 millones de euros en armas.

Ellos entienden la guerra como un juego de estrategia: y en toda buena jugada también caben errores, llamados “*daños colaterales*”. Nos dicen que no entendemos de geopolítica, de seguridad nacional, de amenazas externas e internas y de equilibrios de fuerzas a gran escala, insistiéndonos a la vez en la labor humanitaria que realizan nuestros ejércitos, y nos tratan como niños, llamándonos ingenuos. Nosotros, que ingenuamente nos ponemos a indagar si tras esos daños colaterales habrá rostros, nombres, vidas segadas por la guerra, reclamamos justicia oponiéndonos a sus acciones militares.

Los sabios que entienden de conflictos internacionales llaman simples como niños a los que aman la paz y creen solo en la fuerza de las buenas obras, la sinceridad, la docilidad, la misericordia. Ellos solucionan los problemas para que nosotros, como niños alegres y confiados, podamos vivir sin preocupaciones. La alegría y la confianza caracterizan a los niños, es cierto, pero su motivo no es la indiferencia o la ignorancia, sino una forma de ver el mundo más limpio, más humilde, más bello. Un niño, como aquel a quien Jesús abrazaba, mira buscando a otros niños, con quienes jugar de verdad, para hacer amigos.

Volver a la ingenuidad, sencillez, alegría y confianza infantil es el camino que nos propone el Evangelio. Para cambiar un mundo donde hay hombres que matan a otros cuyo rostro no conocen, o no sería tan fácil jugar con sus vidas. Para dejar de hacernos los importantes jugando a tener poder como los adultos, y descubrir que vale más acoger el amor de Dios y servir a nuestros semejantes.

Porque solo un niño sabe acoger a otros como niños, y ayudarles a serlo: para cambiar el mundo hay que aprender jugando a ser niños y enseñar a “*jugar a la paz*”. El pacifismo, además, parece un movimiento de otra época, cuando no había terroristas en nuestras ciudades y las cosas eran menos complejas. Pero... ¿Y si un terrorista se inmolara llevándose por delante a tu hermano?

«*¿Quién dice la gente que soy yo?*», preguntó Jesús a sus discípulos. Había que clarificar las expectativas populares y las de sus discípulos: «*un profeta... el Mesías*». Nos dice el evangelista que Jesús no quería que la gente lo supiera, pues iba instruyéndolos en privado. Por segunda vez les habla de lo que le espera, aunque les asegura que el desenlace es la resurrección. Pero, aunque Jesús va concentrado en la enseñanza, los discípulos no parecen muy concentrados en el aprendizaje.

Los discípulos venían conversando, más bien discutiendo durante el camino. ¿Acerca de qué? «*¿De qué discutáis por el camino?*». Como niños descubiertos en alguna travesura, los discípulos optan por el silencio. Mientras Jesús les habla de padecimientos y de muerte, ellos vienen discutiendo quién es el más importante del grupo de discípulos. Marcos no es muy caritativo con ellos. Los suele presentar muy desfavorablemente, hasta parece regodearse al decirnos que no comprendían, que tenían la mente ofuscada, que eran “*de poca fe*” y otras cosas por el estilo.

¿Y si Marcos no estuviera hablando solo de los Doce sino de los discípulos de todos los tiempos? O sea, ¿si estuviera hablando de usted y de mí...? Quizás a veces he discutido real o metafóricamente acerca de mi propia importancia, lo cual ya es bastante humillante, pero creo que a veces me he pasado buena parte de mi “*camino*” discutiendo de cosas aún más irrelevantes. ¿De qué están hechas nuestras conversaciones?

¿De qué hablamos y discutimos con quienes nos acompañan en el mismo camino de la vida? Muchas veces hablamos de nuestras envidias y rivalidades. Discutimos acerca de lo que no tenemos y a otros les sobra, de cómo somos mejores que ellos, aunque nadie nos lo reconozca; hablamos con altivez de lo malvada o perversa que es tal o cual persona, ante la que yo me siento bueno, santo y justo, aunque sé perfectamente que no lo soy.

A veces no es la maldad de nuestras conversaciones, sino la trivialidad de las mismas, la que hace difícil responderle a Jesús cuando nos pregunta: «*¿De qué discutáis por el camino?*». Pero Jesús no nos da tregua: El más importante no es quién sabe o tiene más, el que es más influyente o mejor parecido, el que es más famoso o importante, sino el que sirve más a todos y, además sabe acoger a los que no cuentan, como ese niño al que acoge en su regazo.

DOMINGO XXVI DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Números, 11, 25-29): *Ojalá todo el pueblo fuera profeta.*

Salmo (18, 8.10.12-13.14): *«Los mandatos del Señor son rectos y alegran el corazón»*

2ª lectura (Santiago, 5, 1-6): *Condenasteis y matasteis al justo.*

Evangelio (Marcos 9, 38-43.45.47-48): *El que no está contra nosotros está a favor nuestro.*

Muchos se apoyan en el texto de la carta de Santiago y algunos textos más, como el profeta Amós o la parábola de Epulón, para sacar conclusiones tajantes sobre la riqueza y la vida desahogada. Parecen entender en esos pasajes que Dios maldijera la riqueza como algo negativo en sí mismo. No cuentan con otros pasajes en los que Jesús se relaciona con personas ricas sin criticar ni rechazar esa condición.

Sí es cierto que no es el estilo de Dios la vida como exhibición de poder y riqueza. De Dios, que es el dueño de todo, solo decimos que es rico en misericordia. Para nada habla Jesús de un Dios que abrume con sus muestras grandiosas, y el despliegue de su autoridad con formas de poder externo. La exageración de Dios se pone en su ternura, su familiaridad, su capacidad de compadecerse y ponerse en la situación del otro para entender, en su contexto, todo lo que le afecta y siente.

También es verdad que la falta de medios está incluida en la situación de quienes se experimentan necesitados. Pero es el rasgo incluyente de esta palabra, “necesitados”, la que refleja mejor la intención de Jesús cuando se dirige a cualquiera que está abierto a los demás y a Dios desde la perspectiva de saberse eso, “necesitado”. Porque es la mejor expresión de lo que somos los seres humanos, seres que nos sabemos incompletos, siempre aspirantes a la felicidad, experimentando nuestras limitaciones y, como el pobre, abiertos a pedir y recibir ayuda de quien pueda prestárnosla.

Epulón es descalificado, no por ser rico, sino por estar cerrado a la realidad ajena y no escuchar el clamor del pobre. Zaqueo, rico en dinero, es un pobre hombre atrapado en la soledad, desconectado de todos y empequeñecido por la ambición. Lo que importa es estar abierto a los demás. Unas veces para recibir la ayuda que necesitamos, otras para aportar nuestra colaboración en lo que otros necesitan. Porque ese es el reto siempre presente en la Biblia y la referencia que mide la sinceridad de nuestra experiencia religiosa.

Dios está siempre pendiente de nuestras necesidades. Su Alianza es el compromiso que adquiere de no dejarnos nunca solos en la búsqueda de solución a los problemas que tenemos los humanos. Su Ley es la expresión de esos problemas y necesidades en forma de solución y buscando también nuestro compromiso para implicarnos en ella. Su voluntad, es decir, lo que Dios quiere, se entiende cuando caemos en la cuenta de lo que necesitamos quienes formamos la Humanidad.

Y hay muchos no creyentes también implicados en esta tarea, aunque no sean seguidores de Jesús, pero sí son oyentes del clamor humano que es la Palabra que Dios más utiliza para llamarnos y convocar a la tarea de la historia. No se lo impidamos ni los descalifiquemos. También ellos son humanistas humanitarios, y a veces, más realistas, inteligentes y eficientes.

En esta época de gran respeto a las libertades individuales a veces hasta nos resulta ofensivo que nos prohíban algunas cosas, por más que tales prohibiciones parezcan estar justificadas. Por todos lados son visibles letreros con leyendas como las siguientes: “Prohibido el paso”. “Prohibido estacionarse”. “Prohibido fumar”. “Prohibido entrar con alimentos”. “Prohibido pisar el césped”... Y tantos más con los que se intenta controlar una u otra situación.

A estas hay que añadir las que nos acompañan desde la más tierna infancia en el hogar: “No tires la comida”. “No llores”. “No juegues con las tijeras”. “No te chupes los dedos”. “Recoge tus juguetes”... Y también las de la escuela: “Está prohibido copiar”. “No debes faltar al respeto a tu profesor”. “No golpees a tus compañeros”. “No hagas trampas en el deporte”... Y así sucesivamente. Vamos creciendo y vamos cambiando de ambientes, pero las prohibiciones parecen acompañarnos constantemente.

También en la religión están muy presentes: desde el “No comerás del fruto del árbol del bien y del mal”, pasando por muchas prohibiciones para la vida social y cultural de los israelitas. Sorprende que tanto Moisés como Jesús se hayan opuesto a añadir una pequeña prohibición más. Moisés parece incluso divertido ante el arrebato prohibicionista de Josué: *«Señor mío, prohíbeselo»*. La respuesta de Moisés debería grabarse en las oficinas de todos los líderes de cualquier tipo de comunidad: *«Ojalá que todos fueran profetas y descendiera sobre ellos el espíritu del Señor»*. No harían falta policías y jueces si no hubiera delincuentes. No harían falta gobernantes si toda persona fuera completamente capaz de actuar siempre bien.

Juan pensó hacerle un favor a Jesús al prohibir aquella acción. Pero Jesús pensaba de manera diferente: *«No se lo prohíban»*, el que hace el bien en mi nombre no va a hablar mal de mí. Y añade una sentencia: *«Todo aquel que no está contra nosotros, está a favor nuestro»*. A fuerza de tanto esfuerzo por encauzar la libertad puede que hayamos cometido el error de acabar de paso con la creatividad para hacer el bien.

DOMINGO XXVII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Génesis, 2, 18-24): *No está bien que el hombre esté solo.*

Salmo (127, 1-2.3.4-5.6): *«Que el Señor nos bendiga todos los días de nuestra vida»*

2ª lectura (Hebreos, 2, 9-11): *No se avergüenza de llamarlos hermanos.*

Evangelio (Marcos 10, 2-16): *Serán los dos una sola carne.*

«*No es bueno que el hombre esté solo*». Es la pregunta que el autor del libro del Génesis, pone en boca de Dios tras la Creación. ¡Cuántas veces, a lo largo de los siglos, hemos experimentado, a veces con gran dolor, ese sentimiento de soledad! Es cierto que necesitamos espacios de soledad para ahondar en el sentido de nuestra vida y nuestro quehacer. El silencio y la soledad ocasional son apetitosos y deseables. Pero el aislamiento total es un castigo insufrible.

«*No es bueno que el hombre esté solo*». Y esa soledad humana no se llena con las cosas, aunque estas sean muchas y valiosas. Las cosas pueden ser objetos que se admiran, se desean, se adquieren, se almacenan, se utilizan, se disfrutan y quizás se desechan. Pero nunca llenan suficientemente el vacío causado por la soledad.

Más cercanos y amables nos resultan los animales. Desde tiempos inmemoriales los seres humanos hemos tenido un trato singular con estas criaturas y muchas de ellas nos llegan a ser muy queridas. A la utilidad de los animales domésticos, hemos unido el cariño de algunas mascotas que nos resultan valiosas en ciertos momentos de gozo, de tristeza o de hastío. Pero ninguno de ellos es un ser semejante al hombre.

La soledad del hombre no se resuelve ni con las cosas ni con las criaturas animadas. Dios lo sabe. El hombre lo experimenta. La única ayuda real para superar la soledad del hombre es otro ser humano. Para un varón es una mujer: Compañía, ayuda, complemento. La mujer es creada como ayuda para superar la soledad existencial del varón: «*Es hueso de mis huesos y carne de mi carne*». ¡Se pertenecen mutuamente! «*Y creó Dios a los seres humanos a su imagen; a imagen de Dios los creó; varón y mujer los creó. Y los bendijo Dios...*». Creados, varón y mujer, a imagen de Dios, llevan en sí la impronta del amor que vence toda soledad.

Dios no está solo. Jesús nos ha revelado el misterio de la comunidad divina que llamamos «*Trinidad*». Tampoco es bueno que el hombre esté solo pues ha sido creado y llamado a una vida de comunidad con otros seres humanos. Una comunidad que no se agota en el mutuo reconocimiento, sino que necesita la experiencia de un amor multiforme. La soledad se vence solo con el amor interpersonal: con el amor conyugal, maternal o paternal, filial, fraternal, de amistad, con el amor generoso que brota de la misericordia y la ternura.

El domingo pasado la Palabra de Dios nos invitaba a encontrarnos con los que son diferentes a nosotros en las acciones que todos realizamos en favor de los más débiles. Este domingo se nos invita a caminar en la misma dirección todos los que hemos decidido compartir nuestras vidas en un mismo proceso de vida y de fe. En esta sociedad son muchas las personas que viven solas en su casa por diferentes motivos: la muerte de la pareja, el fracaso en el matrimonio, la falta de un proyecto de vida con otros. Pero cada persona somos también sentimientos: necesitamos amar y ser amados, mostrar hacia otras personas la compasión y sentirnos sanados por su acompañamiento.

En los tiempos que corren está claro que son las mujeres las que están progresando en el terreno de los estudios, de la investigación y de las ciencias sociales. Los hombres parecemos bastante más acomodados en los puestos que hemos heredado de poder sobre otros, del gobierno de los pueblos y de la economía que rige los destinos de los pueblos. Por supuesto que no se trata de ninguna lucha por ver quién está por encima de quién; así nos lo muestran los colectivos de mujeres que se movilizan cada año en torno al 8 de marzo, día de la mujer trabajadora, proponiéndonos la recuperación de derechos y la conquista de la igual dignidad para las mujeres y para los hombres de todo el planeta y en todos los sectores de la sociedad.

Cuando la biblia habla de los orígenes de las personas pensábamos que la pareja hombre y mujer era el paradigma de referencia, pero no es así. Pablo hablará de la unión de Cristo con su esposa la Iglesia. Los padres y las madres lo referirán a sus hijos y a sus hijas «*están todos muy unidos*». También en el caso de los amigos decimos: «*somos como una piña*».

La experiencia nos va haciendo descubrir que nuestra vida depende de lo que se nos ha regalado gratuitamente y de lo que vamos construyendo cada uno de nosotros con la ayuda inestimable de los demás. La vida, podemos afirmar, es don y tarea. Es el llamar por su nombre (reconocer) a cada ser humano. El tener en cuenta a la otra persona, dándole cabida en tu vida, y hacerle partícipe de tus proyectos y de escucharle cuando menciona tus errores. Esto que el evangelio lo refiere a la familia y a sus relaciones, debemos referirlo a toda relación humana. Nadie debemos estar por encima de nadie, y además ser capaces de denunciar y proponer los servicios necesarios para que cualquier persona humana sea restablecida en su dignidad de hija de Dios.

DOMINGO XXVIII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Sabiduría, 7, 7-11): *Invoqué, y vino a mí el espíritu de sabiduría.*

Salmo (89, 12-13, 14-15, 16-17): *«Sáclanos de tu misericordia, Señor y toda nuestra vida será alegría»*

2ª lectura (Hebreos, 4, 12-13): *No hay criatura que escape a su mirada.*

Evangelio (Marcos 10, 17-30): *Así tendrás un tesoro en el cielo.*

La Palabra de Dios nos anima este domingo a considerar la Sabiduría de Dios como la mayor de las riquezas que puede tener el hombre y cómo esta Sabiduría nos tiene que llevar al seguimiento radical de Jesús que es Sabiduría de Dios hecha carne.

La primera lectura nos presenta un elogio de la Sabiduría, de la que el autor bíblico dice que es la mayor de las riquezas, porque, con la Sabiduría, compartimos ya en este mundo la vida misma de Dios. Las riquezas, los bienes materiales, que en Israel se consideraban una bendición de Dios, hay que relativizarlos y considerarlos a la luz de la Sabiduría, son necesarios para la vida del hombre en esta tierra, por lo que no pueden ser un bien absoluto, no pueden constituir la auténtica esperanza de los hombres. Mientras los necios buscarán la posesión de grandes riquezas, el que elija la sabiduría habrá elegido una vida digna y llena de sentido que hará que veamos de otra manera la vida y la muerte; el dolor y el hambre; el sufrimiento y la desesperación.

Por tanto, la labor del discípulo será buscar la Sabiduría y esto solo lo podremos hacer buscando el encuentro con Jesús, Sabiduría de Dios hecha carne, por lo que la búsqueda de la Sabiduría nos tiene que llevar al seguimiento, pero el seguimiento de Jesús es radical, no admite medias tintas, es lo que nos presenta el evangelio en este relato de aquel joven que se acerca a Jesús queriendo “heredar la vida eterna”, Jesús le remite al mínimo indispensable: “cumple los mandamientos” y, además, Jesús le matiza insistiendo en aquellos mandamientos que hacen referencia a los hermanos, lo que quiere decir que a Dios solo se le puede amar en la persona del hermano.

Aquel joven cumplía todo aquello desde pequeño y Jesús lo miró “con cariño”, con una mirada, posiblemente, profunda y cariñosa a la vez y, entonces, le invita a seguirlo, pero para seguirlo tiene que renunciar a sus bienes, pues el seguimiento de Jesús exige renuncia, desprendimiento, abnegación. Y aquello era demasiado para aquel joven que era muy rico, las riquezas lo lastraban para poder seguir a Jesús, era demasiado, según su escala de valores, lo que tenía que renunciar.

Aquel joven buscaba una Sabiduría sustentada en el cumplimiento literal de una serie de leyes, como él había hecho desde pequeño. Frente a esta actitud, la afirmación de Jesús es clara: «¡Qué difícil es para los que confían en las riquezas entrar en el Reino de Dios!».

La esperanza del hombre, la esperanza del discípulo no puede estar sustentada en el dinero o en los poderes humanos, pero el discípulo no puede desentenderse del mundo, sino que deberá asumir el compromiso de utilizar los bienes y las riquezas de este mundo desde la justicia y la solidaridad con los más empobrecidos, desde el desprendimiento hará visible en este mundo los cielos nuevos y la tierra nueva hacia la que caminamos.

Yo no creo haber dejado todo por seguir a Jesús. Tampoco tengo demasiadas cosas. Sin duda hay algunas que debería repartir con los pobres. Lo único que puedo decir es que me he sentido mirado y amado por Jesús. Me parece haber escuchado su invitación y he intentado seguirle. Pero necesito preguntarme una y otra vez ¿en qué o en quién he puesto mi confianza?

Me ha costado mucho llegar a convencerme de que yo no puedo hacer nada por conseguir la vida eterna, porque eso no está bajo mi control. Sé, muy bien, lo difícil que es liberar el corazón de toda clase de apegos, que a fin de cuentas son las riquezas en las que pongo a veces mi confianza. No puedo forzar las puertas del Reino de Dios para ingresar en él, ni puedo tampoco salvarme a mí mismo por más esfuerzos que haga.

Mi confianza está en la mirada llena de amor que el Señor me ha dirigido, a pesar de mi nada. Yo no soy rico ni llegué corriendo a buscarlo, como el joven del evangelio; tampoco puedo decir que haya guardado todos los mandamientos desde mi juventud, quizás más bien lo contrario. Pero tampoco me he retirado entristecido y apesadumbrado.

¿Habrá algún valiente que pueda decir que ha dejado todo por seguir a Jesús? Estoy convencido de que sí los hay. Corre por nuestras venas una fuerza que nos lleva a poner nuestra confianza solo en Dios. Agradecemos y utilizamos responsablemente los bienes que nos han sido dados y los que obtenemos con nuestro trabajo, pero nuestra seguridad no depende de ellos. Sabemos compartir, solidariamente, con quienes más nos necesitan, compartimos nuestros bienes, pero también nuestro tiempo, nuestros talentos, nuestra alegría, nuestra fe, nuestra esperanza, nuestro amor.

No podemos hacer nada por alcanzar la vida eterna. Eso no está al alcance de nuestros esfuerzos personales. Lo único que podemos es tener las manos lo suficientemente vacías para acoger ese regalo que el Señor nos ofrece, porque sabemos que nos ha mirado con amor.

DOMINGO XXIX DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías, 53, 10-11): *Se saciará de conocimientos.*

Salmo (32, 4-5.18-19.20 y 22): *«Que tu misericordia, Señor, venga sobre nosotros»*

2ª lectura (Hebreos, 4, 14-16): *Mantengamos la confesión de la fe.*

Evangelio (Marcos 10, 35-45): *El que quiera ser grande, sea vuestro servidor.*

A la hora de mirar nuestra vida, un aspecto fundamental es nuestra relación con los otros: con los más cercanos y los que me rodean. ¿Cómo me llevo con ellos? ¿Qué estaría, o no estaría, dispuesto a hacer por ellos? Dicho de otra forma: los otros sí que importan, y condiciona de forma directa mi vida. Puedo vivir solo pensando en mí o puedo vivir pensando en los demás. El “vivir para mí” (yo, lo mío), o el “vivir para los demás” es, sin duda, una forma de “estar en la vida”.

Podemos dar un paso más. Si, en definitiva, nuestro comportamiento habitual, recurrente, repetido y público indica lo que somos y lo que pensamos, nuestra relación con los otros manifiesta nuestros valores morales y nuestras opciones personales: ¿el otro me quita o me aporta?, cuando soy generoso, ¿pierdo o gano? Cuando gasto tiempo, o dinero, o esfuerzo, con los demás, a cambio de nada, ¿estoy perdiendo el tiempo, el dinero, de lo mío o estoy haciendo un mundo más humano? Hay muchas personas que saben que la vida solo tiene sentido si se da a los demás, sin esperar nada a cambio.

Demos un tercer paso: el de la fe, más en concreto, la fe cristiana. ¿Uno puede ser un buen cristiano si está cerrado a los demás, a sus sufrimientos, a sus proyectos? ¿Uno puede decir que cree en el Dios amor, si en su vida ordinaria no piensa en nadie, no hace un mínimo esfuerzo por nadie? ¿No será que el amor cristiano tiene que ver, necesariamente, con la forma de entender nuestra vida?

Muchas veces los cristianos hemos hecho una separación entre la fe que se cree y la vida ordinaria, como si fueran dos mundos independientes. Algo así como si podemos mantener una fe ortodoxa, correcta, bien planteada y defendida, sin que afecte a nuestro día a día. Dos mundos paralelos que se desconocen, sin entrar en conflicto.

La Palabra de Dios presenta tres lecturas que tienen un elemento en común: la vida como entrega a los demás. El profeta Isaías nos habla del Siervo de Yahveh, que *«justifica a muchos»* porque carga con sus pecados, aunque no tuviera pecado. Hebreos nos habla del *«sacerdocio de Cristo»*, que entendió su vida como entrega amorosa (él no conoce el pecado) y nos capacita para entrar en el trono de la gracia de Dios. Marcos concluye su evangelio con unas palabras de Jesús: *«el Hijo del Hombre no ha venido a servir, sino a dar su vida en rescate por muchos»*.

¿Acaso podemos entender de otra forma la cristología, la vida salvífica y salvadora de Jesús, si no es a partir de su entrega amorosa y libre? Más aún, ¿podemos ser cristianos nosotros, si no entendemos también nuestra vida desde esta perspectiva de apertura y de entrega amorosa a los demás? Son caminos de Evangelio, de la verdadera vida.

El deseo de los hijos de Zebedeo (Juan y Santiago) de sentarse a la derecha e izquierda de Jesús, cuando llegara a su gloria: ¿sería puro afán de poder? No lo sé. Pero Jesús no les reprocha ese deseo. Les dice, sí, que no saben lo que piden. No sé si vaya a haber asientos en el cielo, creo que ni siquiera va a ser necesario, pero ojalá todos tengamos esa santa ambición, la de estar lo más cerca posible de Jesús, ahora y siempre.

Querer estar junto a Jesús es estar expuesto, junto con Él, a pasar las pruebas que él tuvo que pasar. La metáfora del bautismo no es muy elocuente, pues no se trata de un rito litúrgico, sino de saber estar sumidos, sumergidos, en lo mismo que él ha de afrontar, el misterio del sufrimiento y de la muerte, con todo lo que conlleva de desolación, angustia, sufrimiento moral y físico, experiencia de soledad y, en último término, la misma muerte.

Lo que no resulta tan evidente en la petición de Santiago y Juan, aparece clamorosamente en la actitud de los otros diez, los indignados. Parecería que no escucharon hablar a Jesús de pruebas y de bautismo. Su coraje y envidia, es muestra clara de que ellos sí aspiraban al poder, lo deseaban, lo codiciaban. Por eso la enseñanza de Jesús es también para esos diez (no solo para los dos) y de paso para nosotros también.

Conocemos muy bien cómo suele ser la actitud de quienes nos gobiernan, cualquiera que sea su color. Gobiernan como si fueran dueños, dice Jesús, y muchas veces se llevan a otros entre las patas: oprimiéndoles. *«No debe ser así entre vosotros»*. Palabras fuertes, palabras claras, que sin embargo se han diluido, como otras muchas palabras de Jesús en los acomodados que hacemos de ellas a nuestras circunstancias.

Gobernantes cristianos en la política, en la economía, en la educación, en la cultura y por supuesto en la religión, hemos olvidado fácilmente esta advertencia: *«No debe ser así entre vosotros»*. Nos sentimos dueños y acabamos oprimiendo a quienes deberíamos servir. *«El que quiera ser grande, sea vuestro servidor»*. Después de escuchar eso, la importancia de estar sentado a la derecha o a la izquierda, se reduce al mínimo. No importa dónde me vaya a sentar, pero, por favor, Jesús, que sea donde estés tú, que sea contigo.

DOMINGO XXX DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Jeremías, 31, 7-9): *El Señor ha salvado a su pueblo.*

Salmo (125, 1-2ab, 2cd-3, 4-5, 6): *«El Señor ha estado grande con nosotros y estamos alegres»*

2ª lectura (Hebreos, 5, 1-6): *Dios es quien llama.*

Evangelio (Marcos 10, 46-52): *Jesús, ten compasión de mí.*

Es la pregunta que Jesucristo hizo a Bartimeo y que también nos hace a nosotros que, como el ciego del camino, hemos sentido que Él pasaba a nuestro lado. Quizá estábamos al borde del camino, cansados de la vida o decepcionados por cualquier motivo. Quién sabe si vivíamos un momento de alegría y esperanza; da igual. La pregunta de Jesús es siempre la misma: Amigo, ¿qué quieres que haga por ti?

Más allá de cuál sea nuestra respuesta o cómo sea nuestra vida, Él está a nuestro lado y, al igual que se acercó al ciego Bartimeo, al paralítico marginado o a la desesperanzada viuda, también se acerca a nosotros. Su mirada compasiva se fija siempre en cada persona y su situación, es el punto de arranque de la mayor historia de amistad y amor que podamos vivir, es nuestra historia de fe con el Señor.

Se necesitaba mucho más que un “*Cállate y estate quieto*” para lograr que Bartimeo dejara de gritar. Es cierto, él era pobre, tenía que sentarse a las afueras del pueblo para pedir limosna, y además estaba ciego, pero no era sordo. Sin duda habría escuchado rumores acerca de Jesús. Su fama iba delante de él y hasta Bartimeo la había escuchado. Habría sido muy difícil ir a donde estaba Jesús, pero ahora era Jesús el que pasaba por donde él estaba, justo a las afueras de Jericó.

Era una oportunidad de oro, así que volvió a gritar: *«¡Jesús, hijo de David, ten compasión de mí!»*. Un ruego con un nombre, un título y una petición. Cuando se entera de que Jesús lo llama, no lo piensa dos veces, tira el manto, de un salto se pone en pie y se acerca a Jesús. Estaba convencido de que iba a ser sanado, solo debía poner su confianza en Jesús y dejarse guiar por Él.

«¿Qué quieres que haga por ti?». Apenas un poco más arriba en el relato de san Marcos, Jesús había hecho una pregunta muy semejante a dos de sus discípulos, Santiago y Juan, que también se acercaron a él para hacer una petición. Ellos querían sentarse a la derecha y a la izquierda de Jesús; deseaban una posición de privilegio, quizá no del todo exenta de poder.

La pregunta que Jesús hace a Bartimeo es muy semejante, pero la respuesta es muy diferente. Él era un pobre mendigo, puesto ante Jesús no se le ocurre pedirle dinero ni poder. Sabe que, si Jesús accede a su petición, él seguirá igual de pobre que antes y muchos de sus problemas seguirán también igual, pero nada de esto lo arredra, hay algo que él desea por encima de todo: *«Maestro, que pueda ver»*. Jesús no había respondido positivamente a la petición hecha por sus discípulos; en cambio, inmediatamente anuncia al hijo de Timeo que por su fe ha sido salvado, y sus ojos, antes ciegos, comienzan a percibir la luz.

Cuando recupera la vista, gracias a su fe y a las palabras de Jesús, Bartimeo no regresa corriendo a su casa, ni vuelve para ver su pueblo o a su gente, ni siquiera se apresura a recoger su manto. Nos dice el evangelista: *«Al momento recobró la vista y comenzó a seguirlo por el camino»*. El contraste no puede ser más grande: los discípulos, Santiago y Juan, y muy probablemente los otros diez también, querían sentarse, en cambio el ciego, una vez curado, se pone a caminar.

La experiencia del discípulo es sentir el encuentro transformador con el Hijo de Dios y seguir sus pasos. A partir de ese momento todo es nuevo. Una nueva luz orienta nuestra vida y un nuevo horizonte se abre ante nosotros. Es la vivencia del discipulado. Seguidores de Jesús que anuncian a todos lo que han visto y oído, lo que han experimentado. En palabras del papa Francisco *«discípulos misioneros que primerean, que se involucran, que acompañan, que fructifican y festejan»* (Evangelii Gaudium, 24). Se trata de un mensaje de alegría y esperanza para la familia de los seguidores de Jesús que es la Iglesia.

El secreto de este cambio está en el encuentro con Jesucristo. Bartimeo no dudó de quién pasaba a su lado y buscó el encuentro con el Señor. También nosotros queremos reconocer al Señor y aproximarnos a Él. Dejar que su luz ilumine nuestra vida y su amor guíe nuestros pasos.

¿Sabemos reconocer a Jesús? ¿Nos dejamos iluminar por su luz y orientar por su Palabra? El creyente sabe distinguir las huellas del Señor en medio de la vida y los acontecimientos. Él está en los pobres y necesitados, en la comunidad cristiana que se reúne y en lo más hondo de nuestro corazón. Él habla en su Palabra y está en los Sacramentos. Él siempre está cerca.

El cristiano no debe buscar lugares para sentarse, sino ser capaz de abandonar sus seguridades para seguirlo por el camino. El cristiano está llamado a ser un místico de lo cotidiano y a descubrir, en el día a día, como Bartimeo, la presencia misteriosa del Señor que transforma y enseña a ver y sentir de otra manera, con más luz, como Jesús.

DOMINGO XXXI DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Deuteronomio, 6, 2-6): *Amarás al Señor, tu Dios, con todo el corazón.*

Salmo (17, 2-3a.3bc-4.4y y 51ab): *«Yo te amo, Señor; tú eres mi fortaleza»*

2ª lectura (Hebreos, 7, 23-28): *«Él no necesita ofrecer sacrificios cada día.*

Evangelio (Marcos 12, 28b-34): *Amarás a tu prójimo como a ti mismo.*

No se si hemos puesto suficiente atención a las lecturas del día de hoy. Quizá nos queda más grabada la lectura del evangelio, con su importante mensaje acerca de la pregunta sobre el primero de los mandamientos. Pero me gustaría detenernos en el libro del Deuteronomio. Moisés está hablando, y presumiblemente el pueblo escuchando, pero para enfatizar el porqué de los mandamientos, invita al pueblo, un par de veces, diciendo: *«Escucha Israel»*.

Lo que a Moisés le interesa, ante todo, es meter en la mollera de la gente que los mandamientos de Dios no son una carga, ni una imposición, o una receta para poner a Dios muy contento con la obediencia de sus fieles. ¡No! Los mandamientos buscan que el pueblo sea feliz: *«Cúmpleslos siempre y así prolongarás tu vida... guárdalos y ponlos en práctica para que seas feliz...»*.

Dios no busca tener un pueblo de hombres y mujeres, sumisos y obedientes. Si así fuera, no los habría sacado de Egipto para ser libres; simplemente se habría dado un cambio de dueño de su libertad. Un pueblo que fue esclavo de Egipto habría pasado a ser un pueblo esclavo de Dios. No le interesa poner nuevos fardos a sus espaldas. Quiere un pueblo que tenga vida, que se multiplique en tierra propia y, sobre todo, ¡que sea feliz!

«Escucha Israel, el Señor, nuestro Dios, es el único Señor». Cuando vivimos centrados en nosotros mismos, podemos decir que hemos hecho de nuestra persona el dios al que le rendimos pleitesía. Ocasionalmente puede ser otra persona a la que constituimos como nuestro pequeño dios. Pero lo más triste es que para no pocos es más bien una cosa a la que han divinizado: el dinero, el poder, el placer, la fuerza, la apariencia, el control sobre los demás, la fama, el honor personal... Todas esas cosas pueden ser más o menos importantes, pero ninguna es nuestro dios.

Nos dice Jesús: no hay mandamiento mayor que estos dos: amar a Dios y amar al prójimo. El fariseo, que le había preguntado, añade que estos mandamientos valen más que todos los sacrificios y que todo el culto que podamos ofrecer. *«No estás lejos del Reino de Dios»*, le respondió Jesús. A la luz de las palabras de Jesús nosotros podríamos añadir: en la práctica del amor a Dios y al prójimo está el Reino, por ahí anda la voluntad de Dios, en esa dirección podremos encontrar la Buena Noticia del Evangelio, lo más genuino del cristianismo.

En el evangelio se nos vuelve a recordar esta unión de amores, el amor a Dios y el amor al prójimo: *«¿Cuándo te vimos con hambre o con sed; cuándo? - Cuando lo hicisteis con uno de estos más pequeños lo hicisteis conmigo»* (Mateo 25, 35-40). Y lo vuelve a dejar bien claro: *«El que dice: “Yo amo a Dios”, pero al mismo tiempo odia a su hermano, es un mentiroso. Pues quien no ama a su hermano, al que ve, tampoco puede amar a Dios, al que no ve. Jesucristo nos ha dado este mandamiento: que el que ama a Dios ame también a su hermano»* (1ª Juan 4,20-21).

Así lo hizo Jesús, que vivió en íntima comunión con el Padre y, al mismo, tiempo, vivió entregado a la causa del Reino. Cuando Jesús amaba a Dios en ese amor amaba a la gente, servía a los pobres; y cuando servía a la humanidad, en ella amaba a Dios. En Él todo estaba unido. Vivía al servicio de la voluntad del Padre Dios que ama a sus hijos incondicionalmente.

Esta es la esencia del cristianismo. Dios y el prójimo. Cristo y el reino encarnado en la historia concreta que vivimos. Dios en nuestra vida cotidiana, en la vida de la gente real, Dios en el rostro de los pobres. Qué hermoso cuando vamos uniendo en nosotros estos dos mandamientos y los vivimos, no como dos realidades separadas, Dios por un lado y el prójimo por otro, sino como dos caras de una misma moneda, como la unión de los diferentes colores de un mismo arco iris, como las distintas notas que componen un acorde musical. Dios en todo y en todo Dios.

Cuando el Vaticano II perfila su modelo de cristiano no lo hace acudiendo a modelos sociológicos o jurídicos, sino fundamentalmente teológicos. *«El cristiano es fundamentalmente un miembro del pueblo de Dios»* (Lumen Gentium), *«cuya vida, centrada en la escucha de su Palabra»* (Dei Verbum) y *«en la celebración de sus misterios»* (Sacrosanctum concilium), *«está llamado a transformar este mundo como anticipo del reino futuro»* (Gaudium et spes). Decía el teólogo alemán Karl Rhaner: *«El cristiano del futuro será un místico o no será cristiano»*. Ese futuro ya ha llegado. Hoy, en esta sociedad en profundo cambio y en esta Iglesia necesitada de cambio, hemos de aprender a ser místicos: aprender a cuidar en nosotros la experiencia de Dios, diciendo como el salmista: *«Yo te amo, Señor, tú eres mi fuerza, mi protector, mi liberador, mi refugio, mi salvación, mi escudo, mi castillo, mi esperanza...»* y, a iniciarnos en el seguimiento de Jesús comprometiéndonos con Él en su pasión por el reino; aprendiendo a vivir juntos estos dos mandamientos: el amor a Dios y el amor al prójimo.

TODOS LOS SANTOS

1ª lectura (Apocalipsis, 7, 2-4,9-14): *La victoria es de nuestro Dios.*

Salmo (23, 1-2,3-4ab,5-6): *«Este es el grupo que viene a tu presencia, Señor»*

2ª lectura (1ª Juan, 3,1-3): *Mirad que amor nos tiene el Padre.*

Evangelio (Mateo 5, 1-12a): *Estad alegres y contentos.*

Las secciones de anuncios de trabajo en la prensa, nos ayudan a comprender los valores y cualidades que se cotizan y exigen de las personas en nuestra competitiva sociedad. Podemos leer, por ejemplo: “*Se buscan personas jóvenes, dinámicas, emprendedoras, con capacidad para trabajar en equipo, mejor con conocimientos de informática e idiomas. Buena remuneración económica*”. Por tanto, juventud, dinamismo y preparación profesional para mayor eficacia. Jesús pone el programa de perfección en las Bienaventuranzas desplazando la mente hacia otras dimensiones, haciendo otra valoración y señalando otras actitudes. El Evangelio viene a decir esto: “*Se buscan hombres con originalidad, capaces de ser distintos de la masa general, de pensar por cuenta propia y resistir al empuje de la corriente de masificación, con percepción fina para distinguir la voz de Dios entre el alboroto de voces humanas y para hacer una justa valoración de las cosas poniendo a cada una en su lugar*”.

Sus promesas no se hacen a los poderosos ni a los superdotados, sino a los pobres, mansos, pacíficos, y limpios de corazón. La recompensa no se expresa en términos económicos ni de ascenso en el escalafón de las valoraciones humanas, sino en la posesión de Dios, fuente de toda dicha. Lo que en realidad hace es una descripción de la santidad vivida según el espíritu del Evangelio, una descripción en síntesis de la vida de los santos. De estos hombres y mujeres podemos aprender algo muy importante: que se puede ver el mundo con otros ojos y amarlo de otra manera; que fiados en la palabra de Jesús podemos también nosotros hacer el intento que ellos hicieron con buenos resultados. Jesús que nos llama nos ayuda también a realizarlo. Esos santos nos invitan: ¿Quién desea unirse y reforzar nuestro equipo? Nuestro compromiso no es otro que el del Reino de Dios.

Este es el mensaje: “*Se buscan hombres y mujeres con entusiasmo, dispuestos a arriesgar, no violentos, interesados por la suerte de los demás*”. Lo mismo da hombres que mujeres, niños o adultos, no importa la edad. Todos pueden solicitarlo. La recompensa es la posesión de Dios. **¡Porque nos ha elegido Dios!** Hemos sido elegidos por Amor. Dios nos pone su sello en la frente para que formemos el Pueblo de su propiedad, de toda lengua, raza y nación, que está delante del trono y del Cordero. Pueblo elegido, sellado, sacado de la tribulación, destinado a ser santo por la muerte y Resurrección de Jesús. Es decir, elegidos para la libertad y la vida. Ante tanto Amor no cabe otra actitud: proclamar con la vida la Victoria de nuestro Dios, adorarle rostro en tierra y rendirle homenaje con todo nuestro actuar.

Celebramos la solemnidad de Todos los Santos, su ejemplo y testimonio de vida que es continuación de la obra salvadora de Jesús. El Concilio Vaticano II nos dice que miremos sus virtudes y entrega a la Iglesia, de modo que sean de verdad nuestros modelos e intercesores. El papa Francisco en su Exhortación Apostólica *Gaudete et exultate*. nos dice: **«Para ser santos no es necesario ser obispos, sacerdotes, religiosas o religiosos»**. **«Ser pobre en el corazón, reaccionar con humilde mansedumbre, saber llorar con los demás, buscar la justicia con hambre y sed, mirar y actuar con misericordia, mantener el corazón limpio de todo lo que mancha el amor, sembrar paz a nuestro alrededor, aceptar cada día el camino del Evangelio, aunque nos traiga problemas, todo esto es santidad»**.

Y el Catecismo de la Iglesia Católica, en su número 2683 nos dice: **«Los testigos que nos han precedido en el Reino, a quienes la Iglesia reconoce como Santos, participan de la tradición viva de la oración, por el testimonio de sus vidas, por la transmisión de sus escritos y por su oración hoy. Contemplan a Dios cara a cara, lo alaban y no dejan de cuidar de aquellos que han quedado en la tierra»**. Sin olvidar que son Todos, es decir, los canonizados y los que no lo han sido, los que participan del Amor del Padre en plenitud. Luego, todos estamos llamados a vivir la Santidad, en Jesús el Señor, siguiendo sus pasos y haciendo realidad su Palabra en la entrega a los demás.

Llamados a ser Santos, como tantos que nos han precedido en la fe y en la entrega, a los que hoy miramos con tanto cariño. Ellos participan del Amor que a nosotros también nos hace hijos. Ese es el deseo de Dios Padre, y el “*programa*” que nos ofrece Jesús. El Santo de Dios, Jesús, al ver el gentío, se sentó, y sus discípulos se acercaron y sentaron para escucharle. Esa es la actitud, acercarse y acoger su Palabra. Y Jesús llama dichosos a los que buscan el bien, a los misericordiosos, a los limpios de corazón, a los que trabajan por la paz y la justicia. Felices porque verán a Dios. El mensaje es claro: los pobres, los que no cuentan, los que optan por vivir como nos dice Jesús, pueden cambiar su realidad –ser dichosos– y son potencia de cambio para los demás, estímulo y respuesta al Amor del Padre. Esta relación con Dios, hay que vivirla y manifestarla con la entrega para hacer de la vida y del mundo un espacio de bien, donde todos vivamos esa bendición y salvación que se nos da. Queremos ser ese grupo que viene a la Presencia de Dios Padre, que moviliza todo su ser para acoger la tierra y cuánto la llena, y la invitación de Jesús que nos dice **«venid vosotros, benditos de mi Padre y heredad el Reino»**.

DOMINGO XXXII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (1º Reyes, 17, 10-16): *Primero hazme a mí un panecillo.*

Salmo (145, 7.8-9a.9bc-10): *«Alaba, alma mía, al Señor»*

2ª lectura (Hebreos, 9,24-28): *Cristo se ha ofrecido una sola vez.*

Evangelio (Marcos 12, 38-44): *Ha echado todo lo que tenía para vivir.*

El camino de Jesús hacia Jerusalén ha llegado a su término. Acompañando al Maestro llegan sus discípulos y quedan asombrados de la grandeza y riqueza de la gran capital. Tras la crítica profética al Templo y a su culto esplendoroso, pero vacío, como la higuera estéril, llena de hojas, pero sin frutos; Jesús es cuestionado acerca de su autoridad para hacer y decir tales cosas. Al final de esas discusiones, se ubica la escena que escuchamos hoy en el evangelio.

Quizás, los discípulos, no habían visto tanto dinero junto como el que algunos ricos dejaban caer en la alcancía; sin duda, llamando la atención para recibir la admiración de los demás. De pronto, entra una pobre mujer viuda. Por supuesto, ella contrasta terriblemente con la mayor parte de la gente. Es una persona extraña en ese contexto. La viuda avanza entre la multitud, probablemente recitando sus oraciones y elevando sus súplicas, quizás cantando en voz baja algún salmo de alabanza, se acerca al cepillo, deja unas monedas y se marcha tan anónima como había llegado. Una persona más. Una mujer. Una viuda. Una pobre. Una “*don nadie*”.

El contraste es enorme. Son personas que formaban parte de dos grupos sociales muy diferenciados, los escribas entre las clases más importantes y prósperas de la sociedad israelita, y la viuda, por ser viuda y por ser mujer, entre los últimos de la sociedad. No lo dice el evangelio, pero podemos pensar que esta viuda de la que habla Jesús no tendría una situación muy diferente a la viuda que nos presentaba la primera lectura, esa viuda de Sarepta.

Y por el otro lado los escribas quedan bien retratados: su posición social es elevada, hacen ostentación de ella, buscan ser contados entre los primeros, que se les reverencie, y además se aprovechan de los bienes de las viudas prometiéndoles largas oraciones. ¿Se puede acaso usar el nombre de Dios para el beneficio personal? ¿Se puede engañar a la gente, aprovechándose de los más débiles de la sociedad? No, obviamente estos comportamientos son reprobables, indeseables, no son dignos de imitación. Por eso el Señor Jesús advierte: «*¡Cuidado!*». Y nos advierte hoy a nosotros.

Quizá leyendo este retrato de los escribas uno diría que “*yo no soy como ellos*”, pero es necesario que acojamos el grito-advertencia de Jesús: «*¡Cuidado!*». Que revisemos nuestra vida para limpiar cualquier atisbo de este comportamiento. Estos hombres no son dignos de imitar en esos comportamientos, pero Jesús va a proponernos a continuación el modelo más apropiado de conducta, más heroico y valiente.

En el corazón de Jesús seguían quemando las palabras de precaución que había pronunciado ante la conducta de los escribas, o sea, los teólogos de la época. Cuánta ambición, cuánta búsqueda de aplausos, cuánta falsedad en la apariencia, cuántos deseos inconfesables en medio de tantas plegarias huecas. “*¡Cuidado!*”.

Ellos habían dado mucho. Pero Jesús les hizo dirigir su mirada hacía la viuda y sus monedas. ¡Ella había dado todo! Era mujer, era viuda, y además era pobre dice Jesús. Pero era religiosa, acudía al Templo a orar, a pedirle a Dios por sus necesidades. Y dentro del poco dinero que tendría echó dos pequeñas monedas en la caja de ofrendas del Templo. Quizá esta mujer pensó que habría gente más necesitada que ella. Jesús vio este gesto y encontró el modelo perfecto de conducta para enseñar a sus discípulos. No es el que da mucho, sino el que aprende a darlo todo.

Así tenéis que ser. No dar de lo que os sobra como los escribas, que quizá pusieran grandes cantidades de dinero en el cepillo solo para que los vieran y para que la gente dijera lo buenos que eran. No, así no tenéis que ser, tenéis que ser como la viuda, que dio lo que pudo, pero lo hizo de corazón y de manera discreta, sin ruido.

No creo que tengamos ninguna necesidad de que se nos diga que quizás sí hay muchos números rojos en nuestra columna del “*debe*”. Una viuda pobre de seguro tenía muchas deudas y sus muchas dudas. ¿Cuánto debía y cómo iba a pagar? ¡Solo Dios podría saber! Lo bueno es que ella, además de ser pobre, tenía corazón de pobre. Y los pobres de espíritu son dichosos porque dejan reinar a Dios en ellos.

Sabía que esas dos moneditas no resolverían ninguno de los problemas económicos que pudiera tener el Templo, pero ella no hizo su ofrenda al Templo, sino a Dios. Aquella mujer, que tenía muy poco, puso ese poco en las manos de Dios. O leído de otra manera, puso su vida entera en las manos de Dios. Se puso en sus manos.

Hoy nos toca a todos aprender de esta buena mujer, de sus dos monedas, de su discreción, de su amor a Dios y a los más necesitados. Hoy nos toca revisar nuestro corazón y nuestra conducta para eliminar cualquier sombra de comportamiento arrogante y egoísta.

DOMINGO XXXIII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Daniel, 12, 1-3): *Entonces se salvará tu pueblo.*

Salmo (15, 5 y 8,9-10,11): *«Protégeme, Dios mío, que me refugio en ti»*

2ª lectura (Hebreos, 10, 11-14,18): *Donde hay perdón, no hay ofrenda por los pecados.*

Evangelio (Marcos 13, 24-32): *Verán venir al Hijo del hombre.*

El año litúrgico de la Iglesia está llegando ya a su término. Este es el penúltimo domingo, pues dentro de ocho días celebraremos la fiesta de Jesucristo, rey del Universo, con la que se culmina solemnemente, un año más, nuestra vida como comunidad de creyentes. Este año, durante los domingos del tiempo ordinario, hemos sido guiados, sobre todo, por el evangelista san Marcos.

Hoy escuchamos algunos párrafos del capítulo trece, justo antes de que el evangelista se ocupe de los acontecimientos pascales: la pasión, muerte y resurrección del Señor. Este capítulo del evangelio de Marcos es un texto bastante difícil y con no pocos aspectos problemáticos. Pedro y los demás apóstoles salen del Templo admirados de las grandes y bellas construcciones y deshaciéndose en elogios por la solidez del edificio sagrado.

Jesús ha salido asombrado de la generosidad de la viuda pobre, que con su pequeña ofrenda pone en la alcancía del Templo, todo lo que tenía para vivir, demostrando así su confianza plena en Dios. Esto da pie a que pronuncie aquellas famosas palabras sobre la fragilidad de las obras humanas que tanta desconfianza daban a sus discípulos: **«Llegará el día en que no quedará piedra sobre piedra...»**.

El evangelista asocia la predicción de la destrucción de la ciudad santa con el fin del mundo. En lo que escuchamos hoy, ¿se habla de la ciudad santa? Así parece, pues nos dice: **«no pasará esta generación sin que todo esto se cumpla»**. Pero Jesús parece que nos está hablando de algo más: **«El sol se hará tinieblas, la luna no dará su resplandor, las estrellas caerán del cielo, los astros se tambalearán»**, y continúa diciendo: **«Entonces verán venir al Hijo del hombre sobre las nubes con gran poder y majestad»**.

La verdad es que no me preocupa demasiado el fin del mundo, ante todo porque no sé si el mundo se va a terminar o se va a transformar, o qué vaya a pasar. El fin del mundo no es objeto de mi fe. Lo que definitivamente si creo es que me encamino al final de mi vida en este mundo; pero es un final parcial, porque creo que la muerte es el difícil pasaje que conduce a un encuentro feliz y lleno de vida con Aquel que dio su sangre para redimirme.

No me preocupa porque: **«El cielo y la tierra pasarán, mis palabras no pasarán, aunque el día y la hora nadie lo sabe, ni los ángeles del cielo ni el Hijo, solo el Padre»**. Si el sol se apaga, si la luna deja de brillar, si las estrellas caen y el universo se conmueve, es porque encontraremos nuestra firmeza y nuestra seguridad en Dios mismo, y nuestra luz vendrá de los destellos de los santos y justos que reflejan la luz del Cordero.

Tanto la primera lectura del libro de Daniel, como el evangelio de Marcos hoy, utilizan un género literario llamado apocalíptico, que nació en el Antiguo Testamento y fue retomado en el Nuevo Testamento para alentar la esperanza de los creyentes en tiempos de persecución (la de Antíoco IV, Epifanes está en el trasfondo de la primera lectura y la persecución abierta contra Jesús en Jerusalén está en el trasfondo del Evangelio). Esas dos lecturas nos ensanchan el corazón y nos prometen lo que no nos habíamos atrevido ni a soñar: que Jesús nos llama a un futuro de inmortalidad y felicidad. La vida misma de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo. La Trinidad, icono del amor absoluto.

El lenguaje utilizado por Daniel y Jesús es realmente apocalíptico y, quizá por ello, algo amenazante. Y es cierto. Dios juzgará la historia y nuestras historias y regalará a los suyos, lo hayan conocido o no, la Bienaventuranza eterna. Esta certeza anunciada por Jesús con estas palabras nos permite pensar en el cielo para vivir esperanzados en la tierra. Pensar en que estamos llamados a una vida en Dios nos permite luchar en el presente, pero también nos ayuda a relativizarlo.

En nuestra sociedad dominada por la satisfacción de los deseos inmediatos, se tratan de evitar las situaciones límite: una ruptura afectiva, el paro laboral después de 20 o 30 años de trabajo, la amenaza de la muerte, cuando el sufrimiento te visita, cuando compruebas que la Iglesia es un signo contradictorio en medio de la historia. Pero, cuando esas situaciones llegan. ¿Somos conscientes de que son precisamente esas situaciones las que Dios aprovecha para que confiemos en Él?

Si aprovechamos de la mano de Dios esas situaciones límite para confiar en Dios, que es, en definitiva, nuestro cielo y el cielo de los que no tienen nada (hoy la Iglesia nos pide orar por los pobres y luchar para que desaparezcan), en esos momentos se nos está dando la oportunidad de confiar y, por lo mismo, de ensanchar nuestra esperanza.

Pidamos al Señor que nos ayude a creer para poder esperar y vivir de su Amor en el amor a los otros. Y esta nuestra petición se fundamenta en la segunda lectura de la carta a los Hebreos: **«Cristo ofreció por los pecados, para siempre jamás, un solo sacrificio; donde hay perdón, no hay ofrenda por los pecados»**.

JESUCRISTO, REY DEL UNIVERSO

1ª lectura (Daniel, 7, 13-14): *Le dieron poder real.*

Salmo (92, 1ab.1c-2.5): *«El Señor reina, vestido de majestad»*

2ª lectura (Apocalipsis, 1, 5-8): *A él la gloria y el poder.*

Evangelio (Juan 18, 33b-37): *Mi reino no es de este mundo.*

Esta pregunta, nos la repiten y renuevan cada día los medios que nos traen las noticias y nos permiten ver cómo es y cómo está el mundo de nuestro tiempo. Pero no es solo el de nuestro tiempo, porque nuestros padres ya se hacían esta misma pregunta y los abuelos eran incansables en su repetición. Es la gran pregunta de la historia y de la vida.

Vivimos en la tensión de lo que ocurre, con su negatividad, y todo lo positivo que deseamos, entre la injusticia flagrante, descarada, y la sed de justicia que no termina de realizarse y que nos hace exclamar: ¿Cuándo se hará? ¿Cómo será posible? ¿Quién se encargará? Porque en algún momento tiene que haber justicia. El futuro no puede haber dicho ya su última palabra sacudiéndose la solución. Sería todo demasiado absurdo si dejara las cosas como son, y las víctimas no vieran el cambio de funciones.

Todos los autores describen la realidad con su crudeza, pero no todos ven el futuro distinto, porque algunos proyectan el mismo mundo injusto de hoy a otro mundo injusto con formas nuevas del mañana. Así apareció la literatura apocalíptica (¿toda ella ficción?) en clave de futuro (toda ella trata de desvelar, algún día, la realidad escondida). Solo con Jesús la literatura cambia el chip y entiende la solución en otra clave.

Algún día, efectivamente, vendrá otro Rey, con otro poder, otra autoridad y otros métodos. Solo usará la convicción, la verdad; mantendrá, sin desfallecer, la esperanza, y eliminará cualquier referencia, hasta la más mínima, de revancha. De modo que ni siquiera servirá el concepto de justicia porque no entenderá la recepción desde el mérito ni la conclusión como premio a la responsabilidad ejercida. ¡Todo será regalo! ¡Todo gratis!

La nueva clave por la que se entenderá la historia no será la responsabilidad. Ya hemos demostrado bastante nuestra incapacidad para hacerla funcionar. Hay que poner el listón más alto, más exigente, y no imponerlo sino ofrecerlo a la libertad, pero desde la comprensión y el amor. Desde un corazón nuevo y distinto que mueva a las personas desde otras motivaciones que la competencia y la meritocracia que ya han producido tantos trepas a lo largo de la historia.

En la familia, los reyes son los padres, pero: ¡con cuánto amor!, ¡con cuanta entrega! Tenemos un modelo que, pese a todos los intentos históricos por destruirlo, no se ha venido abajo y funciona muy bien porque sabe sacar de cada uno lo mejor que tiene y ponerlo al servicio de los demás sin esperar otra recompensa que la satisfacción de ver a los otros miembros felices. El día que pensemos y hagamos a Dios, Padre de todos, la historia podrá funcionar de otro modo. Será otra Historia. Veremos con otros ojos y los demás no serán competidores con los que nos disputamos las cosas, sino hermanos con los que compartimos lo que cada uno necesita.

No sé si habría burla, curiosidad o sincero deseo de saber, en la pregunta de Pilato: «¿Eres tú el rey de los judíos?». Pero, debió sorprenderse al escuchar hablar de un reino que no es de este mundo, de unos supuestos súbditos que dejan a su rey totalmente indefenso, de un acusado que no se defiende ni se ampara en una u otra excusa. Sí, un rey que no habla de trono, de gloria, de ejército, de conquista, de palacios, de banquetes, de súbditos, de nada de eso: *«Yo nací y vine al mundo para ser testigo de la verdad. Todo el que es de la verdad, escucha mi voz»*. Un rey muy diferente de los demás. No es un competidor del César ni de ningún otro jefe temporal. No habla con el lenguaje ambiguo de los políticos de turno, porque él es testigo de la verdad. Reconocer su reinado es esforzarse constantemente en colocarse del lado de la verdad. De la verdad que se dice y sobre todo con la verdad que se vive.

«Reino de la verdad y de la vida, Reino de la santidad y de la gracia, Reino de la justicia, del amor y de la paz». Así lo proclamamos en la alabanza con que abrimos hoy nuestra plegaria eucarística. Expresiones que traducen y resumen las palabras del saludo inicial del libro del Apocalipsis que escuchamos hoy: *«Jesucristo, el testigo fiel, el primogénito de los muertos, el que nos amó y nos purificó, el que nos ha congregado en un reino para Dios su Padre, el traspasado, el Alfa y la Omega, el que era, el que es y el que ha de venir: el soberano de los reyes de la tierra»*. Acumulación de títulos para tratar de expresar lo inexplicable.

En nombre de ese rey, Jesucristo, nuestro único Señor, podemos desearnos unos a otros “gracia y paz”, como les desea a sus lectores el vidente del Apocalipsis. *«Gracia y paz»* para el nuevo ciclo que iniciaremos el próximo domingo con el tiempo de Adviento.

Cerrar el año litúrgico con esta fiesta de Jesucristo Rey es sentirnos invitados a dejarnos llevar, por la justicia, el amor y la paz. Celebrar esta fiesta es también sentirnos invitados a revisar durante este año que termina si hemos vivido como ciudadanos de su reino.